

se

MARIO MENDOZA

# RELATO DE UN ASESINO



Mario Mendoza

# Relato de un asesino

ePub r1.0

Titivillus 16.04.17

Mario Mendoza, 2001

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

*La naturalidad con que es posible  
deslizarse hacia la locura.*

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

*Tenía el poder de la demencia de mi parte.*

PAUL AUSTER

*Existe cierto tipo de ficciones mediante las  
cuales el autor intenta liberarse de una obsesión que no resulta clara ni para él mismo. Para  
bien y para mal, son las únicas que puedo escribir.*

ERNESTO SABATO

# CAPÍTULO I

DOCTOR JEKYLL Y MÍSTER HYDE

Mi celda es un cajón estrecho, mínimo, en el que paso las horas y los días leyendo y observando a través de la única ventana un cielo nublado y grisáceo que en muy contadas ocasiones permite la entrada de los rayos del sol. Leo lo que sea: periódicos, revistas, libros, historietas, lo que caiga entre mis manos. Es la única sensación de libertad que tengo. Y cuando digo libertad me refiero no sólo al placer de no estar atrapado por los cuatro muros de la celda, sino sobre todo al regocijo que siento de ausentarme de mí mismo y de los terribles recuerdos que atenazan mis entrañas en una tortura interminable. La otra libertad, la del sueño, me ha sido negada: sufro de un insomnio atroz que me obliga a vigilar la noche como si fuera una lechuza esperando la caída de sus víctimas.

He pedido un permiso especial para escribir y me ha sido otorgado. Hoy el guardia, con cierta gentileza, me ha entregado tres cuadernos de hojas rayadas, cinco lápices, dos borradores blancos y suaves, y dos tajalápices metálicos que dejan las puntas finas y afiladas. Sé que contar mi historia no será fácil. Los extraños hilos que me condujeron al crimen, al asesinato vil y despiadado de una persona, se remontan en el tiempo a los primeros años de mi niñez, cuando supe que yo estaba llamado a cumplir un destino oscuro y fuera de lo común. Ahora que puedo verlo todo hacia atrás como quien revisa una película en una videgrabadora, me queda claro que sin darme cuenta fui armando palmo a palmo el edificio de mi desgracia. Tejé con precisión milimétrica la red del infortunio y la fatalidad, y el final, como era de suponer, fue mi propia destrucción.

Quise ser en algún momento un gran artista, un escritor virtuoso que penetrara con lucidez y talento los laberintos de su tiempo, y la verdad es que estuve a punto de lograrlo. Pero no, yo no estaba llamado a las cumbres del prestigio y la respetabilidad, no, lo mío siempre ha sido el camino descendente, las rutas de la desdicha. Y está bien así, pues ya despojado de ilusiones y sueños de grandeza, puedo enfrentar con sinceridad, por primera vez, el conmovedor equilibrio espiritual que causa la escritura. En esta oportunidad no escribo creyendo que estoy haciendo una gran obra, convencido de que soy un escritor con obligaciones literarias y artísticas. Ya despojado de la imagen de Narciso, del intelectual enamorado de su propia imagen, me dispongo a un ajuste de cuentas conmigo mismo, a un cara a cara que me permita ahondar en los motivos que me fueron convirtiendo poco a poco en un animal salvaje y solitario que terminó asesinando sin ningún asomo de misericordia. Este individuo que ahora desliza el lápiz sobre el papel sabe que es un recluso miserable y sólo desea confesar su historia buscando en ese gesto un poco de paz, de sosiego y de tranquilidad interior.

Cierro los ojos y viajo hacia atrás en el largo camino de la memoria.

El barrio de Santa Ana era a comienzos de los años setenta un lugar donde la clase media acomodada buscaba expandir la ciudad de Bogotá hacia los suburbios del norte. Con grandes zonas despobladas y potreros baldíos a su alrededor, el barrio fue sin embargo creciendo lentamente hasta convertirse en dos barrios diferentes: Santa Ana Oriental, en la parte alta de la carrera Séptima, colindando con las montañas, donde se construyeron grandes mansiones y edificaciones suntuosas, y Santa Ana Occidental, en la parte baja de la carrera Séptima, que terminó siendo un barrio de una clase media inclinada a la rutina, el arribismo y la mediocridad. El caño que bajaba de las montañas por la diagonal Ciento Ocho trazaba a su vez una línea divisoria entre Santa Ana Occidental y el barrio Francisco Miranda, que albergaba en una de sus calles la llamada Cuadra China, sitio donde familias humildes de jardineros y albañiles abrieron tiendas y minimercados para aumentar sus ingresos mensuales. Los hijos de esas familias eran muchachos que asistían a escuelas públicas, rudos, toscos, dados a probar su hombría a golpes, que crecían sin autoridad y sin ley. Sobra decir que nosotros, los muchachos de la clase media, teníamos que ir a comprar legumbres, frutas, huevos, pan, cigarrillos y refrescos a la Cuadra China, y nos veíamos entonces en la penosa situación de ser blanco de las burlas y las provocaciones de esos jóvenes que nos odiaban por nuestra posición social y nuestra forma correcta de pronunciar las palabras.

Mi caso, para ser sincero, era bastante patético. A los seis años de edad había sufrido una apendicitis que degeneró en una peritonitis. La infección se extendió a gran velocidad y alcanzó a mostrar asomos de gangrena en las regiones cercanas al peritoneo. Otro inconveniente fue que la fístula producto de la cirugía había quedado abierta y no cerraba correctamente. Así las cosas, permanecí siete meses en la clínica, y, luego de una reunión general, los médicos de la institución decidieron declararme como «paciente desahuciado», es decir, como un enfermo cuya muerte era cuestión de horas. Recuerdo el instante exacto, a la caída de la tarde, cuando el sacerdote entró con la Biblia en la mano para orar conmigo y darme la extremaunción. Una enfermera perteneciente a alguna orden religiosa lo acompañaba, y, al ver mi cara de sorpresa e ingenuidad, no pudo evitar un llanto triste y nostálgico. Tal vez lloraba por ese hijo que nunca tuvo, por ese hogar que nunca construyó. Acaso sus lágrimas indicaban que por debajo de los hábitos religiosos la voz de la naturaleza le recordaba, sin que ella lo pudiera evitar, su vocación de madre.

—¿Qué sucede? —pregunté con voz ahogada.

—Tranquilo, mi amor, vamos a rezar por ti —me contestó la hermana con dos lagrimones a punto de caer de sus ojos.

—¿Y me voy a mejorar?

—Sólo Dios lo sabe, corazón —afirmó la religiosa.

—Y si Dios es tan bueno, ¿por qué me deja aquí?

—No sé, mi amor... Él es el padre Alberto y va a orar por ti... Tienes que tener fe...

El sacerdote me dio el famoso sacramento de los enfermos y permitió entonces la entrada de mis padres, que habían permanecido destrozados en una sala de espera del corredor, muy cerca de mi habitación. La inminencia de mi muerte los afectaba de manera brutal puesto que habían perdido ya una hija, la mayor, que había nacido estrangulada por el cordón umbilical.

Esa misma noche mi padre se rebeló ante la situación de impotencia desesperada que lo embargaba y decidió hablar con el médico encargado para tomar el mando de la situación. Como profesor universitario de Biología y Medicina Veterinaria tenía conocimientos en la materia.

—No puedo quedarme cruzado de brazos mientras mi hijo se muere —le dijo al médico que me atendía.

—¿Y qué piensa hacer?

—Voy a triplicar la dosis de penicilina.

—El cuerpo del pequeño no va a resistir. Lo va a matar.

—Prefiero eso y no verlo morir sin hacer nada.

—En ese caso usted se hace responsable de lo que suceda.

—No hay problema.

—Tiene que firmar unos documentos.

—Muy bien.

—Sígame por favor.

Mi padre se hizo cargo de mi defunción. Quiso el azar, sin embargo, rescatarme de los brazos de la muerte, y empecé a responder bien al exceso de antibióticos que corría por mi cuerpo intentando liberarlo de una infección maligna que se negaba a desaparecer. Con lentitud, pero también con seguridad, fui sobreponiéndome a la enfermedad y logré por fin entrar en un período de convalecencia. Mi padre y un compañero suyo de trabajo lograron cerrar la fístula y cicatrizar la herida mediante un procedimiento salvaje que solían utilizar con vacas y terneros en las fincas donde a veces eran contratados como veterinarios: raspando panela con un cuchillo sobre la carne lesionada. La panela, o azúcar sin refinar que salía de los trapiches, era considerada en el mundo rural un cicatrizante eficaz y milagroso. Lo cierto es que la abertura fue cerrándose ante la expresión atónita de los médicos, que veían en ello el triunfo del mundo primitivo sobre los nuevos métodos científicos y civilizados de las grandes ciudades.

Las secuelas de tantos meses de estar en cama fueron devastadoras: pérdida exagerada de peso, dolores tremendos en la región lumbar, calambres constantes en los músculos de las piernas que mi madre intentaba calmar con masajes y fricciones, raquitismo y una debilidad general en todo el cuerpo. Supongo que los daños psicológicos debieron ser muchos y graves, pero no soy tan consciente de ellos como quisiera. Sólo sé que desde entonces aborrezco enfermarme y tener que pedir ayuda a alguien, por mínima que ésta sea. Dependí tanto de los demás en esa época, era tanta mi fragilidad, que detesto aquellos momentos de mi vida en los cuales me he visto en la obligación de solicitar auxilio, y que evocan en mí, claro está, al niño endeble, desfalleciente y vacilante que fui en aquel entonces. Como es evidente, sufro de un malestar físico y mental cuando tengo que visitar consultorios médicos, hospitales o centros de salud. Apenas ingreso en dichas instituciones y percibo el olor inconfundible de los medicamentos y desinfectantes, apenas observo las batas blancas de médicos y enfermeras y escucho los lamentos de los pacientes en las salas de espera, unas punzadas cortantes me atraviesan el cerebro y un ahogo intermitente me impide respirar con normalidad. De igual forma me repugna la dependencia afectiva. En el instante mismo en que empiezo a detectar en mí una dependencia sentimental con respecto a alguna mujer, de inmediato surge el desprecio por mi propia flaqueza, una especie de ira contenida por mi falta de entereza y autosuficiencia. Quiero ser claro en esta explicación: no es que me moleste amar a alguien o sentir la necesidad de afecto, lo que me indigna es la dependencia, el vínculo malsano que conduce a un débil a apoyarse

en un fuerte y obligarlo a cargar con su presencia. Creo que durante esos meses de mi infancia soñé tanto con estar saludable y fuerte, imaginé tantas veces que yo era un muchacho atlético y fornido, y anhelé de día y de noche poder valerme por mí mismo sin la ayuda de nadie, que desarrollé un culto exagerado por la vitalidad y la dureza espiritual.

El día que se convirtió en símbolo de mi mejoría lo tengo muy claro en la memoria: eran las tres de la tarde cuando sentí en todo el cuerpo un hambre brutal, unos deseos de comer que me hicieron salivar y que me obligaron a decir con voz firme y decidida: —Tengo hambre.

Al lado de la cama estaban mis padres y una tía, hermana menor de mi padre, que vivía alternando su residencia entre Colombia e Italia. Mi padre y ella se acercaron a la cama.

—¿Qué dices? —preguntó mi padre.

—Que tengo hambre —repetí.

Mi padre sonrió. Veía en esa sola frase la frontera entre la vida y la muerte.

—¿Qué quieres comer?

Miré a mi tía, alta, morena, simpática, jovial, siempre con un comentario divertido entre los labios.

—Espagueti —afirmé.

Ella soltó una carcajada y me tomó de la mano.

—Voy a prepararte el espagueti más sabroso de toda tu vida. En media hora estoy de regreso.

Así fue. Mi tía preparó en su apartamento, que quedaba a pocas calles de la clínica, unos espagueti con mantequilla, albahaca, sal, aceite de oliva y queso parmesano. No se atrevió a cocinar salsas que pudieran afectar mi estómago atrofiado. Y tenía ella razón: jamás un plato de comida volvió a significar tanto para mí. Recuerdo el olor del aceite de oliva y del queso parmesano cuando ella acercó el plato a mi barbilla, la suavidad de la pasta deslizándose por mi boca, el color verde de la albahaca jugando con el salpicado contraste del parmesano, el sabor exquisito de la mantequilla de leche de vaca y el sonido fantástico que hacía

mi boca al masticar y devorar cada porción de esa comida bien sazonada, esa comida que me produjo un placer tal, que estuve a punto de echarme a llorar de simple y pura alegría.

Llegué a Santa Ana promediando los seis años de edad. Tuve que guardar cama unas semanas más, y luego, muy lentamente, me fui incorporando y aprendí de nuevo a caminar. La atrofia de las piernas era severa y recuerdo los intensos dolores que me causaron esos primeros pasos. A medida que el tiempo fue avanzando y que logré desplazarme solo —sin apoyarme en nada ni nadie— por las diferentes estancias de la casa, fui sintiendo la necesidad de independizarme, de rehacer mi vida y de regresar al colegio a estudiar como cualquier muchacho normal que anhela tener amigos, una rutina que le organice la cotidianidad, unos libros, unos cuadernos, unos lápices y, lo más importante, unos juegos que le permitan reinventar el mundo, recrearlo desde la riqueza múltiple de la imaginación. Para ello era imprescindible alcanzar primero un punto mínimo de equilibrio físico que me permitiera caminar, subir, bajar y mover los brazos sin la torpeza característica de los enfermos y los lisiados. Me empeñé entonces en fortalecer los músculos para recuperar el brío y la agilidad que tanta falta me habían hecho durante los últimos meses. Una noche le pedí a mi padre su colaboración: —Papá, necesito un reloj despertador.

Mi padre se acercó a la cama donde yo dormía y no ocultó la extrañeza que le causaba mi solicitud.

—Pero si todavía no estás en el colegio, ¿para qué quieres un despertador?

No dudé en mi respuesta:

—Quiero madrugar y salir a correr.

Él se sonrió y se dirigió a mí con cierta camaradería: —Quieres fortalecer esas piernas, ¿eh?

Asentí.

—Muy bien, mañana te lo traigo.

—¿Seguro?

—Prometido.

Me dio un abrazo, apagó la luz de mi cuarto y salió sin hacer ruido.

Dos días después comencé a imponerme un horario estricto en la madrugada para salir a correr. Me costaba un gran trabajo que las piernas respondieran a la disciplina diaria de ejercicio, pero mi obstinación triunfó y cada mañana iba yo viendo los pequeños avances que me permitían albergar esperanzas con respecto a mi recuperación definitiva. Corría alrededor de un modesto parque que quedaba frente a mi casa, y los primeros días las escenas fueron lamentables: trastabillaba con cualquier guijarro o pedrusco que me tropezara en el camino, resbalaba a cada paso si había llovido la noche anterior, me iba de bruces, perdía el equilibrio, cojeaba, y, lo peor de todo, daba una vuelta o dos y quedaba exhausto, rendido de fatiga y con las piernas adoloridas. Pero volvía a intentarlo al día siguiente, y así, a punta de fuerza de voluntad y de carácter, vi cómo mis piernas se fueron acostumbrando al ritmo que yo les exigía. Las dos vueltas iniciales se convirtieron en cuatro, en ocho, en diez. Mientras tanto, iba aprendiendo también que el deporte es el arte de cómo ser superiores a nuestra más íntima fragilidad, de cómo doblarse sin romperse, de cómo ir más allá del dolor, del cansancio y del agotamiento extremos. Es un desplazamiento constante de los límites que nos rigen y nos gobiernan, y semejante lección sería útil más tarde en otras instancias de mi vida.

Ingresé de nuevo al colegio recién cumplidos los siete años. Había mejorado mucho pero aún continuaba siendo un muchacho endeble, huidizo e inseguro. En el barrio, cuando mi madre me enviaba a comprar alimentos a la Cuadra China, tenía que soportar los insultos y las provocaciones de los jóvenes que trabajaban y vivían en ese sector. Entre ellos había uno en especial, regordete él, de unos diez años, más o menos, apodado el «Chanchó», que no podía verme por ahí cerca porque de inmediato se iba encima a buscarme camorra. Su aspecto sucio y maloliente lo hacía parecer mayor y más duro de lo que era en realidad. Un día me detuvo cerca del caño de la calle Ciento Ocho, justo en el puente que dividía su barrio del mío. Yo llevaba en una bolsa pan, jabón de baño y jugo de naranja.

—Quieto ahí, flacuchento —me ordenó amenazante.

Me quedé inmóvil, atemorizado.

—¿Qué llevas ahí? —señaló la bolsa que estaba en mi mano derecha.

—Cosas para la casa.

—¿Qué cosas?

—Pan, jabón y jugo de naranja —enumeré nervioso.

—Ajá —dijo él acercándose un par de pasos.

La primera reacción que tuve fue echar para atrás y voltear el rostro para medir la posibilidad de una fuga.

—Ni lo pienses —dijo él descubriendo mis intenciones—. Te alcanzaría en un minuto y la verías mucho peor.

Sabía que él tenía la razón, así que me quedé fijo en mi posición inicial, como si me hubieran atornillado al puente.

—Así está mejor, flacuchento.

Siguió acercándose hasta llegar a mi lado. Nos separaban escasamente treinta centímetros.

—Tengo sed, necesito un trago de jugo —afirmó el Chanco con una sonrisa de superioridad.

—No, por favor —dije en tono de súplica.

—Ajá, tengo sed.

—Mi mamá me mata si ve el jugo abierto.

El Chanco ridiculizó mi frase con la voz aflautada: —«Mi mamá me mata si ve el jugo abierto». ¿Y a mí qué me importa? Ése es tu problema.

—Por favor, entiende.

El Chanco me quitó la bolsa de la mano, la abrió y sacó el envase de plástico donde estaba el jugo de naranja.

—No hagas eso, por favor —dije con los ojos aguados.

Sordo a mis súplicas, el Chanco abrió la tapa del envase y bebió un par de tragos largos, como si se tratara de un alcohólico agarrado a una botella de licor.

Tapó de nuevo el envase, lo metió en la bolsa y me la regresó mientras se limpiaba la boca con la manga de la camisa.

— Estaba delicioso.

No dije nada. Miraba el piso para evitar los malignos ojos del Chanco.

— Nos vemos, flacuchento.

Se hizo a un lado y se marchó con rumbo desconocido. Seguí mi camino derrotado, humillado, avergonzado de tanta impotencia. Al llegar a casa mi mamá me increpó: — ¿Por qué te demoraste tanto? Seguro andabas echando globos, como siempre.

Sacó los encargos de la bolsa.

— ¿Qué es esto? — gritó enfurecida.

— Tenía sed, mamá.

— ¿Y no puedes llegar a la casa y servirte en un vaso, como la gente decente?

— Perdón, mamá.

— Además nos toca a todos bebemos tus babas... Puerco, sucio...

— Lo siento, mamá.

— Eres un chanco.

El insulto no podía ser peor. Subí a mi cuarto y me encerré para estar solo. Abajo, en la cocina, se escuchaba la voz de mi madre maldiciéndome.

Mi siguiente encuentro con el Chanco fue otra pesadilla. Volvió a tomarme por sorpresa en el puente, en esa frontera que dividía nuestros mundos.

— Te extrañaba, flacuchento.

Bajé la bolsa y me quedé petrificado.

— ¿Qué llevas ahí? — me preguntó autoritario.

—Pan, Coca-Cola y cigarrillos.

—Perfecto, me encanta el pan con Coca-Cola.

Eso sería mi muerte. Mi madre me desollaría vivo y después me crucificaría en el jardín.

—Por favor...

—Por favor qué, flacuchento...

—No hagas eso.

—Me gusta el pan con Coca-Cola. ¿Cuál es el problema?

—Me van a matar.

—¿Quién te va a matar?

—Mi mamá.

—Tú eres un niño mimado, no te van a hacer nada.

Se acercó, agarró la bolsa y sacó de ella el envase de un litro de Coca-Cola.

—Espera, espera —dije de pronto, iluminándome.

—Me estás sacando de quicio —dijo el Chancho molesto, con la botella de Coca-Cola en la mano.

—Espera, te propongo algo.

—Qué...

—Te doy otra cosa a cambio del pan y la Coca-Cola.

—¿Otra cosa? —dijo el Chancho interesado.

—Sí, te doy algo que yo tengo si me dejas llevar los encargos completos a mi casa.

—¿Y qué tienes tú?

Metí la mano en el bolsillo derecho del pantalón y saqué un puñado de bolas de cristal de distintos colores. La luz del sol las hacía refulgir y resplandecer, como si se tratara de un tesoro de metales preciosos.

—Canicas —respondí con seguridad.

Los ojos del Chanco brillaban de codicia. Sabía que podía quitármelas y luego tomarse la Coca-Cola y comerse el pan, así que decidí jugármela a fondo: —Tengo más, cada vez que me dejes pasar el puente sin problemas, yo te pago con canicas.

—¿Cuántas tienes?

—Hagamos un trato: cinco bolas por cada pasada.

El Chanco me estudió de arriba abajo, se tomó su tiempo y luego dijo con seguridad en la voz: —Diez bolas por cada pasada.

—¿Diez?

—Sí, diez.

—Son muchas.

—Dile a tu mamá que te las compre.

La frase me ofendió. El regordete se creía que yo era un princesito consentido que iba por toda la casa exigiendo lo que se le antojara.

—En mi casa nadie compra canicas.

—¿Ah, no?

—No, yo me las gano jugando en el colegio.

—Pues entonces, de ahora en adelante, tienes que jugar más para pagarme.

Vi la Coca-Cola todavía entre sus manos. Cualquiera cosa con tal de llegar a casa a salvo. Conté diez bolas, guardé las cuatro restantes en el bolsillo del pantalón, y tendí hacia él mi mano derecha abierta.

—Listo, aquí están las diez. Déjame pasar.

El Chanco las contó, las revisó a contraluz y en seguida me regresó dos.

—Éstas están dañadas. Cámbiamelas.

Las tomé, elegí de las cuatro restantes las dos mejores, las cambié por las que él me había regresado, y se las entregué con una de mis mejores sonrisas.

—Ten, son las mejores que tengo.

El Chanco me regresó la bolsa y el envase cerrado de Coca-Cola. Alzó el dedo índice y me amenazó con él mientras afirmaba: —No recibo bolas rotas o en mal estado.

—Tranquilo, te daré las mejores que tenga.

Él sonrió lleno de satisfacción, se dio media vuelta y tuvo la gentileza de despedirse: —Me gusta hacer negocios contigo. Adiós, flacuchento.

Suspiré y emprendí el retorno a casa con paso apresurado. Sabía que mi madre me estaría esperando ansiosa.

Así me convertí, a los siete años, en víctima de los chantajistas profesionales de la Cuadra China. Era una especie de siervo de la gleba que tenía que pagar un tributo regular a su señor feudal. Me sentía un miserable esclavo sometido, sin libertad y sin posibilidades de escapar a las poderosas redes de la injusticia. En el colegio tenía que jugar más de lo acostumbrado para alcanzar a recoger las bolas de la cuota del Chanco, y, además, imponerme horarios de adiestramiento en la casa para ir subiendo de nivel en un juego donde la exactitud, la concentración y el buen pulso son requisitos indispensables. Llegué incluso a vendarme los ojos y practicar así, ciego, adivinando la posición de las bolas en la oscuridad. Comencé entonces a ser temido por mi buena puntería y era difícil que alguien que conociera mi hoja de vida en el juego de canicas se atreviera a retarme.

Al finalizar la clase de turno sonaba la campana y todas las puertas de los salones se abrían para dar paso a jóvenes apresurados y nerviosos que no tenían tiempo que perder. La cita era en un prado que terminaba en un terraplén, donde los jugadores tomaban posición y se preparaban para los enfrentamientos. Había dos clases de jugadores: los pasivos y los activos. Los primeros colocaban, en un terreno con altibajos y huecos disimulados, grupos de cuatro o cinco canicas

llamados «morros», trazaban una línea a tres o cuatro pasos, y esperaban un tirador que quisiera intentarlo. El individuo debía ubicarse detrás de la línea y lanzar desde allí: si daba en el morro se llevaba las cuatro o cinco canicas, y si no le daba perdía en cada tiro su bola de cristal. Los jugadores activos eran éstos, los tiradores que lanzaban siempre e intentaban dar en el blanco. Yo pertenecía a ellos puesto que mi excelente puntería me obligaba a correr riesgos y a ir de morro en morro procurando alzarme con los grupos de bolas. Los tonos multicolores de las esferas de cristal, sus distintos tamaños y configuraciones, los gritos de júbilo y las maldiciones cargadas de improperios, los rostros sudorosos y preocupados de los jugadores, y la mirada envidiosa de los espectadores que recorrían el lugar sin atreverse a entrar en el juego, hacían que por momentos, de lejos, la escena se pareciera más a un complejo mercado árabe que al patio de recreo de un colegio en una privilegiada mañana de verano.

Yo me destacaba en los estudios y en ciertos juegos de destreza manual como las canicas, el yoyó o el trompo. Mi constitución física continuaba siendo frágil y endeble, aunque seguía empeñado en salir a correr todas las mañanas. Las secuelas de la enfermedad no desaparecían e impedían mi fortalecimiento corporal. Eso me relegaba al grupo de los ineptos para el deporte, de los tímidos y de los cobardes. En el colegio esta categoría es la peor de todas, y, en más de una oportunidad, por ejemplo, tuve que regresar temeroso las bolas de cristal ganadas en franca lid, soportar empujones e insultos sin decir nada o sencillamente salir corriendo para evitar alguna golpiza.

Mis padres construyeron una casa a dos calles de distancia y la mudanza me alegró, puesto que me alejó de un espacio que era para mí símbolo de enfermedad y desventura. En esa primera casa había sufrido los espantosos dolores de las piernas en mi esfuerzo por volver a caminar, los aguijonazos agudos en la espalda y las punzadas intensas que cruzaban mi costado derecho al aguantar el drenaje del último foco de pus que había conformado en ese sector un pequeño absceso. El cambio de domicilio significó una nueva habitación, un nuevo patio interno, más espacio para jugar y deambular por ahí eludiendo la presencia de los adultos, y un nuevo paisaje que auguraba un futuro prometedor.

Lo más positivo de ese cambio fue el grupo de muchachos que vivía en las casas de la misma calle y que me adoptó de inmediato como uno de los suyos. Eran dos o tres años mayores que yo y por lo tanto tuve que esforzarme para igualarlos en la larga lista de deportes que practicaban: atletismo, béisbol, baloncesto, ciclismo, y el deporte obligatorio que no falta en ninguna calle de América Latina: el fútbol. Mi torpeza inicial no fue ningún problema y el grupo me

jaló hasta adiestrarme y convertirme, sin que yo me diera cuenta, en un deportista que se levantaba creyéndose Kareem Abdul Jabar y se acostaba convencido de que era capaz de anotar goles con la elegancia y la jerarquía de Pelé. Mis vecinos, esos muchachos despiertos y despreocupados que llegaban en grupo y que timbraban y esperaban afuera con sus manillas de béisbol y sus bicicletas sucias y llenas de barro, fueron para mí lo más importante y sagrado en esa búsqueda de fuerza y vitalidad, fueron los encargados de salvarme por fin de esa vida insana y malograda que hasta entonces había sido la mía. A partir de ese momento la palabra «amistad» significó para mí una congregación secreta, una fraternidad oculta que luchaba contra la fatalidad del mundo, un pelotón compacto que combatía unido y que ni siquiera ante la tortura o amenaza de muerte traicionaba a los suyos, un comando especial que había sido entrenado para enfrentar cualquier forma de adversidad o malaventura. Yo no tenía vecinos, sino caballeros andantes que jamás atentaban contra su código de honor, guerreros bien entrenados en las artes de la guerra y en la lucha cuerpo a cuerpo. Y, por supuesto, yo no vivía en un barrio de clase media, sino en la corte del Rey Arturo, y además había tenido el privilegio de ser elegido como uno de los caballeros de la Mesa Redonda.

Entre esos jóvenes había uno mejor dotado que los demás para la pelea y las pruebas de exigencia física: Bruno. No sé por qué se entabló entre nosotros una especie de hermandad que nos unió y nos hizo amigos inseparables. Él me enseñaba a lanzar desde fuera de la zona para anotar cestas de tres puntos en baloncesto, o cómo gambetear con rapidez para eludir el contrario en los partidos de fútbol, y yo lo ayudaba en sus tareas de español y matemáticas (estábamos en el mismo curso aunque él era dos años mayor que yo), que para Bruno eran las torturas máximas, el horror hecho conocimiento. Solía cerrar los ojos y gritar: — ¡Una tarea más y me voy a vivir al Amazonas! ¡Te lo juro!

Por algún motivo Bruno intuyó que a mí me sucedía algo vergonzoso que ocultaba y que me atemorizaba de mala manera cuando teníamos que incursionar en el otro barrio. Un día me interrogó de frente, sin rodeos: — ¿Qué es lo que pasa con la gente del otro barrio?

— ¿La gente del otro barrio? — dije despreocupado, haciendo la cara de «¿estás hablando conmigo?».

— Sí, te pones nervioso cuando tenemos que pasar por la Cuadra China.

— ¿Nervioso?

—No te hagas el idiota.

—No sé de qué me estás hablando.

—Sólo descansas cuando ya hemos pasado el puente de regreso.

—Estás exagerando, Bruno.

—Somos amigos, ¿sí o no?

—Pues claro.

—Entonces cuéntame.

—Pero es que no tengo nada que contar.

Bruno suspiró y se me plantó justo enfrente:

—Callarte es no confiar en mí, y no confiar en mí es una manera de traicionarme.

Me sentí acorralado. Y la verdad es que en el fondo estaba ya bastante cansado de los chantajes del Chanco y tal vez había llegado el momento de librarme de él.

—Es una historia fea —bajé la cabeza como admitiendo una culpa.

—No importa, dime.

—¿Te acuerdas que te conté lo de mi enfermedad?

—Sí.

—Hace un año yo estaba mucho más débil.

—Sí, ¿y?

—¿Reconoces al Chanco?

—¿El de la Cuadra China? —preguntó Bruno.

—Sí, él.

— Es un güevón completo.

— Pues desde hace un año, más o menos, tengo que pagarle en bolas de cristal una especie de peaje para cruzar el puente.

— ¿A ese gordo de mierda?

— De lo contrario me abre los paquetes y me roba ahí en mis propias narices.

— ¿Y tú no haces nada?

— No he sido capaz de enfrentarlo. Es más grande que yo.

— No puede ser — dijo Bruno agarrándose la cabeza con las dos manos.

— Te dije que era una historia fea.

Estábamos en mi casa, sentados en la barda de la entrada. Bruno comenzó a caminar dando círculos, como un perro atrapado en una jaula.

— Déjame pensar — dijo con la cara roja, enfurecido.

Dio unos pasos más y luego se detuvo súbitamente. Una ligera sonrisa le cruzaba el semblante.

— Listo, lo tengo.

— ¿Qué? — pregunté sin entender nada.

— Tengo un plan.

— ¿Un plan?

— Vamos a quitarnos a ese güevón de encima.

— No nos metamos en problemas.

— Vamos a enseñarle a esa bola de grasa a respetar.

En seguida Bruno se frotó las manos y continuó:

— El Chanco tiene un hermano menor, es más o menos de tu edad.

—Sí, lo he visto.

—Bien, vamos a cogerlo prisionero, lo llevamos al parque y tú te vas a buscar al Chanco.

—¿Qué? —dije abriendo los ojos.

—Cuando el Chanco llegue planteamos una pelea en igualdad de condiciones. Tú contra el hermano y yo contra el Chanco.

—Pero...

—¿Crees que puedes con el hermano?

La mirada de Bruno indicaba «eh, compañero, no me vayas a fallar». Me envalentoné.

—Claro que puedo.

—Pues entonces vamos a darle una paliza al par de hermanitos —sentenció Bruno satisfecho.

Mi amigo se las ingenió para vigilar la Cuadra China durante tres días y estableció con cierta precisión el horario de los hermanos. Trabajaban en la mañana en la tienda de su padre, asistían a la escuela en la jornada de la tarde, de dos a seis, y el resto del tiempo vagabundeaban por ahí, cada cual por su lado. Nosotros llegábamos del colegio a las cuatro y media, así que decidimos cambiar el plan inicial, esperarlos en la carrilera del tren a las seis y veinte y cogerlos por sorpresa de una vez a los dos juntos. El día elegido fue el viernes.

Me preparé para esa tarde haciendo flexiones de pecho, abdominales y practicando golpes en el aire, como hacen los boxeadores cuando imaginan al contrincante frente a ellos. En el colegio no pude concentrarme y escuchaba a la directora de clase sin entender sus palabras, ido, pensando todo el tiempo en la prueba que significaba para mí esa primera pelea infantil. No me atemorizaba ser golpeado, sino defraudar a Bruno, desilusionarlo, obligarlo a alejarse de mí porque yo era un ser abyecto, cobarde y despreciable.

La hora llegó y yo estaba listo. Me sentía de pronto tranquilo y confiado. El Chanco venía caminando con su hermano por la carrilera, cada uno haciendo equilibrio sobre un riel. Llevaban los libros en la mano. Nosotros estábamos

sentados en un banco de cemento del parque. Bruno se volteó y me dijo: —¿Estás listo?

—Sí.

Como si fuera mi hermano mayor, Bruno puso su mano sobre mi hombro, me apretó con fuerza y esbozó una ligera sonrisa de complicidad: —Te va a ir bien, no te preocupes. Sólo recuerda que debes golpear primero.

—Bien.

Nos pusimos de pie y caminamos en línea recta hasta alcanzar la carrilera del tren. El Chanco y su hermano nos vieron ir hacia ellos, se detuvieron y no supieron en un primer momento qué hacer ni qué decir. Nosotros seguimos caminando y nos detuvimos sólo cuando nos encontramos delante de ellos. El Chanco intentó inicialmente controlar la situación: —Vaya, vaya, ¿quién anda por aquí? —Me miró a los ojos—. ¿Qué tal, flacuchento?

Bruno intervino de inmediato:

—Flacuchenta será su puta madre.

El Chanco palideció, parpadeó varias veces sin decir nada, pero se recompuso del insulto y volvió a dirigirse a mí: —¿Te tocó traer ayuda, flacuchento? ¿No puedes arreglar tus problemas solo?

Esta vez respondí yo con seguridad:

—Sí puedo, Chanco, por eso estoy aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensas hacer?

—Arreglar mis problemas de una vez.

—¿Y cómo piensas hacerlo, flacuchento?

Bruno empezó a salirse de casillas.

—No lo vuelva a llamar así, saco de mierda.

El Chanco miró un punto medio entre Bruno y yo:

—¿Están buscando problemas los niñitos mimados?

—Escúcheme bien, gordo hijueputa: el que está metido en problemas es usted —afirmó Bruno con el rostro trastornado.

—¿Ah, sí? —dijo el Chanco, nervioso.

—Sí —respondió mi amigo elevando la voz.

Entonces Bruno sonrió como si estuviera poseso, me miró un instante en silencio, y luego me dijo ladeando la cabeza hacia un costado: —Muéstrale a esta bola de grasa cómo solucionas tus problemas.

Sentí que una fuerza irracional inundaba todo mi cuerpo y lo irrigaba de la cabeza a los pies. Era una chispa de luego energético que enviaba alguna divinidad para protegerme en medio de la guerra, y yo era un elegido de la Mesa Redonda que debía salvar el honor del Rey Arturo. No lo pensé y saqué un gancho de izquierda que dio en todo el centro de la cara del hermano del Chanco. Los libros se le cayeron de la mano, trastabilló y se fue de espaldas sobre las piedras de la carrilera. No pensé que tuviera tanta fuerza en el brazo, era increíble ver el resultado de mi primer puñetazo. Por un segundo me quedé inmóvil sin poder creer lo que mis ojos estaban viendo. Bruno me sacó de mi letargo: golpeó al Chanco en medio de las piernas, en los testículos, y se arrojó sobre él tirando trompadas a diestra y siniestra. Parecía una máquina fuera de control, un robot al que se le ha descompuesto algún mecanismo en su interior. El Chanco no pudo detener semejante ataque que lo apabullaba sin darle tiempo siquiera de protegerse. Volví a mirar a mi opositor, que intentaba levantarse para contraatacar. Sabía que el tiempo corría en mi contra, así que me lancé sobre él, rodamos por el suelo entre bloques de madera, piedras y los rieles del ferrocarril que se clavaban en nuestros costados como lanzas atravesándonos las costillas.

No supe cuánto tiempo estuvimos combatiendo. Al final escuché la voz del hermano del Chanco que me suplicaba con el rostro hinchado y cubierto de sangre: —No me pegues más, por favor.

Me detuve con la respiración entrecortada.

—Me rindo, no más —volvió a decir.

Me incorporé. Bruno estaba al lado mío, sonriéndome. Noté que el Chanco gemía desde el suelo, como si lo hubiera arrollado una locomotora. Mi amigo lo

pateó una última vez en la espalda y le advirtió con voz neutra: —La próxima vez le quiebro las piernas y lo dejo parálítico de por vida.

Nos abrazamos, cruzamos el parque felices, radiantes, como si acabáramos de hallar el camino de regreso al paraíso. No dejábamos de hablar y de comentar los detalles de la pelea.

Cuando llegamos frente a nuestras casas, Bruno me señaló con el dedo índice y me dijo: —Tienes el labio hinchado y el pómulo un poco morado.

Me toqué y, en efecto, la inflamación era evidente. Él agregó: —Debiste golpearte con las piedras cuando rodaste por el suelo.

No sabía cómo iba a explicarles a mis padres lo sucedido. Tenía miedo de que si se enteraban de la verdad, me prohibieran la amistad con Bruno. Le dije: —Tenemos que inventarnos algo.

—No se me ocurre nada —dijo él.

—Un accidente o algo así.

—Ya sé... Saquemos tu bicicleta, la estropeamos un poco y llegas malherido simulando una caída... Nadie dudará de ti...

—Perfecto —asentí entusiasmado.

Logré sacar la bicicleta por la puerta del garaje sin que nadie se diera cuenta y nos fuimos con Bruno hasta el caño de la diagonal Ciento Ocho. Buscamos una parte adecuada para lanzar la bicicleta un par de metros hacia abajo. Se acercaba la noche y nuestras siluetas se recortaban contra un cielo multicolor que se oscurecía lentamente, como si alguien estuviera apagando allá arriba la luz del universo. Parecíamos un par de malhechores en busca de las sombras para esconder sus fechorías.

—Aquí está bien —dijo Bruno deteniéndose.

—Sí, así parece.

—Se dañará, pero no del todo.

—Bien.

Me dispuse a hacerlo, pero cuando ya estaba preparado para soltar el manubrio y empujar la rueda delantera, el impulso inicial desapareció y no fui capaz de desprenderme del aparato.

—¿Qué pasa? —preguntó Bruno.

—No sé.

—¿Es la cicla o tú?

—No soy capaz.

—Suéltala y ya está.

Me voltee y vi el rostro de Bruno cubierto por las tinieblas.

—Le tengo cariño a mi bicicleta —expliqué.

—Pues claro, ¿quién no?

—Es como si estuviera asesinando a una amiga.

—Es un golpe, nada más.

—Sí, pero no puedo.

—Déjame hacerlo a mí.

—Pero hazlo con cuidado, sin exagerar.

—No te preocupes.

Bruno me reemplazó y tiró la bicicleta dos metros en picada. El ruido metálico del golpe lo sentí en el centro del estómago. La recogimos y volvimos a casa acompañados por una noche oscura y sin estrellas. El labio se había hinchado aún más y la rueda delantera de mi bicicleta parecía un ocho mal dibujado. Pero yo me sentía feliz, como un héroe regresando a casa herido y maltrecho después de haber cumplido con su deber. La vida me había puesto a prueba de verdad por primera vez y yo no había salido corriendo ni había inventado disculpas ni había esquivado mis responsabilidades. No, había puesto la cara, como un soldado en su primer día de batalla, y por ese motivo estaba orgulloso de mí. Con Bruno a mi

lado, y la bicicleta entre los dos, sentí que una etapa fundamental de mi vida había quedado atrás para siempre, enterrada en mis primeros años de infancia. Recuerdo que nos dijimos adiós con mi amigo en medio de un largo abrazo, y entré a mi casa haciéndome el herido y pidiendo con voz jadeante: «Mamá, tráeme un poco de hielo, por favor». Monté el show unos minutos, me acerqué al garaje para despedirme de mi bicicleta, y subí a mi cuarto fingiendo dolores y espasmos, como un actor mediocre en un teatro de segunda. Tomé un bolígrafo y escribí en el almanaque que estaba colgado detrás de mi puerta, justo en el espacio dedicado a ese día y a ese mes: *La Era de la Fragilidad ha concluido*.

El primer lustro de la década de los setenta estuvo marcado por protestas y marchas estudiantiles que buscaban abrir el camino en el país para una auténtica democracia.

Mi padre trabajaba en la Universidad Nacional y por lo tanto la actualidad del país se comentaba en casa desde el desayuno hasta la cena. Mi madre y él conversaban y discutían los diversos avatares de un lustro que aún se caracterizaba por su sano espíritu contestatario.

Mientras tanto yo iba creciendo y modificando mi aspecto físico: había dejado de ser el pequeñuelo inquieto e inseguro que andaba de un lado para el otro con los bolsillos llenos de bolas de cristal, y me había convertido en un muchacho fornido, de huesos anchos y gruesas piernas que repartía su tiempo entre los libros y los deportes.

Sin embargo, algo vino a ensombrecer ese cambio en apariencia tan positivo y saludable: la visita de una presencia fantasmal que hizo pedazos mi cerebro y lo hundió en un terror psicológico que era mucho peor que la enfermedad física que ya había logrado superar. Se trató de una niebla que fue apoderándose de mi mente en silencio y que me llevó hasta el extremo de sentir pánico de mí mismo. No sé si fue una consecuencia tardía de los meses que estuve al borde de la muerte, o de una predisposición genética a la psicosis (existían antecedentes serios en mi familia), lo cierto es que nunca hasta entonces había conocido yo el más siniestro de los sufrimientos: el de verse poseído por fuerzas extrañas que desvanecen la identidad. Una cosa es el dolor físico, el de la materia, y otra muy distinta es el horror de verse en el espejo y reconocer allá, al otro lado del cristal, la sonrisa perversa de nuestro peor enemigo.

Todo comenzó de improviso, sin preámbulos ni introducciones. Un buen día estaba solo en el parque del barrio jugando baloncesto, y de pronto sentí que la cabeza se me estaba elevando, como si alguien estuviera abriendo una gigantesca botella cuya tapa fuera mi cerebro. De inmediato me llegaron imágenes terribles de calles miserables y seres humanos arrojados en los rincones soportando el hambre y la pobreza más extrema. ¿De dónde salían esas personas, qué lugar era aquél, por qué imaginaba yo esa escena devastadora? No lo sé. Era como si me hubieran cambiado las coordenadas espaciales y yo, sin saber cómo, hubiera despertado en

otro lugar. Me arrodillé en la cancha y apreté mi cabeza con las dos manos. El ataque no desapareció. Sentí entonces la necesidad de buscar afuera, en la realidad exterior, un sitio que concordara con lo que estaba viendo adentro, en la realidad interior. Caminé hasta la carrilera y me arrojé en la parte trasera de la estación del tren, entre maderos sucios e inmundas piezas de metal. La estación era una casa antigua y desvencijada en cuyo interior solían vivir familias humildes de obreros y albañiles contratados por el Estado. En medio del ataque veía yo gente arrastrarse por entre las basuras, como roedores buscando desperdicios. Allí me cogió la noche, sudoroso, alucinado, escondido entre los bloques de madera que se usaban para reparaciones a lo largo de la línea del ferrocarril.

Y así como llegó el ataque, se fue. De repente desapareció la niebla, pude ver de nuevo la realidad y recobré el dominio de mí mismo. Las primeras preguntas fueron: ¿qué estaba haciendo yo allí, ocultándome como un asesino en el fondo de la oscuridad? ¿Qué era lo que me había sucedido?

Me levanté, cogí el balón y mi chaqueta de deporte, y regresé al barrio con paso lento y apesadumbrado. Bruno estaba esperándome sentado en la barda de mi casa, en el antejardín.

—¿Dónde diablos estabas?

—Lanzando un rato.

—No digas mentiras.

—Sí, hermano, estaba en el parque.

—Yo fui a buscarte y no te encontré.

—Ah, es que fui a la tienda a tomarme una gaseosa.

—También fui a la tienda y no estabas.

—¿Cuál tienda?

—En la Cuadra China.

—No, hombre, me tomé la gaseosa en la carrera Séptima, arriba.

—Queda más lejos.

—Quería caminar un rato.

—Bueno, cámbiate rápido.

—¿Cambiar-me? —me sentía aturdido, como si hubiera estado bajo el efecto de algún hipnótico y empezara hasta ahora a despertarme.

—Hoy es el partido, acuérdate.

—¿Partido?

—Mierda, viejo, ¿qué te pasa? —dijo Bruno levantando los brazos.

—Nada.

—Pareces borracho.

—No...

—¿Estuviste bebiendo?

—Ya te dije que estaba lanzando.

—¿Entonces?

—Entonces qué...

—¿Qué te pasa? —repitió él como un hermano mayor afectuoso.

—Nada, estoy un poco englobado, eso es todo.

—Pues aterriza, viejo.

—Sí, sí, tranquilo.

—Hoy es el partido de microfútbol con los de la Cuadra China.

La frase de Bruno me despertó del todo. ¡Claro! ¿Cómo había podido olvidarlo? Nos habíamos inscrito en un torneo y ese día nos tocaba jugar con nuestros peores enemigos. Nos habíamos preparado a conciencia para ese partido, habíamos entrenado como un equipo unido que sabe lo que le espera, los fines de semana nos habíamos levantado temprano para correr varios kilómetros a lo largo

de la carrera Séptima, y para rematar Bruno, nuestro capitán, había conseguido convencer a un vecino comerciante de calzado para que nos patrocinara donándonos los uniformes completos. Esa misma tarde yo me había dirigido al parque para jugar baloncesto un par de horas y calmar los nervios. ¿Qué me estaba pasando? ¿Quién me estaba sacando de mi vida? ¿Cómo era posible que estuviera olvidando lo más esencial de mí mismo?

—¡Mierda, el partido! —dije mirando mi reloj.

—Fresco —dijo Bruno—, tenemos tiempo. La cita es a las ocho. Cámbiate rápido.

Entramos juntos, tomé una ducha de dos minutos y me cambié apresurado consultando el reloj a cada segundo. Bruno me ayudó doblando las medias y metiéndolas junto con los guayos en una mochila. Me despedí de mi madre y salimos a la calle a encontrarnos con los otros amigos que conformaban el equipo.

El partido fue una lucha a muerte, una contienda donde se pusieron en juego nuestras rivalidades con los habitantes del otro barrio. Las marcaciones estuvieron cerradas, estrechas, casi hombre a hombre. Se jugó fuerte, metiendo la pierna a fondo, cometiendo faltas constantemente de lado y lado, apretando al contrario para que cediera, se desconcentrara, abriera los espacios y permitiera una anotación. Pero ninguno de los dos equipos cometió errores y el primer tiempo concluyó cero a cero. Las barras animaban, gritaban y respaldaban a los suyos con entusiasmo y euforia. Bruno nos reunió en el entretiempo y reestructuró el plan de ataque.

—Tenemos que buscar el gol como sea —nos dijo con el rostro cubierto de sudor.

Gómez comentó:

—Si anotan ellos primero, se crecen y nos jodemos.

—Exacto —dijo Bruno—, eso es lo que estoy diciendo. Vamos a subir más hasta abrir esa defensa.

—Pero tenemos que tener cuidado atrás —anotó Eliseo, nuestro portero.

—Hay que correr riesgos —siguió Bruno—. Si metemos el primer gol los tipos se descomponen, comienzan a desajustarse y ahí son nuestros. Vamos a hacer

lo siguiente —me señaló con el dedo índice—: tú vas a subir y a bajar conmigo todo el tiempo. Cuando tengamos la pelota subes a apoyar el ataque, y luego te regresas en seguida a cuidar tu posición atrás. Tampoco podemos dejarles huecos muy grandes.

—Listo —dije asintiendo con la cabeza.

—Subes por el centro acompañándome, jugando conmigo, ¿me entiendes?

—Sí, claro.

—Vamos a romperlos por la mitad. Si alguno de los laterales queda libre, le pasamos el balón para que patee. ¿Entendido?

Todos asentimos. Pusimos las manos unas sobre otras y gritamos: —¡Ganar o morir!

Seguí las instrucciones de Bruno al pie de la letra. Tuve que exigirme al máximo para ir arriba y luego, como un rayo, bajar a cerrar la defensa. Bruno jugaba como un león, abriendo camino por el centro, pasando la pelota con agilidad sorprendente, pateando al arco cada vez que veía un espacio libre, por mínimo que fuera. Estábamos bien de estado físico y por eso decidimos apretarlos hasta hacerlos reventar. A los veinte minutos del segundo tiempo avanzamos con Bruno por el centro haciendo una pared, llegamos al área y decidí probar suerte: pateé a la mano derecha del arquero un tiro alto, en toda la cruz, y el balón rozó el travesaño y entró. Nuestra barra celebró entre gritos y aplausos. Nos abrazamos en grupo en el mediocampo y Bruno nos dijo: —Ahora concentrados, sin cometer errores. Vamos a aguantarlos.

En efecto, se nos vinieron encima enfurecidos, en desorden, repartiendo patadas como animales. Golpearon violentamente a Gómez en el muslo y el árbitro sacó la tarjeta roja y expulsó al infractor. Ahora tenían un jugador menos. Bruno aprovechó la ventaja, se fugó en un contragolpe por la línea derecha y les anotó el segundo gol. Las barras se levantaron y aullaron al borde del delirio. Uno de los defensas de ellos, un muchacho alto que apodaban Simio, empujó a Bruno buscándole camorra. Fue entonces, lo recuerdo bien, que sentí de nuevo el ataque, la niebla que ingresaba en mi cerebro y oscurecía el mundo a mi alrededor. Sentí un miedo tremendo de que los demás fueran testigos de la extraña transformación de la que era víctima, que me vieran enajenado, frenético, viendo alucinaciones, irreconocible. Fue tanto el miedo que decidí actuar para esconder lo que en

realidad me estaba ocurriendo: me le fui encima al Simio y le metí un cabezazo en plena nariz. El ruido del hueso al romperse no me detuvo, le metí un rodillazo en el estómago y lo rematé con un puñetazo en el mentón. El Simio quedó inconsciente en medio de la cancha. Y se armó la grande: los dos equipos nos enfrentamos en una batalla campal donde las patadas y las trompadas iban y venían cortando el aire de la noche y dibujando figuras complejas en el piso de cemento del parque donde se llevaba a cabo el torneo. Yo estaba combatiendo en realidad contra mí mismo, contra el misterioso efluvio mental que había empezado a tomarse mi cerebro desde esa misma tarde, y que buscaba expulsarme de mi cuerpo y mandarme afuera, al mundo de la nada. Por eso golpeaba con ira, desesperado, atravesando el campo como un salvaje en medio de una guerra tribal en los albores de la prehistoria.

La policía llegó, nos separó y nos introdujo esposados en dos camionetas. Yo estaba tranquilo porque el ataque ya había desaparecido y nadie había notado nada raro, excepto, claro está, mi excesiva agresividad con los de la Cuadra China. Y estar en camino a una comisaría de policía con mis amigos, a los dieciséis años, no me parecía una experiencia tan desagradable. Además, según recordaba, nuestra superioridad en la pelea había sido evidente, y el enemigo había quedado hecho pedazos y bien apaleado. Así que me recosté al fondo de la camioneta y esboqué una sonrisa de satisfacción.

Nuestros padres nos sacaron de la estación de policía cerca de la medianoche. Como es de suponer, tergiversé los hechos y presenté al Simio como un monstruo que había agredido a Bruno con perversas intenciones, cité la patada alevosa que había buscado «romperle la pierna a Gómez y dejarlo cojo de por vida», y repetí mil veces que habíamos tenido que defendernos de esa horda de psicópatas y maleantes que deseaban asesinarlos a golpes. Mi padre se quedó mirándome con cara de «eh, jovencito, no me creas imbécil», y me dijo con sorna: —Los hechos constatan lo contrario: los que parecen una pandilla fugada de una clínica psiquiátrica son ustedes. Varios de los muchachos de la Cuadra China tuvieron que ser llevados primero a un centro de salud para que los atendieran.

—¿Sí? —dije con evidente alegría.

—No seas descarado. Tendré que hablar con los padres del joven al que golpeaste para que no coloquen una demanda contra ti.

—¿Una demanda?

—Por lesiones personales.

—Pero si ya te dije que él empezó la pelea.

—Un empujón en fútbol es normal, y no es lo mismo que fracturarle a alguien la nariz y romperle dos costillas.

—¿Dos costillas? —eso era música para mis oídos.

—Recibirás por esto un castigo ejemplar.

—¿Me vas a castigar por defenderme?

—Hablaemos de esto mañana.

Llegamos a casa y me fui a mi cuarto a dormir. Estaba exhausto, no tanto por el partido, sino por la descarga de nervios que había implicado la repetición del ataque. Aunque estaba preocupado y tenía varias ideas dándome vueltas en la cabeza, el cansancio me venció y entré en un sueño profundo.

Mi padre cumplió su promesa: tuve que pintar la fachada de la casa, y después la parte interna, tanto el primer piso como el segundo. Con eso colaboré en parte con los gastos de atención médica que mi padre había tenido que cancelarle a la familia del Simio. Durante varias semanas mis amigos y yo tuvimos prohibido acercarnos a la Cuadra China. Buscaban nuestras familias, con esa medida, evitar un nuevo enfrentamiento.

Debo admitir que lo peor fue tener que hablar con Bruno a solas, sin testigos. Los del equipo me habían bautizado «El Loco Tafur» —ése es mi apellido—, que con el paso del tiempo se redujo sólo a «El Loco», puesto que creían ellos que la golpiza que había recibido el Simio sólo podía propinársela alguien que estuviera mal de la cabeza (no estaban muy lejos de la verdad). Pero Bruno era diferente, más astuto, más intuitivo, más inteligente para penetrar en la interioridad de los demás. Y me conocía desde que éramos niños. Por eso eludir sus preguntas no fue fácil.

—¿Por qué actuaste así? —me dijo al día siguiente de la pelea mientras conversábamos en la barda de mi casa.

—El tipo te agredió de mala manera.

—Fue un empujón.

—Me enfurecí.

—¿Estás seguro?

—No lo pude evitar.

—¿No es otra cosa?

—¿Qué quieres decir? —dije mirando el pavimento de la calle.

—¿No me estás escondiendo nada?

—¿Cómo así?

—¿No hay una razón oculta en todo esto?

—No sé de qué me estás hablando.

—Yo te conozco desde que eras pequeño.

—Lo sé —dije interrumpiéndolo.

—Déjame terminar... Yo sé cómo son tus estados de ánimo, cómo actúas, lo inteligente que eres en el colegio, conozco tu sentido de la solidaridad, tu lealtad, tu pasión por el deporte, y por otro lado reconozco tus miedos, tus angustias, tus límites...

Bajé la cabeza. Ése era el Bruno al que yo más miedo le tenía. Él continuó: — Lo que quiero decirte es que no sólo sé qué piensas, qué te gusta leer, qué películas te entusiasman... No sólo eso... Conozco también tu carácter, tu manera de comportarte ante determinada circunstancia...

—Lo sé, Bruno. Por eso somos tan amigos —admití.

—Estoy seguro de que tú no habrías iniciado semejante gresca sólo por un empujón.

—No sé qué me pasó, ya te lo dije.

—Estabas raro desde las horas de la tarde.

Suspiré. Me sentía como un asesino ante un inspector astuto y experimentado.

—Dime la verdad, ¿qué te sucedió ayer?

—No lo sé, me sentí extraño, raro, como si no fuera yo mismo.

—¿No habías bebido?

Negué con la cabeza.

—¿Probaste alguna droga?

—No.

—¿A qué le atribuyes semejante cambio?

—No sé, no tengo explicación.

El inspector decidió dejar que el psicópata descansara.

—Me voy.

Me dio la mano y se la estreché. Le dije con voz afectuosa: —Nos vemos mañana.

No pude decirle a Bruno qué me había sucedido porque yo mismo lo desconocía, porque no sabía qué era lo que estaba sucediendo en mi cabeza. A partir de entonces comencé a investigar, a preguntar, a buscar una respuesta para esa extraña conducta de una personalidad que de pronto se desdobra en otra. Me acerqué a Mariana, mi profesora de literatura, y le expliqué que deseaba escribir mi trabajo final sobre el tema de los dobles, de personajes que se duplican creando un ser independiente.

—Muy interesante, Tafur —me dijo Mariana.

—¿Usted qué me recomienda?

—Es un tema fascinante. Puedes comenzar a leer a Poe, el gran mago de los desdoblamientos. En varios de sus cuentos los protagonistas son atrapados por fuerzas mentales de sí mismos que ellos desconocen —parecía una descripción

exacta de mi problema—. Creo que debes empezar a leer «Berenice» y «William Wilson». El doble interior y el doble exterior.

Anoté en mi cuaderno los nombres de los cuentos.

—No olvides consultar una buena biografía de Poe. Su obra es un reflejo de lo que padecía él mismo.

—¿Sufría de desdoblamiento de personalidad? —dije intrigado.

—Peor que eso. Lee la biografía completa.

Abajo de los títulos de los cuentos escribí: «Ojo, consultar biografía sobre el autor».

—Luego debes leer «Wakefield», de Nathaniel Hawthorne. Es otro norteamericano contemporáneo de Poe.

—¿Me repite, por favor?

Ella deletreó tanto el nombre del relato como el de su autor. Dijo: —Es la historia de un hombre que es expulsado de su vida en un juego con su propia conciencia y arrienda una miserable habitación en una calle vecina. Allí vive veinte años. Te va a encantar, vas a ver.

Yo estaba deslumbrado, deseoso de empezar a leer cuanto antes.

—Finalmente consigue *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*, de Robert Louis Stevenson. Hice alusión a él en clase, ¿recuerdas?

—Sí, claro.

—Es un texto clave para tu trabajo. Es el gran tema de la negación de la identidad, el hombre y la bestia, Dios y Satán, el Bien y el Mal.

Escribí todo lo que ella dijo, metí mis lápices y mis cuadernos en la mochila, y le agradecí con vehemencia: —Gracias, Mariana. Le aseguro que leeré los cuatro relatos —le estreché sus manos entre las mías.

—Si necesitas más textos, avísame y vamos pensando en otros autores.

—Mil gracias.

—No hay de qué.

Lo primero que hice fue leer la biografía de Edgar Allan Poe. Me pareció increíble tanto abandono, tanto desamparo. Me conmovió su alcoholismo recurrente, su afición al láudano, su atracción irracional por la muerte. El culmen de la tristeza lo sentí cuando se enamoró de su prima impúber, retardada mental y cataléptica, Virginia Clemm. Un necrófilo y una cataléptica: menuda pareja. El final de su vida, arrastrado por las calles de la mano con beodos y vagabundos, hospitalizado en una institución de caridad y atormentado por el *delirium tremens*, me hizo admirarlo y quererlo en medio de su desgracia y su infortunio. No leí los dos cuentos que me indicó Mariana, sino la obra en prosa completa, tanto los textos creativos como los ensayos y los comentarios teóricos. Al término de unas pocas semanas me convertí en un entusiasta conocedor de este autor, en un seguidor fiel de sus personajes y sus historias, en un lector apasionado y ardiente. Vi en sus protagonistas atroces sufrimientos psicológicos con los que me identifiqué de inmediato, palpé la duda y la culpa de sus criminales antes y después de sus asesinatos, percibí el remordimiento que tortura a sus personajes hasta acorralarlos y ponerlos al borde del suicidio, me asusté al ver los impredecibles tormentos que se esconden en la zona oscura de nuestro cerebro, y en últimas llegué a sentirme uno más de sus entes de ficción, un adolescente tembloroso visitado por lo innombrable.

Mientras tanto los ataques continuaban sacándome de mi propia identidad hacia ese mundo de miseria, oscuridad, mendigos y enfermos que yo vislumbraba durante las alucinaciones. Podían durar tres o cuatro minutos cuando tenía suerte y lograba disimular el estado lamentable de mi conciencia. Pero lo peor era cuando se prolongaban y yo me veía obligado a desaparecer y buscar algún rincón donde arrojarme sin ser visto ni reconocido. El apodo de Loco iba creciendo y cobraba mayor significación en la medida en que mi comportamiento se volvía cada vez más insólito e inconcebible para mis amigos. Yo abandonaba sin avisar las reuniones y las fiestas, los partidos de fútbol, las salas de cine, y cuando ellos caían en cuenta de mi ausencia, ya estaba lejos, tirado por ahí con la cabeza entre mis manos en el fondo de un callejón nauseabundo o recostado en la puerta de un garaje destartado balbuceando palabras ininteligibles. Lo que no sabían mis amigos era que yo actuaba en contra de mi voluntad, más por vergüenza que por el hecho de sentirme extravagante o excéntrico. No deseaba que me vieran fuera de mí, con la cabeza despegando a toda velocidad hacia el mundo de las sombras.

Una tarde, después del almuerzo, en la última hora de clase en el colegio, entré en esa especie de trance que nublaba mis ojos y hacía latir mi corazón de manera frenética y desordenada. Pedí permiso y me dirigí a los baños. Cerré la puerta de uno de los cubículos y me arrodillé cerca del retrete a esperar que desaparecieran las visiones fantasmagóricas que me atormentaban. Pasados unos minutos, cuando ya estaba volviendo en mí, escuché en el cubículo de al lado una tos entrecortada y olí un aroma dulzón en el aire avinagrado del recinto. Salí, di la vuelta y abrí la puerta para ver qué le sucedía a mi vecino. Era Rogelio López, un joven de pelo largo que cursaba quinto de bachillerato y que había estado a punto de ser expulsado del colegio en varias oportunidades. Estaba sentado en el suelo con la taza del retrete a la altura de su hombro derecho, los ojos rojos, hundidos, con marcadas ojeras color caoba dibujadas en el rostro, el pelo desgredado y revuelto, la sonrisa torcida en una mueca grotesca; y un ligero temblor involuntario le recorría el cuerpo como si estuviera bajo la influencia de alguna fiebre tropical en medio de la jungla. Estaba fumando un cigarrillo delgado que despedía esa fragancia dulzona que yo había olido apenas unos segundos antes. Dijo con voz de ultratumba: —El Loco Tafur, qué agradable sorpresa.

—Qué tal, Rogelio, ¿estás bien?

—Ahí, hermano, como puedes ver...

—¿Qué estás fumando?

—Bazuco —dijo aspirando y reteniendo el humo en los pulmones.

—Eso es una mierda, Rogelio.

Expulsó el humo y trató de sonreír. Vi sus dientes amarillos y deformes carcomidos por el vicio.

—Yo también soy una mierda —afirmó sin agresividad, tranquilo.

—No, viejo, tú no.

—No valgo un peso.

—Qué va, hombre.

—Yo sé lo que te digo —aseguró él con la voz firme.

—Puedes recuperarte.

—Ya no, hermano.

—Haz un esfuerzo y verás.

—Estoy enganchado a fondo, no hay caso.

—Si se han recuperado otros, tú también puedes.

—Yo estoy peor que los demás.

—No lo creo.

Rogelio apagó el cigarrillo, guardó la colilla en un bolsillo de su chaqueta de cuero, se acomodó en su rincón, pasó la mano con los dedos abiertos por su melena desordenada, y dijo en voz baja, como si se tratara de un secreto: —Lo peor es que no tengo ganas de salir de esto. Yo soy una mierda, es cierto, pero los demás también son una mierda, y la vida en general es una mierda. ¿Qué me está esperando allá afuera? Nada, hermano, basura, desprecio, hipocresía. Al menos el bazuco es cariñoso conmigo, buen compañero, amable.

Me había alejado un par de pasos buscando aire fresco y estaba escuchándolo recostado en los orinales. No dije nada. Él siguió: —Nadie es sincero contigo, Loco, nadie es franco, nadie te dice la verdad. Cada uno te está mostrando un disfraz, te traiciona a la primera oportunidad, te vende por unas pocas monedas. Afuera nos espera un baile de máscaras.

—Lo pintas todo como si fuera un infierno.

—Es un infierno. Yo sé lo que te digo.

—No es tan tremendo, hombre.

—El bazuco es otra cosa, está lleno de amor, de comprensión. Me acelera y me da vértigo, pero con ternura, abrazándome. Es lo único que tengo.

Levanté los hombros y ladeé la cabeza como diciendo: «Bueno, tú sabrás, no puedo contradecirte». Rogelio me preguntó: —¿Tienes familia?

—Sí.

—¿Y amigos?

—Sí.

—¿Novia?

—Todavía no.

—Suma todos esos afectos. Eso es para mí el bazuco.

Guardé silencio unos segundos. Luego dije:

—¿No tienes familia?

—No —contestó él con seguridad.

—¿Y con quién vives entonces?

—Con una prima paralítica de mi madre que se arrastra en una silla de ruedas maldiciendo desde que se levanta hasta que se acuesta.

—¿Qué pasó con tus padres?

—Mi madre murió en un accidente. Mi padre se volvió a casar y se fue para Estados Unidos.

—Lo siento.

Miré el reloj, levanté la mano derecha en señal de despedida y dije: —Tengo que irme. Estoy en clase de matemáticas.

—Una pregunta, Loco.

—Dime.

—¿Qué hacías ahí en el piso, con la cabeza entre las manos?

—Tenía jaqueca, punzadas por todo el cráneo.

—¿Y te pasó tan rápido?

—A veces me dura sólo unos minutos.

—Qué raro...

—Me voy para clase.

—Chao, hermano. No le digas a nadie que estoy aquí.

—Tranquilo.

A partir de ese día Rogelio comenzó a tomarme confianza; nos saludábamos, cruzábamos un par de palabras en la tienda del colegio, nos tropezábamos en el recreo en la cancha de fútbol y nos quedábamos conversando unos minutos. Por casualidad volvimos a encontrarnos en los baños en cuatro o cinco oportunidades más. Recuerdo que él se impresionaba mucho de verme arrodillado en un rincón apretándome las sienes con las manos. Nuestra complicidad se dio porque guardábamos un secreto común: yo sabía que él se escondía para fumar bazuco en el colegio, y él era el único testigo que yo había tenido de mis ataques. Evidentemente no me atrevía a decirle que no eran jaquecas, sino visiones, alucinaciones, viajes a otros mundos. Rogelio se acercaba al lavamanos, mojaba su pañuelo y me lo ponía en la frente pensando que ese gesto me aliviaba en parte el dolor de cabeza. La verdad era que no me molestaba su presencia porque él pertenecía al otro costado de la realidad, al de abajo, al de los infiernos, y su figura (el cabello largo y sucio, los ojos hundidos e inyectados en sangre, los dientes amarillentos y destrozados por la caries, el olor a bazuco que despedía su cuerpo y la ropa vieja, manchada y arrugada) combinaba a la perfección con el sórdido universo que yo vislumbraba durante los desdoblamientos. Nadie entendía cómo había surgido entre nosotros esa aparente empatía, que molestaba tanto a mis amigos como a profesores y directivos del colegio. Pero sí, Rogelio y yo habíamos creado un vínculo allá, en la profundidad del descenso, en el exilio espiritual que ambos sentíamos con nuestras cabezas al borde del inodoro. Bautizamos a esos encuentros en los baños como nuestras «reuniones en Vietnam». Habíamos visto en películas a los soldados norteamericanos drogados y locos soportando esa guerra absurda y sin sentido. A veces, antes de subirnos a los buses, él levantaba la mano y me gritaba: —Nos vemos en Vietnam.

Mis amigos no entendían nada y les repugnaba esa cercanía amistosa que había surgido entre Rogelio y yo.

—¿De dónde te conoces tú con ese tipo? —me decían indignados.

—Por ahí... —contestaba yo evasivo.

—¿Pero dónde? —insistían.

—No me acuerdo.

—No estarás volviéndote drogadicto.

—Sí, drogadicto, alcohólico, ladrón, y estoy pensando volverme transexual. Voy a ahorrar una plata para mandarme operar y cambiarme de sexo —remataba yo con una sonrisa.

—Tan chistoso.

Así terminaban esos interrogatorios: en nada. Yo esquivaba las preguntas y no permitía que los demás entraran a husmear en esa otra parte de mi vida que con tanto esfuerzo había mantenido oculta.

Se acercaba el fin de año y mi trabajo para la clase de literatura estaba ya casi listo. Había terminado de leer «Wakefield», de Hawthorne, y la historia me había atrapado desde los primeros renglones, como en el caso de los cuentos de Poe. Se trataba de un hombre que sale de su casa y de repente, sin explicación alguna, decide no volver. Pero no se fuga a la conquista de lejanos territorios ni nada similar. Arrienda una pequeña habitación en la calle de al lado, y desde allí, anónimamente, vigila lo que ocurre en su casa y construye una especie de existencia paralela. Pasan los días y las semanas y él continúa espionando el efecto que produce su ausencia en su esposa y sus conocidos. Experimenta ese juego como un quebrantamiento de la rutina, como una forma de escapar a la repetición y la costumbre, pero se da cuenta de que es mucho más que eso y que la nueva existencia está devorándolo a pasos agigantados. Al cabo de veinte años, también sin explicaciones, regresa a casa y abraza a su mujer, que lo creía muerto y que lo observa perpleja.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me escribiste ni siquiera una nota? —le pregunta ella con la voz quebrada por la angustia.

—No sé nada, mujer. No puedo explicar nada. He vivido veinte años en la calle de al lado —dice Wakefield, y sube las escaleras para ir a recostarse.

En realidad, a Hawthorne no le interesa tanto la anécdota, sino analizar la manera como su personaje, poco a poco, comienza a ser seducido por una idea que lo saca de un ámbito determinado, de un territorio donde vive, come, duerme, trabaja, copula. Así, lentamente, Wakefield se encuentra un día por fuera del

sistema, marginal, sin saber cómo regresar. En apariencia él reside en la calle de al lado, pero en realidad está en otro mundo. Ha sido expulsado no sólo de un territorio donde se cumplen los hábitos que componen su vida, sino, y acaso en esto reside la mayor fuerza del cuento, de su «yo», de lo que él consideraba basta entonces su identidad, su singularidad. En la medida en que pasan los días se aleja más de sí, con aceleración vertiginosa. El horror de Wakefield es también un horror de la conciencia: sentirnos habitados por fuerzas descomunales que nos desplazan y nos impiden cualquier principio de ubicación interior.

Como es de suponer, yo estaba hablando de un relato de la literatura norteamericana de principios del siglo XIX, pero entre líneas estaba hablando de mí, de lo que le estaba sucediendo a mi cabeza desde aquella fatídica tarde en la cancha de baloncesto. Me tomé tan a pecho el trabajo final porque deseaba descifrar mi propio misterio, quería desenredar los hilos tortuosos que estaban asfixiando mi cerebro. De seguir así, yo, como Wakefield, tendría que marcharme un día en busca de lo desconocido, y no, yo quería quedarme con los míos, al lado de mi familia y mis amigos. Para mí no se trataba sólo de una obligación académica, sino de la defensa de mí mismo.

El último texto que me había indicado Mariana, *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*, me sobrecogió durante toda la lectura y me dejó en las últimas páginas al borde del llanto: el padecimiento de Harry Jekyll era el mío, y sus dolencias más atroces las comprendí no desde el intelecto, sino desde la cotidianidad de mi tremenda experiencia personal. El mayor logro de Stevenson, para mí, estaba en presentar a mister Hyde como otro individuo, no como un derivado, una consecuencia o un hombre que guarda comunicación con el ser original. Hyde era un otro diferente y radicalmente opuesto que no tenía nada en común con Jekyll. Hasta tal punto se insiste en esa independencia, que Hyde es enano, contrahecho, con voz ronca y susurrante, troglodítico, en contraposición a Jekyll que es alto, bien formado, de temperamento cristalino, de voz suave y cordial, un doctor que sabe ser amable y deferente con los demás. Y en mi caso era igual, el segundo ser no tenía nada en común con el primero, no se le parecía en absoluto, era más bien la intromisión de otro individuo que sin avisar ingresaba en mi cuerpo y me sometía a pensar y a sentir según sus desagradables y macabras órdenes.

Me sorprendió una diferencia radical que expone Stevenson: Jekyll vive en una casa cómoda y confortable, es diurno y se desplaza por calles reconocidas y sectores prósperos, a la luz de todo el mundo. Hyde, en cambio, prefiere la noche, las sombras, las calles mal iluminadas y poco concurridas, y opta por un siniestro

piso en el barrio del Soho. Ese cambio de escenografía, de atmósfera, conecta a Stevenson con la parte marginal, sucia y miserable de la ciudad. Él, que viene de escribir novelas de viajes, descubre la nueva ruta de un aventurero que acaba de nacer: el periplo por la periferia de la urbe moderna, la excursión a la zona prohibida, la travesía hacia los círculos infernales de la ciudad industrial. Esa diferencia de espacio nos habla de una frontera que se halla a su vez adentro, en la psique: la luz y las tinieblas, el Bien y el Mal, los ángeles del Señor y las huestes de Satán, el hombre y la bestia.

Eso fue lo que, palabras más palabras menos, expuse frente a mis compañeros el día en que tuve que sustentar mi trabajo final de literatura. Hablé apasionadamente, con vehemencia, convencido de la importancia de mi discurso. Mariana me observaba con los ojos abiertos, emocionada. Apenas terminé hubo unos segundos de silencio. Noté que el auditorio estaba estupefacto, atrapado por completo en el poder de mis palabras. Finalmente se pusieron de pie y estallaron en un aplauso ensordecedor. Recuerdo haber pensado mientras estaba allí frente a los demás estudiantes del salón: «Increíble que esta alegría que siento ahora provenga del más intenso dolor».

Concluimos el curso y se iniciaron las vacaciones de diciembre entre días soleados y despejados. Era la época para montar en bicicleta y recorrer la sabana de Bogotá desde las primeras horas de la mañana, cuando el tráfico de automóviles era mínimo y el aire limpio y sin contaminar inundaba los pulmones de manera gratificante. Por lo general tomábamos la carretera hasta Suba y allí desviábamos a la izquierda hacia Cota, no por la vía principal, sino cruzando los caminos despavimentados que iban a todo lo largo de los cultivos de flores. En Cota parábamos a tomar un refresco y a revisar las bicicletas. Luego pedaleábamos por la carretera que nos llevaba hasta Chía en medio de sauces llorones y espigados eucaliptos que nos acompañaban con sus figuras imponentes y silenciosas. En Chía torcíamos a mano derecha antes de entrar al pueblo y regresábamos a Bogotá por la Autopista del Norte a toda marcha, exigiéndonos al máximo para dejar atrás a aquéllos que no podían mantener el ritmo intenso que imponían nuestras bicicletas engrasadas y bien calibradas. Éramos competitivos porque en la adolescencia las posiciones se definen a pulso, por méritos propios. Por eso el que en esa etapa es considerado un imbécil, aunque después triunfe en sociedad y alcance altos honores, cuando se reencuentre con sus viejos amigos de juventud volverá a ser el mismo idiota de siempre. Es una edad maravillosa porque hay que demostrar coraje y ganas de vivir. Se es lo que se es, sin trucos.

A mediados de diciembre, una semana antes de Navidad, un escándalo agitó los ánimos de los vecinos del barrio. El asunto comenzó en secreto y tuve el privilegio de estar al lado de los protagonistas y de acompañarlos en el momento decisivo, cuando fue preciso entrar en acción. Estábamos con Bruno haciendo algunos pases con el balón de fútbol y llegó de improviso su hermano menor, Alfonso, que tendría por aquel entonces once o doce años. Estaba nervioso y asustado. Se acercó a nosotros, se sentó en un tronco de madera a observarnos unos minutos, respiró profundo y le dijo a Bruno: —Tengo que hablar contigo.

—¿De qué? —preguntó él pateando el balón hacia arriba.

—Es importante.

—¿Qué tan importante? —la pelota bajó y Bruno la cabeceó hacia el frente, donde yo la aguardaba.

—Muy importante.

—¿En serio? —dijo él mirando a su hermano pequeño por primera vez.

—Sí.

—No me vayas a salir con una cretinada —recibió el pase que yo le había hecho con el muslo, bajó la esférica y le puso el pie encima.

—Es una cosa grave.

—A ver, dime qué pasa.

Nos acercamos al enano con paso de matones de película y noté que le estaba temblando la mano derecha. Se veía que Alfonso había pasado por una prueba dura y nada fácil. Bruno también se dio cuenta del estado alterado por el que estaba pasando su hermano.

—¿Qué te pasó? —le preguntó Bruno con voz dulce.

Dos lagrimones se insinuaron en los ojos de Alfonso.

—Tranquilo, dime qué pasó.

Un llanto suave y pausado le impidió hablar al pequeño.

—¿Fueron los de la Cuadra China? ¿Te hicieron algo?

Bruno se esforzaba por controlar la agresividad que sentía correr por su sangre. Alfonso negó con la cabeza la pregunta.

—Bueno, cálmate y cuéntanos por qué estás así.

Alfonso se secó las lágrimas con la manga del saco y se apretó los párpados cerrados para detener el llanto. Dijo: —No le vayan a contar a nadie.

—Fresco, no diremos nada —afirmé yo para apaciguarlo.

Se pasó la mano por el cabello, suspiró y se dirigió a Bruno: —Sabes que voy a hacer la primera comunión...

—Sí, lo sé —confirmó Bruno.

—Estoy haciendo el curso de vacaciones para eso.

—Ajá.

—Tengo que ir a la iglesia dos veces por semana.

—Sí.

—Somos cuatro, tú sabes.

—Tú me contaste, sí.

—El que nos prepara es el padre Alberto.

—Y qué, Alfonso, ¿cuál es el problema? —dijo Bruno comenzando a desesperarse.

El enano tragó saliva.

—El problema es el padre Alberto.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con él?

Alfonso tuvo un instante de duda y decidió confesarnos la verdad: —Nos hace entrar en una sala que queda en la parte de atrás de la iglesia.

—¿Y?

—Nos baja los pantalones y nos acaricia el pipí.

—¿Qué? —gritó Bruno enfurecido.

Los lagrimones volvieron a aparecer en los ojos de Alfonso.

—Nos toca entre las piernas y nos dice cosas.

—¡Malparido hijueputa! —estalló Bruno levantando los brazos.

—Yo no tuve la culpa, le dije que no pero él insistió.

Me acerqué al pigmeo y lo abracé. Le dije: —Tú no tienes la culpa de nada, no te preocupes.

Le hice caras a Bruno como sugiriéndole que no se pusiera violento delante de su hermano. Él se acercó y tomó a Alfonso por los hombros. Bajó la voz y le preguntó: —¿Qué más te hizo ese cabrón?

—Nada más.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—¿Sólo los acaricia?

—Nos toca y nos dice que cuando seamos grandes vamos a ser unos hombrecitos muy atractivos.

—¿Se desnuda él también?

—No, se mete la mano entre el pantalón.

—¿No los obliga a hacer nada más?

—No, nos acaricia por turnos, se queda gimiendo y nos dice que ya nos podemos ir.

—¿Le has dicho esto a alguien más?

—No.

—¿Y tus amigos?

—No creo. Todos tenemos miedo.

—¿Saben ellos que tú me ibas a contar?

—Sí, decidimos hablar contigo para que nos ayudes.

Bruno lo estrechó entre sus brazos.

—Claro que te voy a ayudar, enano. Para eso soy tu hermano.

Lo mejor era actuar cuanto antes. Le explicamos a Alfonso que regresara a casa y que dejara todo en nuestras manos.

—¿Qué van a hacer? —nos preguntó Alfonso.

Bruno le respondió con la voz calmada pero firme: —No te afanes, vete para la casa. Yo te garantizo que ese hijueputa no se te va a volver a acercar.

Alfonso se fue y nos quedamos Bruno y yo solos con el balón de fútbol entre nosotros. Dije: —Vamos a darle una paliza en seguida, no lo pensemos.

—No es suficiente.

—¿Cómo así?

—Necesitamos ponerlo en evidencia.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—Lo rompemos de la cabeza a los pies, lo amarramos, lo traemos aquí y ponemos a la gente al tanto de lo que sucedió.

Me encantó la idea. Era sano abrir la alcantarilla para que entrara aire fresco y no dejar pasar semejante atrocidad por debajo de la mesa.

Dejamos el balón en mi casa, metí una soga en el bolsillo de mi chaqueta y nos dirigimos con Bruno hacia la iglesia.

No sabíamos los horarios del padre Alberto, así que nos quedamos afuera, en los jardines de la entrada, sentados en un banco de cemento planeando de qué manera íbamos a golpearlo. Llevábamos dos horas allí sentados cuando de pronto, acompañado por una mujer joven que cargaba un bebé en los brazos, hizo su aparición en la puerta de la iglesia.

—Ahí está —dijo Bruno poniéndose de pie.

—Es mejor si está solo —advertí.

—Tienes razón.

—Acerquémonos a conversarle para que no se nos escape.

La mujer se despidió y yo alcancé a gritar: —Padre, padre.

El tipo se quedó inmóvil con una sonrisa en los labios. Tendría unos veinticinco años y su estampa era delicada, de un amaneramiento manifiesto.

—Díganme, muchachos.

Bruno caminó hacia él. Yo me quedé vigilando la zona. La mujer con el bebé en los brazos se alejaba apresurada hacia la carrera Séptima. Escuché la conversación sin mirar los rostros de los protagonistas.

—Soy Bruno, el hermano de Alfonso. Él está tomando el curso con usted para hacer la primera comunión.

El padre Alberto hizo memoria y dijo con voz aguda y afectada: —Sí, claro. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Voy a ir al grano, maestro. Estoy enterado de todas las porquerías que usted les hace a él y a sus amiguitos.

Hubo un silencio. Imaginé la cara del tipo pálida y los nervios haciéndole temblar las manos pequeñas y bien cuidadas.

—Ven, hablemos adentro.

—Yo no soy imbécil, a mí no me va a enredar con sus justificaciones hipócritas.

—Las cosas no son así, hijo, cálmate.

Pensé: «La voz lo delata». Bruno continuó: —Sólo quiero saber por qué, si usted es marica, no se consigue un novio y deja a los demás en paz.

—No es así, hijo.

—¿Por qué tiene que aprovecharse de niños que no pueden defenderse?

—Hijo, por favor, eso no es cierto.

—A ver, maricón, explíqueme.

—Dios, estás muy alterado.

—Conmigo la va a ver negra, curita de mierda.

Escuché el primer golpe y volteé el rostro para saber qué había pasado. El padre Alberto estaba de rodillas con la nariz entre las manos. Me dije: «Está perdido. Tiene la nariz fracturada».

—Pedazo de hijueputa, no va a volver a acercarse a un niño en toda su vida.

Bruno no siguió golpeándolo sistemáticamente, por partes, sino que se lanzó a un ataque frontal, desordenado, buscándole la cara, la boca del estómago y los testículos. Dos minutos más tarde el tipo estaba en el piso susurrando frases que no se comprendían, llorando y respirando ahogado, como si los pulmones se negaran a recibir aire. Bruno estaba transformado, como un perro rabioso fuera de control. Vi sus bíceps abultados y pulidos por tantas jornadas de pesas y flexiones de pecho.

Era suficiente, el tipo estaba acabado. Me acerqué y le dije: —Vigila mientras amarro a este hijueputa.

Bruno se levantó agitado y caminó unos pasos hacia la parte exterior de la iglesia. La calle estaba vacía.

Até las muñecas del padre Alberto con los brazos atrás, en la espalda, como si fuera un ladrón o un asesino recién capturado por la policía. Me di cuenta de que tenía la cara destrozada por los puñetazos recibidos. La sangre empeoraba su aspecto.

—Andando, cabrón, a dar la cara —le ordené al tiempo que lo ayudaba a ponerse de pie.

No dijo nada ni preguntó adonde lo conducíamos. Parecía embrutecido por los golpes.

—Cierra la puerta de la iglesia —le sugerí a Bruno.

Mi amigo dio un tremendo portazo y nos llevamos al hombre a empujones y a patadas hasta la entrada del barrio. Mientras avanzábamos y los vecinos iban reconociendo detrás de las mejillas tumefactas y los ojos hinchados y ensangrentados el rostro de su sacerdote preferido, el del padre Alberto, un cortejo se fue reuniendo detrás de nosotros y el escándalo creció de calle en calle como un río cuya creciente desborda las aguas con un impulso incontenible.

Nos detuvimos justo frente a la casa de Bruno. Eran las seis y media de la tarde, hacía frío y un cielo oscuro y nublado amenazaba con un recio aguacero. Salieron a la calle Alfonso y sus amiguitos, los padres de todos ellos, los hermanos y los vecinos que se acercaban a averiguar qué era ese escándalo que alborotaba a un barrio tan pacífico y tranquilo. Incluso recuerdo que alcancé a reconocer el rostro de mi madre perdido entre la inquieta y hormigueante multitud.

Bruno reveló a voz en cuello qué había sucedido y por qué traíamos al padre Alberto golpeado y amarrado. Algunas beatas hipócritas se indignaron de ver a su sacerdote humillado y castigado, pero la gran mayoría (las más violentas eran las madres de los muchachos implicados) quería agredir al religioso con sus propias manos. Al final el padre de Bruno llamó a la policía, explicó el caso a los agentes y se dirigió a la comisaría con los demás padres de familia a poner las demandas respectivas. Mi sogá fue reemplazada por unas esposas metálicas, y el padre Alberto, desfigurado, irreconocible, terminó en el fondo de una patrulla custodiado por dos policías corpulentos. En el último momento me acerqué a la ventanilla del auto oficial y le dije al sacerdote: —Adiós, míster Hyde.

La gente volvió a sus casas. Alfonso se colgó del cuello de Bruno y le dijo con la voz quebrada por la emoción: —Gracias.

Él sonrió y contestó:

—Nadie te va a volver a hacer daño, enano.

Nos despedimos con Bruno con un fuerte apretón de manos. Me dijo: —Tú siempre tan leal.

—Estuviste bien, hermano —respondí.

—Nos vemos mañana.

—Listo, campeón.

Recogí la sogá con manchas de sangre (durante meses la tuve colgada de una puntilla en una de las paredes de mi habitación) y entré a casa, donde mis padres me esperaban para una larga y dispendiosa conversación.

El otro incidente que trastornó aquellas vacaciones fue sólo una escena, una imagen, pero tuvo tal impacto en mí, que me hizo odiar el resto de mi vida la detestable debilidad del género humano.

Habíamos estado Bruno, dos amigos del equipo de fútbol y yo tomándonos unas cervezas en Usaquén, un pequeño pueblito que había sido devorado por las ávidas urbanizaciones del norte de Bogotá, pero que aún así guardaba esa estampa rural y campechana que lo hacía distinguirse de los ruidosos centros comerciales. La iglesia, la plaza de mercado, las tiendas abarrotadas de albañiles y jardineros con sus botellas de cerveza sobre las mesas, el cementerio, los conventos en la parte alta del pueblo (rodeados de pinos y escoltados por las montañas), y sus casas antiguas con techos de teja de barro, creaban alrededor de este lugar una atmósfera de leyenda que subyugaba la fantasía y estimulaba la imaginación.

Regresábamos por las calles sin pavimentar de Usaquén haciendo bromas, empujándonos y riéndonos de las idioteces que se nos ocurrían en medio de nuestra ligera ebriedad. Hay una felicidad tan inmediata que es imperceptible, y que sólo con el paso del tiempo, al evocarla, cobra su verdadera magnitud. Así me sucede ahora al verme con mis amigos deambulando a través de calles viejas, solitarias y oscuras, como un grupo de lobatos disfrutando un poco de libertad y esparcimiento en el centro de la floresta nocturna.

De un momento a otro tropezamos con un auto estacionado en un costado de la calle, debajo de un árbol, oculto. Nos acercamos y, como si vinieran de un más allá líquido o acuoso, unos gemidos sibilantes llegaron a nuestros oídos. No supimos qué hacer y nos detuvimos en la mitad de la calle, entre sorprendidos y curiosos, entre inquietos y nerviosos. Nos aproximamos a las ventanillas empañadas del automóvil, un Land Rover color caoba destartado, y, con las caras casi pegadas al vidrio, divisamos entonces a una pareja besándose y acariciándose con afán, con ansiedad. La escena tenía algo grotesco que la ensuciaba y que le restaba su posible carga erótica, y era que el hombre intentaba ponerse encima de ella y no podía porque la borrachera se lo impedía. Parecía un muñeco torpe, una marioneta mal gobernada, un títere con los hilos rotos. Su cabeza golpeaba contra el vidrio del conductor produciendo un sonido sordo y convirtiendo la acción en una suma de gestos ridículos, toscos, bufonescos. Nos íbamos ya a retirar cuando percibí en el fondo, semidesnuda y con el cabello revuelto, una silueta que me era conocida. Su nombre escapó de mis labios sin que yo pudiera evitarlo: —¡Mariana!

Sí, se trataba en efecto de mi profesora de literatura manoseándose a altas horas de la noche con un borracho barrigón, calvo y deslucido. Bruno se llevó a los otros compañeros aparte y me esperaron a unos cuantos pasos de distancia.

—Déjenlo solo —les ordenó.

Yo no podía continuar mi camino, algo me tenía allí inmovilizado, paralizado. Sentía indignación, rabia, celos, ganas de echarme a llorar. Mariana era para mí el ideal de inteligencia, de mesura, de rectitud, de equilibrio espiritual. La había imaginado muchas veces en una escena sensual, con un amante experimentado y romántico, muy enamorados los dos, ardientes, febriles y desenfrenados. Pero no así, en la vía pública, con una bola de sebo embrutecida por el alcohol. Era demasiado. Toqué el vidrio del acompañante con los nudillos de mi mano derecha. El tipo detuvo sus movimientos extravagantes. Volví a golpear la ventana. Los dos recuperaron una cierta compostura y Mariana se arregló el cabello y se tapó los senos con la primera prenda de vestir que encontró a mano. Bajó la ventanilla y me reconoció: —¡Tafur!... ¿Qué estás haciendo aquí?...

No sé por qué evoqué en ese preciso instante las frases que me había dicho Rogelio en nuestro primer encuentro en Vietnam: «Nadie es sincero contigo, Loco, nadie es franco, nadie te dice la verdad. Cada uno te muestra un disfraz, te traiciona a la primera oportunidad, te vende por unas pocas monedas. Afuera nos espera un baile de máscaras».

—¿Qué haces aquí? —volvió a preguntarme Mariana.

Yo estaba con las manos en los bolsillos de mi chaqueta, quieto, como una estatua. La miré fijo a los ojos y dije con una voz neutra y tranquila: —Buenas noches, míster Hyde.

Eso fue todo. Me di la vuelta, alcancé a mis amigos y seguí caminando con ellos con paso lento, sosegado y sereno. No se atrevieron a hacer chistes, no me dijeron una sola palabra. Sabían que yo estaba afectado por lo que acabábamos de ver y supieron respetar la confusión que me embargaba.

Con el paso de los días terminé no por odiarla a ella, sino a mí, que la deseaba con locura, a mí que me masturbaba en mi cama pensando en su piel delicada y en su melena desordenada, en sus senos redondos y en su boca jugosa, a mí que me excitaba el haberla visto como una mujerzuela licenciosa y grosera, a mí que la quería aún más después de haber descubierto la bestia inmundada que la habitaba.

## CAPÍTULO II

### LOS TRES MAESTROS

Las páginas anteriores me han reconfortado, me han fortalecido, nunca había hablado con tanta sinceridad de mí mismo. Siento que voy haciendo una práctica de catarsis, de purificación, de limpieza psíquica. He terminado el primer cuaderno y me agrada haber confesado pormenores de mi infancia y mi primera adolescencia. No sé en qué estado lamentable estaría si el director de la cárcel no hubiera permitido, amablemente, el ingreso de los cuadernos, los lápices, los borradores y los tajalápices. También me ha permitido traer a mi celda desde la biblioteca los libros que yo desee, biblioteca que no es gran cosa, pero que permite, no obstante, hallar de cuando en vez una buena novela o un autor ameno e ingenioso. Pareciera como si el director quisiera ser cordial y deferente con su prisionero-escritor. De todos modos debo reconocer que le estoy agradecido y que la única tranquilidad que calma esta angustia y esta ansiedad que mortifican mis nervios, es la de la escritura, la de ir renglón a renglón abriendo el corazón y vaciando el cerebro. No dudo ni por un segundo de que sin esta magnífica posibilidad de escribir, mi espíritu no soportaría la presión y sería presa fácil de las fuerzas avasalladoras de la locura. Las palabras son como escudos que me protegen de la demencia.

Otro punto a favor es que he vuelto a hacer ejercicio físico aquí, en un rincón de la celda, tanto en la mañana como en las horas de la noche. Gimnasia, flexiones de pecho y abdominales. El resultado es que me siento más relajado y que el insomnio que me tenía aniquilado ha menguado de manera considerable. Nuestra vida se organiza a partir de una serie de repeticiones y de hábitos que la van estructurando, que la van armando paso a paso, como quien poniendo un ladrillo junto a otro termina por construir una muralla o una edificación. De igual forma, nuestro principio de realidad está compuesto por pequeñas rutinas, por costumbres insignificantes que, suprimidas, nos lanzan al vértigo de un afuera que nos aproxima al desvarío y nos deja en manos del delirio.

Hasta el momento la vida de la cárcel no me ha parecido tan dura como la imaginaba. Nadie se mete conmigo, nadie me habla en los horarios en los que permanezco en el patio con los demás reclusos. Me la paso escribiendo en mi cuaderno, concentrado, sin poner atención a lo que sucede a mi alrededor. Me han crecido el cabello y la barba, y supongo que mi aspecto es el de un sujeto alienado que ha perdido contacto con la inmediatez del mundo. A propósito de esto, las investigaciones que se llevan a cabo por el crimen que cometí sugirieron consultar la opinión de un psiquiatra. Parece que tienen dudas sobre mi salud mental. Es para morirse de la risa la actitud adusta y arrogante que adoptó el loquero que enviaron a entrevistarme. Era un gordito saludable, rosadito, bien peinado, con la corbata ajustada en el centro del cuello, con lentes a la moda agrandándole la

forma de los ojos, con un bigotito recortado antes de llegar al labio superior y un timbre de voz bien estudiado para dar la impresión de autoridad y seguridad en sí mismo.

—Buenos días, señor Tafur. He leído el expediente y su confesión completa, y necesito que me responda unas preguntas, por favor.

Así comenzó la conversación el imbécil, con un aire docto y ceremonial. Decidí irme de frente, desarmarlo de entrada y ponerlo en su sitio.

—Detesto los individuos como usted, que esconden el fracaso de sus vidas detrás de esa apariencia profesional. Estoy seguro de que en el colegio era un idiota, y que después, durante sus años de universidad, fue despreciado por sus compañeros, y más aún por sus compañeras. Siempre ha sido un motivo de risa, así que deje de hablarme con esa pose de decente superioridad. Yo sé bien quién es usted.

Se quedó sin respuesta, mirándome a través de sus gafas enormes. Una gota de sudor se insinuaba en su sien derecha. Decidí volver a golpear:

—¿Sabe cuál ha sido su mayor problema? La falta de humor, su incapacidad para reírse, para divertirse, para coger la vida por los cuernos. Su cobardía salta a la vista, nunca ha dejado de ser el niño con el que soñaban sus padres, el buen chico, el muchacho ejemplar, el hijo para mostrar en sociedad. «Es un gran psiquiatra, tiene que analizar a hombres muy peligrosos en la cárcel», dirán sus padres ante parientes y amigos cercanos. Qué majadero ha sido usted, le escribieron el guión antes de nacer y lo único que ha hecho es venir a repetirlo dócilmente. No hizo cambios ni improvisó algunos apartes, no, usted es lo que se llama un buen recitador, un actor de medio pelo. Así que váyase a la mierda con su tono de joven psiquiatra que sabe hacer su trabajo, a timar ingenuos a otro lado.

No supo qué hacer, sudaba a chorros y tuvo que sacar un pañuelo y acercarlo a la frente y a las sienes para secarse la piel mojada y brillante. Alcanzó a balbucir:

—Tiene miedo de sanarse. Cree que su talento literario se origina en su enfermedad. No es así. Seguramente usted fue maltratado psicológicamente en su infancia y desarrolló lo que llamamos en el oficio un *trastorno de personalidad múltiple*. Quiero ayudarlo...

Lo rematé para que me dejara en paz:

—Y me imagino que lo peor de la historia está en su trato con las mujeres: torpe, mediocre, a medias. Los tipos como usted son timoratos, mojigatos, temerosos y dubitativos. Las mujeres bellas e inteligentes los aborrecen, los odian a muerte. El viejo cuento del chico pulcro que las deja insatisfechas, que lo abandonan para irse con otros que sí las hacen sentirse mujeres y hembras de verdad. Un desastre; mejor lárguese y dejemos esto así. No me joda la vida y yo no se la jodo a usted.

El tipo estaba nervioso, vacilante. No había alcanzado ni a abrir siquiera una carpeta que llevaba para tomar notas. Me dio risa su rostro congestionado y ridículo.

—Lárguese, cretino, y escriba en el informe lo primero que se le ocurra: esquizofrenia, brotes psicóticos o trastornos de personalidad múltiple, me da igual —dije estallando en una carcajada feliz, histriónica.

Llamó al guardia con la voz descompuesta y salió sin despedirse. Me pareció descortés. Algo había aprendido, sin duda.

Desde entonces me dejan tranquilo, escribiendo día y noche en mis pequeños cuadernos colegiales, alejado de los demás prisioneros. Me tienen aparte, en una sección de celdas independientes y diminutas. Sospecho que estamos en este tramo de la cárcel los que tenemos comportamientos dudosos, los que quizás no estemos en nuestros cabales, los que tal vez estemos en tránsito hacia el manicomio. No me importa. Lo único que pretendo es reconstruir mi vida y dejar testimonio de lo que realmente me condujo al asesinato premeditado de un semejante. Dejemos por lo tanto de divagar y continuemos tejiendo, como una araña laboriosa que trabaja desde la mañana hasta el atardecer y que no cesa en su empeño de concluir su telaraña fina y casi imperceptible, el hilo invisible de nuestro relato.

Mariana se retiró del colegio. Pregunté por su número telefónico y su dirección, pero la secretaria del rector me informó que había tomado la decisión de salir de Bogotá y trabajar en un colegio femenino en Medellín.

—No tengo sus nuevos datos, lo siento —me dijo levantando los hombros.

No quise insistir y ponerme pesado. Se había ido y punto. Tampoco era el fin del mundo.

Rogelio fue expulsado en la primera semana de clases. El prefecto de disciplina lo encontró fumando bazuco en los baños del colegio. Lo echaron sin consultarles a los demás profesores y sin citar a sus acudientes. El rector pronunció un discurso pomposo y florido sobre «las buenas costumbres de las personas bien educadas». Rogelio no se defendió, agarró sus libros y cruzó el patio central sin mirar a nadie, contemplando el vacío que tenía frente a sus ojos. Solo cuando me vio pareció reaccionar, se detuvo y me dijo en voz baja:

—Eres el único amigo que dejó aquí.

—Me vas a hacer falta —era verdad, sabía que lo iba a extrañar.

—Te quedaste solo en Vietnam.

—Va a ser más difícil sin tu ayuda.

Se sonrió, nos estrechamos la mano y me dijo:

—Cuídate el coco.

Me dio tristeza verlo salir del colegio de esa manera, caminando despacio, como si no hubiera pasado nada. Me parecía increíble que los profesores y los alumnos no entendieran que el caso de ese adolescente era competencia de todos, que cada uno de nosotros teníamos la obligación de ayudarlo, de protegerlo, de adoptarlo. Él no estaba enfermo de drogadicción, sino de indiferencia y crueldad. Viendo la situación con justicia, los enfermos eran los otros, es decir nosotros, que no sentíamos ni un asomo de solidaridad frente a la orfandad y el dolor ajenos.

Sin embargo, las pérdidas de Mariana y de Rogelio pasaron a un segundo plano porque una experiencia aterradora llegó a mi vida y la partió en dos para siempre.

Resulta que había descubierto un sitio para protegerme de las miradas curiosas cuando los ataques me cogían por ahí vagabundeando de noche: el cementerio de Usaqué. Los muros que lo rodeaban medían apenas dos metros de altura y eran fácilmente franqueables. No había un celador custodiándolo en el horario nocturno, y adentro la falta de una óptima iluminación, las lápidas antiguas con los escudos heráldicos en alto relieve, el olor a flores viejas y los corredores angostos y sombríos se acomodaban a la perfección a las visiones fantasmagóricas que atormentaban mi cerebro y nublaban mi lucidez. No estoy seguro de cuántas veces salté esos muros para refugiarme entre las tumbas y no ser observado por los transeúntes. En pocas semanas el cementerio de Usaqué se convirtió en un refugio seguro, en una guarida donde me ocultaba para construir el fantasioso universo que me visitaba desde un más allá desconocido.

Una noche de un sábado estaba arrojado en el césped del costado oriental, cerca de la fosa común, cuando escuché unas voces que parecían venir de la parte trasera, del otro lado del muro. Me acerqué con cautela, bien agachado, y en efecto confirmé que en el taller de mecánica que colindaba con el cementerio se estaba llevando a cabo una extraña conversación.

—Usted lo traicionó, no lo puede negar —decía una voz firme y amenazante.

—Yo no fui, se lo juro —decía un hombre asustado, afectado por el terror.

—No venga aquí con cuentos.

—Yo no fui.

—Don Gonzalo sabe todo, hermano, tiene los datos completos. Usted fue el que nos traicionó, no nos venga con historias.

—Yo no fui.

—¿No quiere hablar por las buenas?

—Espere, espere.

—Ya me estoy cansando.

—Déjeme explicarle.

—A mí no me explique nada, hermano. Dígame quién le pagó para que nos traicionara y listo.

—Cómo así...

—Fácil, hermano, sólo necesitamos el nombre.

—No, espere, usted no entiende.

—Ya me mamé de esta mierda... Abra la boca, hijueputa, que lo voy a quebrar.

—Espere, espere...

—Y le advierto una cosa, su muerte es lo de menos. Don Gonzalo me encargó que siguiera con su hija.

—¿Qué?

—Mañana la voy a raptar a la salida de la escuela, la vamos a llevar con otras hembritas a la finca de Villeta, vamos a hacerla gozar bien rico y luego la quebramos con un tiro en la nuca.

—A ella no la metan en esto.

—Ésas son las órdenes, hermano.

—No sean miserables.

—Entonces díganos quién fue y punto.

—Me presionaron, me amenazaron.

—Quién...

—Me dijeron que me matarían si no colaboraba.

—Quién...

—La banda de López.

—¿El gordo López?

—Sí.

—Yo sabía que era ese hijueputa.

—Me amenazaron feo, no tuve salida.

—Adiós, rata.

—Nooooo...

Un disparo rompió el silencio de la noche. Yo estaba sentado en el piso de cemento del último corredor con los ojos cerrados, muerto de miedo, sin poderme mover. Quería correr y salir de allí cuanto antes, pero las piernas no me respondían, como en los sueños que está uno inmóvil en contra de su voluntad. Por fin logré controlarme y me arrastré hasta el corredor central, caminé unos pasos más y regresé al prado donde había estado minutos antes contemplando el cielo. Intenté tranquilizarme inhalando por la nariz y expulsando el aire por la boca varias veces seguidas. «Tengo que salir de aquí», me dije mentalmente. Fue entonces, lo recuerdo bien, que una voz gutural dijo en voz baja a mis espaldas:

—Te asustaste.

Giré el cuerpo ciento ochenta grados, con el corazón palpitando a toda velocidad, y vi un hombre de barba negra y pelo largo sentado en una de las tumbas.

—No voy a hacerte daño — me dijo en tono paternal.

Noté que estaba cubierto por un abrigo negro. Yo no salía de mi asombro y mi cara era seguramente una mueca de horror, porque el hombre volvió a decirme:

—Tranquilízate, no te voy a hacer daño.

No podía hablar, mis nervios estaban a punto de reventar. El hombre seguía sentado en una lápida con las manos apoyadas en las rodillas. Un par de minutos más tarde logré articular las primeras palabras:

—¿Quién es usted?

—Esa pregunta me corresponde a mí. Estos son mis dominios.

—¿Fue usted el que disparó?

—No.

—¿Quién fue?

—Son ejecuciones que se llevan a cabo en el taller, entre bandas del crimen organizado.

—Tenemos que salir de aquí.

—No te afanes. Metieron el cadáver en el baúl de un carro y ya se fueron.

—¿Seguro?

—No te preocupes.

—De todos modos tengo que irme.

—Ahora pregunto yo, jovencito: ¿quién eres tú?

Estaba volviendo en mí y el pánico inicial empezaba a desaparecer.

—Me dicen el Loco Tafur.

—No parece estar tan loco.

—Es sólo un apodo.

—¿Y qué haces aquí?

—Me gusta el lugar.

—Mentira, lo necesitas, estás empezando a depender de él.

—¿Qué sabe usted?

—Te he vigilado.

—¿A mí?

—No es la primera vez que vienes.

Me quedé callado. Era verdad.

—Algo terrible te sucede —continuó él—. Te he visto con la cabeza entre las manos, susurrando frases que no alcanzo a comprender. Vienes aquí a dejarte llevar por oscuras pesadillas.

—Sí.

—¿Eres adicto a alguna droga?

—No.

—¿Entonces?

—Es raro, veo cosas, oigo voces, no sé qué me pasa en esos momentos.

El hombre se puso de pie y se acercó a mí. Me tendió la mano:

—Encantado en conocerte. Soy Valerio de Angelis.

Hubo un breve apretón de manos y le pregunté:

—¿Viene a menudo por acá?

—Vivo en la casa de enfrente. Soy pintor. Me gusta entrar aquí en las noches y leer las inscripciones, observar en detalle los decorados de las lápidas, revisar los ramos de flores y vigilar la gente que pasa asustada por la calle. No hay nada más saludable para el arte que reflexionar sobre la muerte.

Las palabras de Valerio eran apasionadas, abiertas, sinceras. Me di cuenta de que su personalidad era entusiasta y descomplicada. Le pregunté:

—¿Y el tipo que mataron?

—Ya te expliqué, son venganzas entre asesinos y ladrones.

—¿Y usted no hace nada?

—¿Qué quieres que haga? Si meto el hocico me pegan un tiro.

—Sí.

—Y la policía lo sabe todo. Lo que pasa es que reciben dinero para hacerse los ciegos. Uno cree que hay dos bandos y en realidad hay sólo uno.

—Es cierto. Me tengo que ir.

—¿Cuándo piensas volver?

—No sé.

—Mi casa es la de la fachada azul, justo frente a la entrada del cementerio. Si quieres tomarte un café y conversar un rato, sólo tienes que tocar el timbre.

—Gracias. Hasta pronto.

—Sal por este lado, es más seguro —me dijo señalando el muro norte del cementerio.

No bien alcancé la calle, empecé a correr para alejarme de aquel descabellado lugar. No dejaba de repetirme frases como «fue un asesinato», «lo mataron», «yo estaba en la escena del crimen», «¿le habrá disparado al corazón?», «¿de cuántos homicidios habrá sido testigo Valerio?», «¿estará bien de la cabeza ese tipo?». Así llegué a la casa, confundido, azorado, y no logré conciliar el sueño sino hasta la madrugada, cuando las primeras luces de la mañana atravesaron las cortinas de mi habitación.

No pude comentar mi experiencia con mis amigos. Sabía que no me creerían, que sospecharían de mí, que dirían entre ellos «pobre Tafur, es mitómano», y que además empezarían a hacer preguntas de por qué estaba yo en ese sitio, solo y en las horas de la noche. Tuve que callarme y tragarme mis dudas, mis inquietudes y mis culpas, pues no podía olvidar el grito del hombre antes de que le dispararan. No había sido un grito sino un aullido, un alarido de desesperación. Pasaron los días y no fui capaz de acercarme al cementerio de nuevo. Tampoco me atraía la idea de ver a Valerio. Aunque debo confesar, eso sí, que en los ataques me gustaba recordar mi encuentro con él y que me complacía evocando la imagen de Valerio como un vampiro vestido de negro caminando entre las tumbas.

Unas tres semanas más tarde iba montando en bicicleta y divisé la figura de un hombre barbado deambulando por la carrilera. Era Valerio. Decidí acercarme y saludarlo.

—Hola, Valerio.

Se dio la vuelta y esbozó una sonrisa de buenos amigos. Llevaba el mismo abrigo negro abierto.

—Qué sorpresa, el pequeño Robin —me dijo haciendo una broma sobre Batman y su joven amigo.

—¿Cómo va todo?

—Eso te pregunto, no has vuelto por la Baticueva.

—No es fácil, tú sabes.

—Te has sentido culpable.

—Un poco, sí.

—Es normal.

Se frotó las manos y aumentó la sonrisa.

—Bueno, ¿cuándo vas a visitarme? —me dijo alegremente.

—No sé.

—Quiero mostrarte algo.

—¿A mí?

—Sí, te tengo una sorpresa.

—¿De qué se trata?

—Si te digo deja de ser una sorpresa.

Dudé unos instantes y al fin me arriesgué:

—¿El sábado?

—¿Por la mañana o por la tarde? —preguntó Valerio.

—Por la tarde.

—Listo, te espero como a las tres.

—Okey.

—Me alegra haberte visto.

—Chao, Valerio.

Giró y siguió caminando por la carrilera. Lo vi alejarse y me dio la impresión de estar contemplando la figura de un marino de siglos pasados, de un espadachín o de un aventurero dedicado a la conquista de territorios lejanos y desconocidos.

Asistí a la reunión con puntualidad, a las tres exactamente toqué el timbre. La sola visión del cementerio me alarmó. Valerio estaba muy contento con mi visita: me mostró su casa, me llevó de cuarto en cuarto y de salón en salón hasta que regresamos al punto de partida, el patio de entrada.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—¿No es muy grande para ti solo?

—Sí, un poco.

—Pero es bueno tener tanto espacio —comenté.

Hacía sol. Sacó una mesa y dos asientos al patio y me ofreció una cerveza. Nos sentamos entre plantas ornamentales y arbustos de clima frío durante cerca de una hora. Conversamos de su vida y de la mía, intercambiamos datos triviales, nada profundo. Abrimos la segunda cerveza y Valerio me dijo:

—Quiero mostrarte algo.

—¿Qué es?

—Ven.

Me llevó hasta un cuarto que no habíamos visitado, en el primer piso, en la parte más alejada y escondida del jardín. Abrió la puerta y encendió unos reflectores potentes que colgaban del techo. Era su taller de trabajo, pero yo no veía nada porque los lienzos estaban cubiertos por unas telas oscuras que los protegían.

—¿Estás listo? —me dijo.

—Sí —contesté, sin saber de qué se trataba.

Y rápidamente, con una agilidad atlética, Valerio fue pasando de cuadro en cuadro quitando las telas protectoras. Fue un espectáculo impresionante y conmovedor que jamás olvidaré. Se trataba de una serie de veinte o veinticinco pinturas al óleo que mostraban rostros angustiados y aterrados en el momento exacto de ser asesinados. La mano homicida con el revólver aparecía difusa y distorsionada, pero los rostros de las víctimas estaban pintados en detalle, resaltados por una luz que los hacían resplandecer en medio de la desesperación. Me di cuenta de inmediato de que todos eran rostros de hombres y de que las ejecuciones eran siempre nocturnas, en un espacio abierto que no se precisaba bien cuál era. Mi emoción no tuvo límites cuando llegué al último cuadro y me vi descompuesto, agazapado en el piso, con los ojos cerrados mientras al otro lado del muro un hombre joven aguardaba espantado el disparo final. Abajo aparecía el título: *El testigo*.

—Soy yo —dije en voz baja.

—Sí.

—¿Ése es el hombre que mataron esa noche?

—Así es.

Sólo en esa obra Valerio había introducido una variante: el segundo hombre, el que está allí pero no va a morir, el que debe sobrevivir, el que debe cargar la culpa por no haber hecho nada en defensa de un semejante, el que permanece vivo con la muerte dentro de sí, el testigo, yo.

—Es un testigo pero no ve nada —dije pensando en voz alta.

—Exactamente.

—Sabe lo que está ocurriendo por las voces, por las palabras que se dicen la

víctima y el victimario, y por la entonación con que se pronuncian esas palabras.

—Sí.

—Es horrible. El verdadero sacrificado es él —dije señalándome en el lienzo.

Valerio estaba serio, miró con atención su pintura y dijo:

—No, no está sacrificado. Acaba de recibir una tremenda lección: se ha asomado a la línea que divide la vida y la muerte, y acaba de constatar que esa línea es muy frágil y delgada, casi inexistente.

Me hice a un lado y busqué la puerta. Necesitaba aire y sol. Valerio salió detrás de mí. Fui hasta el patio de entrada y me senté a la mesa a terminar de beberme la cerveza.

—¿Qué te pareció? —dijo él tomando asiento.

—Yo no sé mucho de arte.

—Si fueras un crítico te aseguro que no te preguntaría.

—Además estoy implicado.

—Por eso mismo quiero saber tu opinión.

Ordené mis ideas unos segundos. No quería tampoco que Valerio se llevara la impresión de que yo era un tarado.

—Como un espectador cualquiera, sin saber nada de técnica, siento que son cuadros muy hermosos, pero de una belleza difícil, funeraria, asfixiante, deprimente. Hay un toque perverso en esta belleza, una especie de deformidad, de monstruosidad. Es una belleza ligada al mal y a la muerte.

Valerio suspiró y asintió con la cabeza:

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —dije refiriéndome a los cuadros.

—Son mi próxima exposición.

—¿Tienes ya todo listo?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la Galería Milenio, en un mes.

—¿Cómo se llama la exposición?

Valerio bebió de su cerveza, hizo una pausa y dijo:

—La hora de la verdad.

Terminé mi cerveza, me levanté, le agradecí a Valerio su hospitalidad y su confianza, y salí a la calle todavía emocionado por lo que había visto. Caminé por la calle con las manos entre los bolsillos, al azar, sintiendo la libertad y el sosiego que dejan en el alma esas caminatas sin destino alguno. Se necesita talento para vagabundear así, sin propósitos, sin metas, sin puertos de llegada.

Dos días después, el lunes en las horas de la noche, estaba viendo televisión desprevenidamente, y de pronto el presentador del noticiero anunció:

—Las autoridades están asombradas por un extraño crimen que se llevó a cabo ayer a medianoche en la parte exterior del cementerio de Usaqué. El pintor bogotano Valerio de Angelis fue asesinado a balazos por unos desconocidos en un taller de mecánica que colinda con el camposanto al norte de la ciudad. Se desconocen los móviles de este homicidio.

Me pegué al televisor, atónito, desconcertado por la noticia. La señal en blanco y negro transmitía el momento del levantamiento del cadáver. Policías y enfermeros trasladaban el cuerpo de Valerio al interior de una ambulancia. Luego el presentador siguió anunciando otros sucesos.

No podía creerlo, hacía sólo dos días yo había estado con él, habíamos conversado, habíamos visto sus cuadros magníficos extraídos de una experiencia límite que sólo yo había compartido con él, habíamos bebido cerveza y habíamos iniciado una amistad que ahora se veía mutilada por su muerte repentina e impredecible. Apagué el televisor y oí su voz que me decía: «Se ha asomado a la línea que divide la vida y la muerte, y acaba de constatar que esa línea es muy frágil y delgada, casi inexistente». Me tumbé en mi cama y no pude quitarme de

encima la imagen de Valerio con un disparo en el rostro, en un rincón, arrodillado entre la chatarra oxidada y descompuesta. Lo peor era no poder hablar con alguien, no poder desahogarme, tener que soportar ese dolor que me carcomía las entrañas. Mierda, ahora entendía esos cuadros: lo que había pintado en realidad era su propia muerte, todos esos rostros angustiados y horrorizados eran su rostro, todos esos nombres anónimos eran su nombre, todas esas manos asesinas empuñando un revólver eran su destino inevitable. El círculo se había cerrado.

No quise visitar la casa de Valerio ni volver por los alrededores del cementerio. En esos días estuve más solo que nunca, aislado, de mal genio, irascible.

Asistí, eso sí, a la exposición. Sus familiares habían respetado el contrato con la galería y el deseo de Valerio de exponer aquellos cuadros, de sacarlos a la luz pública. Para los críticos no pasó desapercibida la relación entre los lienzos y la muerte del pintor: lo vieron como una anticipación, como una profecía. No tenían ni idea de que eran imágenes reales, inmoluciones y sacrificios auténticos que había vigilado de cerca el propio Valerio escondido entre las tumbas. Sólo yo sabía la verdad, y ello me hacía sufrir de manera implacable y constante.

Al llegar al cuadro final me desintegré y empecé a llorar. Valerio había cambiado el título y había escrito: *El cómplice*. Los críticos decían en el catálogo que se trataba de la iniciación del joven asesino que no sabe aún cómo matar, del muchacho que siente miedo, que no se atreve a participar, que no ha sido dañado aún por las fuerzas oscuras de los hombres que lo dirigen. Una imagen de la inocencia y la ingenuidad. Qué ignorancia. Yo no era el cómplice del asesino, sino del pintor. Me había convertido una noche —sin querer— en un amigo tan cercano e íntimo, que nuestro vínculo, en efecto, era una soberbia complicidad. Y ahora, después de su muerte, esa palabra tenía más sentido que antes.

Salí a la calle deshecho, herido de belleza y de pavor, afligido, taciturno y desconsolado. Pensaba en una idea que me consumía por dentro: sabía que en la muerte de Valerio, en sus lienzos, en su búsqueda estética, en su encuentro conmigo y en el cambio de título de la obra final había un mensaje cifrado para mí, una misiva que nadie más podía interpretar, un aviso y una lección para introducirme en el terreno pantanoso del arte y del pensamiento. Pero no era un procedimiento intelectual, sino una comunicación vital ligada a los avatares más crueles, sangrientos y desalmados de la experiencia humana. Lamentablemente yo no estaba preparado todavía para descifrar ese acertijo, y no estaba seguro de si algún día lo estaría. Quizás el genio de Valerio era demasiado inalcanzable para un

individuo común y corriente como yo.

En cierta manera, cuando salí de la exposición, estaba también huyendo, pues temía que alguien pudiera reconocerme. Al fin y al cabo los críticos de arte me habían convertido en un aprendiz de matón, en un neófito criminal.

Durante meses intenté pintar la escena de la muerte de Valerio. No pude. Mis manos no me respondían, no obedecían mis órdenes, no tenían talento. Las increpé, las insulté, las maldije por su ineficiencia y su ineptitud, pero nada, ellas seguían desliziéndose por los bosquejos con una torpeza definitiva. No tuve más remedio que claudicar. Intenté, entonces, escribir un relato donde Valerio fuera el protagonista, pero también fracasé. Era difícil dibujar con las palabras, hacer ver al lector los colores, las formas, las inclinaciones de los cuerpos, la textura de los ropajes, los ojos del artista más abiertos que nunca frente a la crudeza del revólver que lo apunta listo para disparar.

Sólo ahora, después de tantos años, logro hacer alusión a mi primer maestro y escribir nuestra historia en unos cuantos párrafos de este cuaderno sucio y trajinado. No pensé que terminaría hablando de Valerio en una cárcel, recluso y olvidado por el mundo. Tal vez es el encierro el que me ha permitido ahondar en mis recuerdos a través de los ojos atentos de la memoria. Una sala confortable con un ventanal abierto de par en par a una campiña primaveral nos brinda sólo un paisaje. Una celda con una ventana estrecha nos obliga a crear un universo.

Tuve que esforzarme para mantener en el colegio un buen nivel. Me costaba trabajo concentrarme en una serie de tareas inútiles y de estudios banales y triviales que me atosigaban por su nimiedad. Mariana no había vuelto y sus reemplazos duraban una semana o dos, y renunciaban por el ambiente hostil que nosotros, los estudiantes, creábamos en clase. Nos burlábamos del nerviosismo y de la falta de experiencia de jóvenes profesores que se paraban al frente a recitar apresuradamente un discurso aprendido en los libros de teoría y de crítica, y del cual ellos mismos desconfiaban y recelaban. La incapacidad de estas personas para transmitir conocimiento nos condujo a tomar medidas radicales: nos retiramos en masa del salón de clase y organizamos jornadas de protesta con pancartas y carteles donde exigíamos un docente preparado y enamorado de su profesión. La clase de literatura se había vuelto para nosotros un espacio indispensable de pensamiento y de discusión, un respiro en medio de tanto conocimiento insulso y soso, una línea abierta a un horizonte imaginativo y creativo. Y solicitábamos entonces nuestro derecho a esa libertad.

En cierta medida lideré las jornadas de «resistencia pacífica», como las denominamos, y asumí el papel de organizador y coordinador de lo que deberíamos decir y hacer en caso de ser llamados a rendirnos. No me atemorizaba perder el cupo en el colegio y ser expulsado, siempre y cuando llegara a la clase de literatura un profesor o una profesora que estuviera a la altura de Mariana.

Una mañana, a primera hora, fui citado en la oficina del rector. Me presenté con mis libros en la mano.

—Siéntese, señor Tafur —me dijo el rector.

Él siguió escribiendo en una libreta y firmando documentos que supuse de carácter administrativo. Tomé asiento.

—¿Cómo van sus estudios, señor Tafur? —preguntó sin levantar los ojos del escritorio.

—Bien, señor.

—¿Va perdiendo alguna materia?

—No señor.

—¿Está contento en el colegio?

—Sí señor.

—¿Tiene buenos amigos?

—Sí señor.

—¿Y en deportes?

—Estoy en el equipo de fútbol, señor.

—¿Está satisfecho con el cuerpo profesoral?

—Sí señor.

Dejó el esfero sobre el escritorio y levantó la mirada por primera vez: —  
Entonces dígame una cosa, señor Tafur, ¿qué es toda esa revuelta que usted está  
armando?

—El único problema que tenemos es la clase de literatura, señor.

—Hasta donde tengo entendido, señor Tafur, son ustedes los que no han  
dejado dictar clase con su actitud belicista e inmadura.

—Los profesores son mediocres, señor, inseguros y aburridos.

—¿Y es que sabe usted mucho de literatura?

—No señor.

—¿Entonces cómo reconoce a un profesor mediocre de uno que no lo es?

—Por la forma como dicta la clase, señor, por la manera como la conduce,  
por su capacidad imaginativa y creativa.

—¿No estará volviendo usted esto un asunto personal?

—No lo creo, señor.

Se recostó en el espaldar de su asiento.

—Quiero comunicarle que mañana llega el nuevo profesor de literatura. Hemos contratado una persona de altísimo nivel y con una hoja de vida envidiable. Le agradecería, señor Tafur, que lo dejaran dictar su clase en paz y que cesen sus tales jornadas de «resistencia pacífica». Nosotros no somos sus enemigos y no olvide que está en un colegio, no en una guerra ni en una revolución popular.

—Excúseme la pregunta, señor, ¿quién es el nuevo profesor?

—Ya lo conocerá mañana, señor Tafur. Le adelanto que tiene varios textos publicados y que se trata de alguien muy especial.

—Sí señor.

—Quiero que encuentre un espacio propicio para dar sus clases en este colegio. ¿Puedo contar con ustedes?

—Sí señor.

—No quiero mañana más pancartas ni más gritos revoltosos. Esta historia ha sido un ejemplo lamentable para los cursos inferiores.

—Sí señor.

—He terminado, señor Tafur.

Me puse de pie y caminé hasta la puerta. En el umbral me di la vuelta y le dije: —Sólo una cosa más, señor. Si el tipo resulta ser un incapaz, volveremos a protestar.

—¿Me está amenazando, señor Tafur?

—No señor. Sólo quiero que sepa que no tengo miedo de asumir las consecuencias por esta exigencia que considero justa.

—Regrese a sus clases.

—Sí señor.

Al día siguiente, en el horario correspondiente a la clase de literatura,

estábamos a la expectativa y sentados juiciosamente en nuestros respectivos pupitres.

Un hombre de pelo largo y barba negra cruzó el patio hacia nosotros. Por un instante creí ver a Valerio. El parecido saltaba a la vista y daba la impresión de estar frente a un hombre que hubiera heredado o copiado los rasgos y el aspecto general del pintor. Me sorprendió también verlo vestido con un abrigo de color gris oscuro, casi negro. Llevaba un maletín grande de cuero en la mano derecha. Entró, hizo una venia, cerró la puerta tras de sí, caminó hasta la mesa que estaba junto al tablero y puso sobre ella el maletín. Se acercó a la ventana, subió el cuello de su abrigo para protegerse del frío, y se quedó mudo. Se habría podido escuchar el aleteo de una mariposa. La voz que oímos en seguida era neutra, hueca, como si viniera del fondo de un pozo de agua o del último rincón del socavón de una mina abandonada.

—Estamos en 1857, en una calleja solitaria de París. Es de noche y un hombre camina encorvado, pegado a los muros de las edificaciones, como si quisiera esconderse y pasar desapercibido. Y tiene razones para no ser visto: ha contraído la sífilis y los granos de su rostro lo han deformado hasta dejarlo irreconocible. Se dirige a un prostíbulo donde trabaja su amada, quien también padece la enfermedad. Ella, una mulata voluptuosa, recibe clientes cuando la sífilis no se nota, y el dinero que recoge lo invierte en este individuo enigmático que ella ama y que a altas horas de la noche escribe poesía y vagabundea por los alrededores del Sena. El enfermo, muchachos, es Charles Baudelaire, y vamos a comenzar a leer un libro que es considerado su testamento literario: *Pequeños poemas en prosa*.

Estábamos emocionados escuchando al nuevo profesor. Su actitud demostraba un brío descomunal, una aptitud poco corriente para comunicar sensaciones e ideas, una facilidad de palabra como nunca habíamos visto. Ni siquiera Mariana había demostrado tanta convicción y tanta fe en el lenguaje.

—Voy a leerles a continuación el primer poema de este libro y quiero que lo comentemos después. Imaginen al poeta con la enfermedad muy avanzada, escribiendo esta página debajo de un puente, entre pordioseros y beodos.

Abrió el maletín, sacó un libro viejo cuya carátula evidenciaba una edición antigua, y empezó a leer el texto con suavidad, como si lo estuviera acariciando con su voz, como si temiera hacerle daño, como si hubieran establecido entre los dos (él y el texto) un pacto de intimismo, ternura y sensualidad.

El texto que leyó, y que transcribo de memoria, fue el siguiente:

## EL EXTRANJERO

—Extranjero, dime a quién quieres más, ¿a tu padre, a tu madre, a tu hermana o a tu hermano?

—No tengo padre, ni madre, ni hermana ni hermano.

—¿A tus amigos?

—Empleas una palabra cuyo sentido desconozco hasta el día de hoy.

—¿A tu patria?

—Ignoro en qué latitud está situada.

—¿Amas la belleza?

—La amaría con gusto, porque ella es una diosa y porque es inmortal.

—¿Amas el oro?

—Lo aborrezco igual que vosotros odiáis a Dios...

—Entonces, extraño extranjero, ¿qué amas tú?

—Amo las nubes..., las nubes que se desplazan allá, lejos..., las nubes extraordinarias...

Discutimos el poema, lo analizamos, intentamos descubrir por qué la imagen de la nube (la irregularidad suprema) era elegida como única posibilidad para este sujeto solitario y desarraigado. Participamos en la clase con una energía desaforada que era producto de la represión que habíamos padecido ante los incapaces docentes anteriores. Sonó la campana y nos pareció que el tiempo se había esfumado sin que nos percatáramos de ello. Antes de salir, el profesor nos dijo: —Mi nombre es Ángel Castelblanco y espero enseñarles este año que la

literatura es una forma de felicidad. Buen día, muchachos.

Desde ese día Ángel se volvió para mí un maestro indispensable, alguien que me condujo con tacto y sabiduría a través de autores, fechas, biografías y libros fascinantes donde la explicación final era la misma: la vida, en su dimensión negativa (sufrimiento, dolor), y en su dimensión positiva (jovialidad, plenitud), esto es, la vida en toda su magnitud, valía la pena y sería siempre una experiencia extraordinaria. Le debo a Ángel mil cosas, pero entre ellas la que aprendí a valorar más fue ésta: no renegar jamás de estar vivo, sino celebrar la posibilidad de seguir adelante, fuera como fuera. A tal punto llegó la influencia de Ángel sobre mí, que recuerdo que durante sus clases no sufrí en ningún momento los acostumbrados ataques que me obligaban a refugiarme en el baño del colegio. No sé cuál sea la explicación, pero en esa asignatura me sentía libre, independiente, aéreo, feliz de estar aprendiendo un conocimiento que despertaba mi curiosidad y hacía vibrar fibras muy íntimas de mi ser.

Me acerqué a él y busqué su consejo sobre unos primeros textos breves que escribí con pretensiones literarias. Me dio su dirección y su teléfono, y me aclaró: —Tiene que ser el sábado en la tarde.

—Sí, perfecto.

—¿Te parece bien a las tres?

—De acuerdo.

—¿Te gusta la cerveza?

—Sí —dije sonriéndome.

—Pondré algunas en el refrigerador entonces.

—Gracias, Ángel.

—Nos vemos el sábado.

—Listo. Chao.

El fin de semana llegué con una hora de anterioridad a la cita. Ángel vivía en Rionegro, un barrio de obreros, electricistas y mecánicos. Tenía un apartamento en el segundo piso de una edificación de ladrillo. Esperé en una panadería cercana

hasta que mi reloj marcó las tres de la tarde, subí la escalera exterior que conducía a su puerta y toqué el timbre. Llevaba bajo el brazo una carpeta con mis escritos. Pasaron unos minutos y Ángel apareció con cara de preocupación. Me dijo: — Sigue.

— Gracias — respondí traspasando el umbral.

— Tengo que pedirte un favor.

— Sí, dime.

— Espérame aquí un segundo, no me demoro.

— Claro.

Me quedé parado en una especie de salón de entrada estrecho y opresivo, y, detrás de un biombo chino que me impedía observar lo que sucedía, escuché una voz grave de mujer que se quejaba ante Ángel: — Pero, ¿por qué?

— Tienes que irte.

— Está bien, pero dime por qué.

— Los discípulos, Penélope, están primero que las mujeres.

— Pero yo no soy cualquier mujer para ti.

— Lo sé.

— El hecho de que trabaje en un cabaret no me convierte en una cualquiera.

— Ese no es el punto.

— No te entiendo.

— Son mis discípulos, Penélope, muchachos que aman la literatura tanto como yo.

— ¿Y qué?

— Necesito estar con ellos a solas, escucharlos y aconsejarlos.

—¿Y por qué no me puedo quedar?

—Porque tú me amas a mí, no a la literatura.

—Puedo esperar a que se vayan.

—No me parece justo con ellos. Quiero darles todo mi tiempo.

—Eres injusto conmigo.

—A ti te doy cinco días de la semana, a ellos les doy sólo una tarde.

—No quiero trabajar los sábados y los domingos. Estoy harta de los clientes, Ángel, tú lo sabes, no quiero ir a desnudarme y a aguantarme sus obscenidades.

—Lo siento.

—A ver, dime una cosa, pero con sinceridad, ¿quién te garantiza que ellos vayan a ser literatos como tú?

—Nadie.

—De pronto ni talento tienen.

La voz de Ángel adquirió un tono punzante, más agresivo: —Escúchame bien, Penélope: este muchacho tiene más talento que yo. Estoy seguro de ello. Es mi obligación estimular ese talento, multiplicarlo, engrandecerlo. Tú no puedes comprender esa responsabilidad.

—Yo lo que sé es que eres muy duro conmigo y que no me lo merezco.

—Lo siento. Ahora vete, él está esperando.

—¿Nos vemos el lunes?

—Claro que sí.

—Vengo a comer por la noche.

—Okey.

—No se te olvide regar las matas.

—Bueno.

Vi, en la parte baja del biombo, cómo unos zapatos altos de colores se desplazaban hacia la pared. Una puerta interna, que seguramente comunicaba con el primer piso, se abrió y ella desapareció sin decir nada. Yo había permanecido inmóvil, con mis textos en la mano, pensando que el primer discurso que Ángel había pronunciado en clase, aquella explicación sobre Baudelaire y su amante, provenía en realidad de su propia vida, de su cotidianidad con esta mujer que él había bautizado con el legendario nombre de la heroína que esperaba a Ulises en la isla de Ítaca. Ángel salió del biombo e interrumpió mis pensamientos: —Qué pena contigo. Entra.

—Espero no haber sido inoportuno.

—No te preocupes. Las mujeres siempre sentirán celos del arte.

Poco a poco mis entrevistas con él se establecieron como un ritual que cumplíamos con fervor los sábados en la tarde. Y no hubo una sola ocasión en que no se presentara la escena con Penélope del otro lado del bastidor, ofendida, quejándose y hasta maldiciéndonos por nuestras pretensiones de artistas y escritores. Ni una sola vez vi su cuerpo o su rostro; lo único que conocí de ella fueron sus pies delicados y finos moviéndose por debajo del biombo sobre zapatos de plataforma alta, y su voz encantadora y melodiosa regañando a Ángel por dejarla abandonada y por no saber cuidar de ella lo suficiente.

Alguna tarde le dije a Ángel:

—Te traigo las correcciones mañana.

—¿Mañana domingo?

—Sí.

—No puedo, los domingos no estoy aquí.

—Ah, sales de la ciudad.

—Salgo del país —aclaró él sonriéndose.

—¿Cómo?

—Los domingos estoy en Grecia.

No sabía si se trataba de un chiste.

—No entiendo —le dije.

—Los domingos hablo en el ágora ateniense. Escribo un discurso por semana y ese día me preparo y lo leo en la asamblea de la plaza pública de Atenas.

Se acercó a un armario y sacó, colgado de un gancho metálico, un vestido blanco confeccionado con una tela de sábana de cama, como hacen los actores de teatro cuando no hay abundante presupuesto.

—Este es el vestido para la ocasión —me dijo orgulloso.

—¿Y sobre qué escribes tus discursos?

—Sobre la libertad, la democracia, la guerra, la virtud, sobre el amor, en fin, son inagotables las posibilidades.

Guardó su modesto disfraz en el armario. Yo no salía de mi asombro.

—¿Por eso Penélope no puede venir tampoco los domingos? —me atreví a preguntar.

—No creo que a ella le interese la oratoria.

—Supongo que no.

—Comenzaría a reírse y eso le quitaría grandeza a mis palabras y a mis gestos.

Definitivamente la vida íntima de este hombre era un misterio. Yo no era capaz de interrogarlo sobre sus asuntos más personales, pero empecé a sentir una curiosidad que iba creciendo y que me hizo fantasear con la posibilidad de vigilarlo, de espiarlo para enterarme de sus secretos y así poder completar la imagen que de él me había hecho.

Después de dudarlo varios días me decidí a seguirlo y elegí para ello la tarde de un viernes. Llegué del colegio, dejé mis cuadernos en casa y emprendí el viaje hasta el barrio de Ángel. Me hice primero en la esquina de la calle, pero

pasaban los minutos y él no daba señales de vida. «Quizás ya salió» me repetía en mi cabeza mientras caminaba de una calzada a otra. Luego el frío me venció y me refugié en la panadería donde había estado la primera vez, con una taza de café hirviendo entre las manos. Y cuando ya no tenía esperanzas de verlo, se abrió la puerta de su apartamento y lo vi descendiendo las escaleras hasta el primer piso. Pagué el café y me fui detrás de él, guardando una distancia prudente para no ser descubierto.

Tengo presente que yo caminaba pegado a la pared, como hacen los detectives mediocres en las películas de bajo perfil. Fuertes dolores de estómago me atacaron el abdomen de un momento a otro, hiriéndome con punzadas lacerantes, como si tuviera navajas afiladas en el aparato digestivo. «Fue el café que me tomé en la panadería, seguro», alcancé a pensar en medio de los retortijones que me llevaron a ponerme allí la mano derecha.

Ángel tomó un taxi y cinco segundos después detuve yo otro y le ordené al conductor: —Siga ese taxi, por favor.

—¿Nada ilegal, bacán? —preguntó un taxista de unos veinte años, con el pelo largo, chaqueta de cuero y guantes de piloto profesional.

—No, fresco, es mi hermano, es alcohólico y quiero protegerlo —mentí con descaro.

—Listo, bacán, nos vamos detrás del etílico.

Los dolores fueron menguando y cinco o seis calles más adelante desaparecieron y me dejaron con una sensación de alivio que agradecí, pues necesitaba de todas mis fuerzas para cumplir con una empresa como la de vigilar a Ángel. Sabía que estaba poniendo en juego mi amistad con él, pero lo cierto es que era más fuerte la necesidad de conocer la otra cara de su vida, el sótano, el antro recóndito donde evitamos la visita de intrusos que nos molestan con su presencia inoportuna. Había aprendido con el padre Alberto y con Mariana que la identidad no existe, que nadie es uno, que somos, al menos, como mínimo, dos seres que conviven en el mismo cuerpo, dos gemelos opuestos que son confundidos como una sola persona por el hecho de estar compartiendo una misma apariencia. ¿Quién era el gemelo de Ángel? ¿Cómo se comportaba ese hermano maligno? Yo conocía al hombre de letras, al intelectual, al profesor comprometido con su vocación que era capaz de mantener la atención de sus estudiantes el tiempo que fuera necesario, conocía al maestro que convertía una mediocre invención mía en

un texto legible y perfectamente escrito; pero no era suficiente, quería ahora descubrir al otro, quería verle el rostro al feo de la familia que mantenían con grilletes en el subterráneo de la casa.

—¿Qué tal el trabajo? —le pregunté al taxista mientras seguíamos el auto de Ángel a corta distancia.

—Lleno de abejas, hermano.

—¿Insectos? —pregunté nervioso.

—Sí —dijo el taxista sonriéndose, creyendo que estaba yo siguiéndole la cuerda—. Hay ahora muchas abejitas que van con su polen de flor en flor. Es peligroso, hermano, pero pagan bien. Cuando uno las deja en el panal le dan una buena bonificación.

Comprendí que el joven conductor hacía referencia a los repartidores de droga (abejitas) que llevan los cargamentos (el polen) de una sede a otra (de flor en flor), y que al final del día deben regresar sin tropiezos a la guarida (el panal).

—¿Y si lo llegan a agarrar, qué, hermano?

—Sí, es verraco, nunca faltan los pajarracos que están buscando bichos para tragárselos, pero qué le vamos a hacer, hermano, la situación no está como para andar de loca, cagándose del susto; si la jugada se presenta pues listo, se hace uno la vuelta calladito, recoge sus próceres y si te vi no me acuerdo.

La jerga del taxista parecía casi otro idioma. Me pregunté si una persona ajena al contexto (la vida de la calle) le entendería lo que hablaba. Haciendo un poco de esfuerzo caí en cuenta de que me acababa de decir que la policía (los pajarracos) está atenta para capturar (tragárselos) a los distribuidores de droga (bichos), pero que no hay que ser cobarde (loca, en alusión a los amanerados muy escrupulosos que nunca quieren ensuciarse o contaminarse), hay que trabajar si es necesario en la ilegalidad (la jugada, hacer la vuelta), recibir el dinero (los próceres, porque la mayoría de los billetes llevan la imagen de un héroe nacional), y si después lo llaman a uno como testigo para reconocer a algún mafioso, uno lo niega todo y demuestra que conoce a cabalidad la ley del silencio (si te vi no me acuerdo).

El taxi que íbamos siguiendo se detuvo, Ángel pagó y se apeó en la esquina de la calle Sesenta y Ocho con la Avenida Caracas. Lo imité, me despedí del chofer

que hablaba una lengua similar al castellano y caminé detrás de mi maestro hasta un letrero luminoso que decía «Bariloche» en tubos de neón y pintura fosforescente. Los porteros saludaron a Ángel con camaradería, como un viejo amigo del local, y él se perdió en el interior de una penumbra que me impidió divisar su recorrido. Cuando fui a ingresar uno de los porteros me detuvo.

—Sus documentos, por favor.

Menos mal acababa de cumplir mis dieciocho años y pude, con una satisfacción mal disimulada, ofrecer a los cancheros mi reluciente cédula de ciudadanía recién plastificada. El gorila me la regresó con desdén.

—Dese la vuelta y ponga las manos en la pared.

—¿Para qué? —pregunté ofendido.

—Es una requisita obligatoria, señor.

El tipo me cacheó de arriba abajo y me señaló el camino.

—Siga, por favor.

Tuve que acostumbrarme por unos segundos a la falta de luz. El recinto era de unos diez metros de ancho por quince de largo, estaba decorado con imágenes insinuantes de mujeres desnudas en las paredes y en el techo, y dos meseros atendían a las mesas que habían sido distribuidas en los costados para recibir a los clientes. Al frente podía divisarse un escenario y en la parte trasera un bar desde el cual se despachaban los licores. Aquí y allá muchachas en tacones y en vestido de baño desfilaban y sonreían al público masculino que permanecía sentado a las mesas tranquilamente.

Ángel estaba ubicado en la primera fila junto al escenario. Sobre la mesa tenía una botella cuya etiqueta no alcanzaba yo a leer, un vaso, una jarra metálica y una hielera transparente. Me senté unas cuatro filas detrás de él y pedí una cerveza a uno de los meseros.

—No se expende cerveza, señor.

Era evidente que acababa de hacer el ridículo, y mi experiencia en cuestión de licores era mínima, por no decir nula. A esto se sumaba el hecho de que mi bolsillo de estudiante estaba lejos de poder soportar un gasto exagerado o lujoso.

—Tráigame un cubalibre, por favor.

—¿No prefiere media botella de ron, señor, y se la voy mezclando en la mesa?

—No, sólo un trago por ahora, gracias.

—Muy bien.

El mesero me trajo un vaso envuelto en una servilleta, pagué, y observando mi billetera noté que me quedaba justo lo de tomar el bus a mi casa.

—¿Le llamo a alguna de las chicas, señor?

—No, gracias, tal vez más tarde.

—Me avisa, señor.

—Sí, gracias.

Estuve sentado frente a mi cubalibre cerca de una hora, bebiendo muy despacio para justificar mi presencia en el lugar, y Ángel no se movía de su sitio, no conversaba con las muchachas que se le acercaban a pedirle cigarrillos (buscando un pretexto para coquetearle), no iba al baño, no hablaba con los meseros, nada; se limitó a permanecer en la primera fila con la mirada perdida en el escenario. Parecía un santón hindú concentrado frente a las aguas del Ganges.

De manera abrupta, sin avisar, apagaron la escasa luz que había entre los espectadores y encendieron dos reflectores de colores rojo y azul que iluminaron el escenario desde la parte trasera del bar. Una música ambiental, como la que se escucha en las dentisterías y en los centros comerciales, preparó el ánimo del público para la entrada de un *showman* con el pelo engrasado, la sonrisa fingida y el esmoquin arrugado, que imprimía a la escena una atmósfera de decadencia y puerilidad difícil de soportar.

—Buenas noches, querido público. Me complace presentar hoy, como todos los fines de semana, nuestro primer show, la primera entrada en el edén. Prepárense para una noche de agradables sorpresas, elijan una grata compañía para disfrutar aún más del espectáculo, y continúen consumiendo nuestros licores de primera calidad, pues no hay como un buen trago para escapar a las presiones de la oficina, para huir del estrés que enferma y aniquila nuestros nervios, o para

sencillamente olvidar a esa esposa regañona y regordeta que nos espera en casa con pinzas en el pelo, esa mujercita envalentonada que nos dice que ahora sí ha tomado la decisión definitiva de separarse de nosotros (risas). Si supieran ellas que nada nos haría más felices que verlas empacar su maleta, poder observar cómo se largan con sus histerias a otra parte y nos dejan el camino libre para rehacer nuestras vidas (aplausos). Y recuerden, caballeros, que acaso una de las bellas chicas que trabajan en este sitio puede ser la mujer de sus vidas, la sirena que los está esperando para llevarlos a un paraíso en el fondo del mar (más aplausos, gritos y silbidos). Y hablando del mar, querido público, esta noche tenemos la suerte de tener entre nosotros a la despampanante heroína griega que se quedó sola en su isla mientras su esposo partía a la guerra de Troya. Esta mujer que tejió y tejió a lo largo de los años, y que jamás perdió la esperanza de reencontrarse con el guerrero de su corazón. Saludemos con un gran aplauso a Penélope, nuestra primera artista de la noche.

La gente se puso de pie y aplaudió y aulló por cerca de un minuto. Las luces bajaron de intensidad y una música de leyenda salió a medio volumen de los altoparlantes. El público se sentó y se preparó para el espectáculo.

No quise ver más. Me pareció una bajeza ver a Penélope en ese trabajo que ella tanto detestaba. Para mí no era una stripteasera ni una prostituta, sino la mujer de mi maestro, su amiga, su más íntima confidente, su camarada. Quería que ella siguiera siendo para mí un misterio, una voz y unos pies deslizándose hacia una puerta desconocida. Así que me levanté, vi por última vez a Ángel impertérrito en la primera fila, y salí del local en busca de la calle. Recuerdo que apenas sentí el viento frío de la noche golpeándome en el rostro, pensé: «Es la segunda vez que veo belleza en míster Hyde, la segunda vez que me conmueve su soledad, su mutismo y la crudeza de su aislamiento». En efecto, evoqué las manos delicadas del padre Alberto y lo imaginé tocando los genitales de jovencitos asustados, vi de nuevo los ojos inyectados en sangre de Rogelio en los baños de Vietnam, contemplé una vez más la ebriedad lujuriosa y vulgar de Mariana, y acepté que era ésta la segunda ocasión en que Hyde había producido en mí una emoción positiva: la admiración ante un hombre que tiene el valor de colocarse estéticamente por fuera de las reglas establecidas por los demás. Y esa ubicación estética, claro está, como en el caso de Valerio, lo arrastra a vivir de otra manera, lo lanza hacia afuera, hacia la periferia, hacia las aguas profundas donde los otros pescadores tienen prohibido pescar. A mis dieciocho años vi en Ángel a un aventurero que tenía la fuerza suficiente como para internarse en los agrestes y terribles territorios de la marginalidad.

Hermes Socarrás llegó al colegio en mi último año de bachillerato, cuando me faltaban sólo diez meses para graduarme. Tenía una cara indígena de rasgos afilados y cabello lacio peinado hacia atrás, pero su estatura y su corpulencia eran inusuales en esta raza. Medía cerca de un metro con noventa centímetros y su caja torácica y sus brazos daban la impresión de estar frente a un elefante o a un bisonte salvaje. Había estado en el ejército en una de las divisiones de contraguerrilla, e ingresó al colegio en calidad de profesor de educación física. Su actitud agresiva y autoritaria le labró de inmediato la repulsión de todos los estudiantes. Sin embargo, hubo algo en él que me agradó de entrada y que no supe precisar sino hasta unos meses después, cuando fue necesario que yo tomara una de las decisiones más importantes de mi juventud.

Hermes impuso una clase de educación física ardua, exigente, poco usual en un colegio de clase media donde los jovencitos están acostumbrados a la comodidad que les brinda su posición social. Lo peor de todo fue que desde los primeros días se atrevió a ordenar castigos ejemplares para los vagos, los débiles y los desobedientes. Esas sanciones, que iban desde cien flexiones de pecho hasta correr descalzo por una carretera sin pavimentar que cruzaba cerca del colegio, estaban acompañadas de insultos y frases de desprecio que ofendían a los estudiantes. Era obvio que Hermes nos trataba como lo había hecho con sus hombres en el ejército, como si fuéramos un pelotón de soldados que necesitaríamos un buen entrenamiento antes de adentrarnos en la jungla. No era un profesor, sino un sargento cuya misión era fortalecer a sus subordinados y prepararlos para combatir la adversidad. Y me agradaba su actitud, me gustaba verlo dando órdenes, me estimulaba cuando iba en la punta liderando las maratones, rígido, erguido, imponiendo un paso endemoniado que nos hacía sudar a chorros y nos impedía murmurar la más mínima palabra.

De esta manera llegó el examen de mitad de año, antes de salir a las vacaciones de junio.

Varios padres de familia se habían quejado por la disciplina exagerada de Hermes, por su comportamiento militar y represivo, pero las críticas no habían llegado a mayores y él continuaba en su puesto dando órdenes y castigando a los infractores. Así nos acercamos al final del semestre y una tarde nos dijo:

—La próxima semana es el examen semestral. Prepárense, entrenen, hagan ejercicio, porque sólo pasarán los mejores. Otra cosa: hagan dieta al almuerzo. Necesitan estar ligeros para la prueba. ¡Rompan filas!

Me tomé los consejos de Hermes en serio, no como una amenaza trivial, sino como una advertencia de alguien que cumpliría su palabra. Esa semana madrugamos a correr con Bruno, montamos en bicicleta y establecimos en el parque del barrio horarios para hacer flexiones de pecho, abdominales y carreras de cien metros. El día en cuestión desayunamos abundantemente, comimos un refrigerio a las diez de la mañana y almorzamos poco: un pedazo de carne, una porción de verdura y un vaso de agua.

A las dos de la tarde empezó el examen. Hermes nos anunció que se trataba de una maratón de cuarenta y dos kilómetros por las montañas, y luego bajaríamos a tomar la carretera de regreso al colegio. Nos señaló el recorrido en una cartelera y nos dijo:

—Estuve revisando la ruta el fin de semana. Todo está en orden.

Vi que varios de los estudiantes estaban pálidos, con la cara convertida en una mueca de temor. Me hice al lado de Bruno y le dije:

—Mantengamos el paso juntos, bien unidos.

—La clave está en sostener una buena respiración —me respondió él.

—Vamos tranquilos, dosifiquemos las fuerzas.

—Es una prueba de resistencia —confirmó mi amigo.

A las dos y media comenzamos a correr. Hubo algunos que salieron en estampida, acelerando desde los primeros minutos. Una hora más tarde estaban al borde del camino ahogados, sin aire, hechos una miseria. Bruno y yo mantuvimos el ritmo, despacio, a media marcha, sin perder la concentración. Sabíamos que al no correr en plano, sino subiendo y bajando por las montañas, las piernas se quebraban más rápido y las rodillas empezaban a flaquear. Tres de nuestros compañeros de curso trastabillaron junto a nosotros, se les fueron las luces y buscaron un espacio al lado de la carretera para echarse a vomitar sin testigos.

Iniciando la segunda hora de marcha el cielo se oscureció y un torrencial aguacero cayó sobre nosotros empapándonos de pies a cabeza. Hermes, y tres

exalumnos del colegio que ahora estudiaban para ser entrenadores deportivos, nos custodiaban continuamente e iban de atrás para adelante y viceversa, vigilando cómo nos comportábamos durante el examen. Cerraba el grupo una camioneta encargada de recoger a los enfermos y de prestarles ayuda. En ella iban una enfermera y un socorrista que en ocasiones nos visitaban para darnos conferencias y charlas sobre primeros auxilios.

La actitud de Hermes con los flojos y perezosos fue bestial. Los golpeó en las piernas con un palo de rosa que llevaba en la mano derecha y los insultó a gritos, llamándolos «maricones y cobardes». Recuerdo que nos alcanzó a Bruno y a mí y corrió con nosotros unos cuantos kilómetros. La lluvia nos impedía ver con precisión, el viento arreciaba y hacía más difícil avanzar, y un frío helado cortaba la piel y hería los ojos. Antes de regresarse para controlar a los demás competidores, Hermes nos dijo:

—Bien, muchachos, ¡mantengan ese paso! ¡No se me vayan a manquear ahora!

Esas frases me llegaron al alma y una descarga de emoción me atravesó la columna vertebral. Bruno debió sentir algo parecido porque me dijo con una respiración agitada por el ejercicio:

—Animo, Tafur, vamos bien.

—No perdamos el paso, hermano.

Tres horas después, a las cinco y treinta, bajamos de las montañas y retomamos la carretera de regreso al colegio. Era casi de noche y el aguacero se convirtió en una granizada que nos recortaba la piel, como si del cielo no estuvieran cayendo pedacitos de hielo sino afiladas cuchillas de afeitar. Bruno y yo íbamos de primeros y apretamos la marcha para rematar el arribo a la meta. Mirábamos hacia atrás por si venía alguno de los compañeros persiguiéndonos, y no veíamos sino lluvia, niebla y granizo castigando los campos.

Y llegamos solos, destrozados, deshechos y agotados. Uno de los exalumnos estaba en la meta con un cronómetro y una lista anotando los tiempos. No sentíamos las piernas, era como si de repente nos hubieran amputado de la cintura para abajo. Nos abrazamos con Bruno y nos reímos. Una alegría descomunal, gigantesca, nos inundaba por dentro. Lo habíamos logrado. El siguiente estudiante que cruzó la meta lo hizo seis minutos y cuarenta segundos después de nosotros.

Los buses del colegio ya habían partido, así que tuvimos que cambiarnos de ropa y dirigirnos hacia nuestras casas buscando transporte público en las vías que teníamos más cerca. El aguacero había menguado y una lluvia fina continuaba golpeando la ciudad. Algunos compañeros arribaron a la meta (según supimos luego) a las siete de la noche, mareados, con dolor de estómago, enfermos. Menos mal la secretaria de la rectoría había llamado a nuestras casas para avisar que el examen de educación física se prolongaría hasta el final de la tarde.

Al día siguiente nos enteramos de que muchos de los estudiantes estaban en cama, lesionados, adoloridos o con bronquitis y tos crónica a causa de la lluvia torrencial que nos había caído encima durante buena parte de la prueba. Tres muchachos estaban hospitalizados. El rector nos reunió en el patio central y pidió excusas por lo sucedido. Remató diciendo:

—Entre los jóvenes hospitalizados está Edgar Pombo, el hijo de nuestro honorable Ministro de Educación, quien desea dirigirles a ustedes unas breves palabras.

Un señor vestido de corbata, muy elegante, se acercó al micrófono:

—Quiero sólo sentar hoy, ante ustedes, una protesta por el salvajismo del que han sido víctimas ayer los jóvenes de sexto de bachillerato, entre ellos mi hijo. No creo que sea éste el tipo de educación que deseamos implantar en nuestra nación para las futuras generaciones. Una educación del miedo y del terror, del castigo y de la sangre. No. Estamos luchando por construir un nuevo país que ingrese en la modernidad y le enseñe a sus ciudadanos los beneficios de la civilización y la democracia. Por eso espero, como mínima respuesta a mi queja, la expulsión del profesor Hermes Socarras, quien tiene facultades para cualquier otra vocación que no sea la docencia. Espero, además, que su expulsión sea un ejemplo y una demostración de cordura.

El rector asintió. Vi a Hermes en la parte de atrás, quieto, tranquilo, sin inmutarse. Me pregunté cuántas veces habría estado en medio de las balas, rescatando a sus hombres heridos, sin dormir, sin comer, atacado por los moscos y las fiebres de la selva, luchando por un país que no le pertenecía, que no era suyo, un país que luego lo llenaría de insultos e improperios. Nos miramos con Bruno sin decirnos nada. El rector volvió a coger el micrófono:

—Es fácil comprobar que las acciones despiadadas de ayer nunca se habían presentado en esta institución, y que no volverán a presentarse. No hay un

estudiante de sexto de bachillerato que apruebe la conducta criminal del profesor Socarrás en la tarde de ayer. Puedo, con la mayor tranquilidad, decirles a ustedes, muchachos, que un atentado semejante contra su integridad personal no volverá a suceder. Sé que ninguno disfrutó el examen de educación física ni aprendió nada con esta competencia inhumana y delirante del profesor Socarrás. Quiero mostrarle al señor Ministro que su protesta es un sentimiento común. A ver, muchachos, si hay uno solo de ustedes que apoye el comportamiento demencial del profesor Socarrás, que dé un paso al frente.

Permanecemos inmóviles. Vi a Hermes que nos contemplaba como si fuera una deidad indígena observando a los enemigos de su tribu en tiempos precolombinos. Había tanta dignidad en él, tanta fuerza, tanto coraje, que no pude evitar admirarlo y reconocer que yo sí había asimilado a fondo su lección. En un instante revelador sentí que él me había señalado el verdadero camino, la dureza de la vida, la lucha sin cuartel, el esfuerzo sobrehumano para vencer el sufrimiento, cómo exigirse más allá de los límites para ser superior a sí mismo.

Di un paso al frente.

Mi gesto produjo una conmoción entre profesores y estudiantes. El rector, enfurecido, gritó:

—Muy bien, señor Tafur, como es usted el único psicópata que está de acuerdo con el profesor Socarrás, quiero comunicarle en público su expulsión inmediata del colegio. Tanto el profesor como usted no volverán a entrar en esta institución a partir del día de mañana. Por favor, regresen todos a sus clases.

Vi que Hermes sonreía por primera vez. Cruzó el patio, se paró frente a mí y me tendió la mano:

—Bien hecho, recluta.

Sonreí con él mientras nos dábamos un fuerte apretón de manos.

—Hice un buen tiempo ayer —comenté.

—El mejor —dijo Hermes.

Nos quedamos viendo al Ministro, que estaba a unos metros alegando con el rector, indignado por mi actitud arrogante y despótica.

Volví a mirar a mi tercer maestro a los ojos.

—Gracias por todo —aseguré—. Nunca fui tan feliz como ayer.

—Gracias a usted, soldado —afirmó él—. Nunca he sido tan feliz como hoy.

Y nos despedimos. Ambos sabíamos que no nos volveríamos a ver.

## CAPÍTULO III

### EL DESCENSO A LOS INFIERNOS

Afuera, en las calles, en los restaurantes, en los almacenes, en las cafeterías, en los buses, en el mundo real donde se cumple la rutina de los hombres, nadie me espera, nadie se acuerda de mí, nadie se pregunta si estaré bien de salud o no. Podría pensarse en principio que la magnitud de esta soledad me acongoja o me entristece, y no es así, porque en la cárcel el recuerdo de un hijo o de una novia puede torturarnos hasta el suicidio o la enajenación. La ausencia de seres queridos es en esta reclusión mi gran fortaleza, el as que me ha permitido hasta ahora ir ganando la partida.

Un ejemplo opuesto al mío era el de mi vecino de celda, quien por las noches lloraba y llegaba a los extremos de golpearse contra las paredes hasta perder el conocimiento. Había días en que se lamentaba en voz alta y suplicaba como si estuviera frente a su mujer: —Perdón, Matilde, perdón...

Por lo que decía deduje que Matilde era su esposa y que él había padecido a su lado tormentos —como resultado de unos celos enfermizos— que lo hicieron dudar de su cordura y que lo fueron arrastrando a bajas pasiones que finalmente cuajaron en un asesinato lleno de odio y de sevicia.

Detestaba las manifestaciones de culpabilidad de este individuo que me impedía relajar los músculos y conciliar el sueño por las noches. Cuando ya no podía más me levantaba, me acercaba a los barrotes de la reja y le gritaba: — ¡Cállese ya, idiota!

Pero el prisionero del otro lado optó por métodos más eficaces que los míos. Un buen día se levantó en la madrugada y empezó a hablar con una mujer fantasmagórica que estaba dentro de su celda.

—Mi amor, ven, desvístete, déjame quitarte ese pantalón... Eso, qué piel tienes, Matilde, qué tetas tan ricas, qué buenas piernas... ¿Quieres que te lo meta en la boca?... ¿Quieres mamármelo, Matilde?... ¿Te gusta así?... Qué hembra eres, qué buena estás...

Mi vecino estalló de inmediato al oír ese nombre:

—¡Déjela, hijueputa! ¡No le ponga las manos encima!

—Eso, mi amor, olvídate de tu marido, ven, abre las piernas, para eso me tienes a mí, Matilde...

Las primeras veces me causó risa la situación y agradecí que la venganza se

consumara por boca ajena. Pero en las siguientes oportunidades mi vecino se descompuso y se abrió la cabeza a golpes contra los barrotes. Lo peor del asunto fue que los demás prisioneros disfrutaron tanto con el desquite que decidieron ingresar en la lista de los amantes de Matilde. Al amanecer, que es la hora predilecta para la masturbación en la cárcel, Matilde Fantasma prestaba sus servicios de celda en celda.

—Acuéstate y abre esas piernas, Matilde —decía uno.

—Estoy arrecho, Matilde, me muero de ganas —afirmaba otro con la voz temblorosa.

—Ahhh, qué rico, Matilde, ahhh, huyyy —jadeaba el de más allá.

—Eres una puta sabrosa, Matilde —aseguraba el de más acá.

Y así la pobre esposa de mi vecino se convertía en la depositaria de sueños concupiscentes y frases obscenas que viajaban de catre en catre hasta que salía el sol y las voces de los reclusos se apagaban y se iban fundiendo con los débiles sonidos matutinos que inauguraban la mañana.

Hace unos días mi vecino, recién salido de la enfermería, volvió a golpearse y suplicó de nuevo: —Déjenla en paz, por favor, no la toquen más, no le hagan nada...

Uno de los onanistas, iracundo, le contestó:

—Ella está feliz con nosotros, maricón, la hacemos sentir mujer, le enseñamos lo que es bueno en la cama. ¿Quieres un consejo? ¡Mátate, cabrón! ¡Suicídase si tienes las pelotas suficientes! Hazte a la idea de que ya la perdiste y que ahora es nuestra.

Mi vecino no respondió, no se defendió, no siguió abogando por el cuerpo de su mujer. Cuando llegaron los guardias nos enteramos de que se había abierto una de las heridas que tenía en el cráneo y que se había metido un lápiz entre los sesos.

Las noches y las madrugadas volvieron a la tranquilidad de antes. Y yo continué —continúo— navegando por las aguas turbias de la memoria.

Los últimos meses de sexto de bachillerato los cursé en un colegio mediocre donde no hice un solo amigo y donde logré ocultar los ataques que seguían dividiendo mi conciencia en dos individuos completamente diferentes.

Para mi familia la expulsión de una institución en la cual yo había estudiado diez años significó el fracaso y la confirmación de una irreverencia juvenil que no auguraba nada bueno. Soporté esas miradas de desprecio, esas insinuaciones que se hacían a la hora de comer sobre mi futuro de ruina y de miseria, y procuré fortalecer una vida interior que, como yo bien lo sabía, era la clave para aguantar las tormentas y los avatares negativos de la vida exterior. Opté por una introspección radical y seguí dedicado a los libros y al deporte, que eran las únicas actividades donde yo continuaba sintiendo la plenitud y la alegría de estar vivo.

Me gradué en una modesta ceremonia y mis padres, preocupados, me interrogaron acerca de mis preferencias universitarias.

—¿No te gustaría estudiar Medicina? —me preguntó mi padre.

—Tal vez —contesté con desgano.

—¿Cómo que tal vez?

—No estoy seguro.

—¿No sabes qué vas a estudiar?

—Lo estoy pensando.

—No te quedarás vagando por ahí sin hacer nada...

—No sé.

—¿Pero hay algo que te guste?

—Sí.

—¿Qué es?

—Literatura.

La cara de desilusión de mi padre casi logra conmoverme. Era mejor una sinceridad completa para que no esperaran nada bueno de mí:

—También me gusta Educación Física.

—¿Sabes lo difícil que es ganarse la vida en esas profesiones?

—No las elijo por dinero, sino por amor.

—Allá tú. Estudia lo que quieras.

—Eso haré.

No tuvimos tiempo de prolongar una discusión que tarde o temprano nos hubiera enfrentado y que quizás hubiera terminado produciendo entre nosotros una ruptura definitiva. No tuvimos ese tiempo porque mis padres murieron en un accidente automovilístico tres días después de esta conversación. Se estrellaron contra un autobús y su deceso fue instantáneo, inmediato. Ingresaron en la clínica muertos, sin signos vitales.

La pérdida de mi madre me dolió en lo más íntimo de mis afectos, me dejó desprotegido, desamparado, chapoleando como un niño indefenso entre las arenas movedizas del abandono. Fue un dolor sentimental, amoroso, que me removió las entrañas sin permitirme descanso ni reposo. No sabía cómo actuar para que sus recuerdos no me hicieran tanto daño, para no sentirme huérfano, desvalido, inerme. El miedo se apoderó de mí, un pánico irracional que me destrozó los nervios y que me confirmó que estaba en el límite de mis fuerzas, al borde de la demolición física y psíquica.

El fallecimiento de mi padre me afectó de manera diferente. Tuve la impresión de haber quedado incompleto, imperfecto, defectuoso, como si me hubieran cercenado o mutilado sin previo aviso. Yo no tenía su estampa, su estatura, su aspecto de exceso de seguridad en sí mismo, pero había entre nosotros un parecido evidente en la forma de coger un libro, en la mirada huidiza y contemplativa, en nuestro temperamento solitario y ascético, en la pasión desmedida por la apariencia física de las mujeres. En momentos de su vida en que me había detestado, en que me había odiado visceralmente, sé que aborrecía en mí lo que yo tenía de él, era el doble que no quería reconocer, la prolongación de sí que no le satisfacía ni le halagaba. Y al revés sucedía igual: no soportaba en él

aquellos rasgos característicos que también eran míos y que no me hacían feliz. Éramos un par de espejos que se negaban a aceptar que reflejaban otras imágenes que existían en la parte de afuera de la materia que los constituía.

El problema es que ignorando una parte de mi padre que él ocultó, una esquina de él donde se me prohibió la entrada, un ángulo donde no alcancé a tener acceso, un otro que lo atemorizaba y le impedía vivir en paz, me quedé trunco, fisurado, a medias, como un espectro intentando aprehenderse en vano. Porque hay una parte de mí que me precede, que no es mía, que la he heredado involuntariamente y que me atormenta al influir en mí desde la oscuridad de mi ignorancia.

No sólo nos llega en el código genético el color de los ojos o el dibujo de la nariz, sino la pasión por el alcohol o la ruleta, el amor febril y desahogado, los gestos que hacemos al mirar por una ventana, los estados de ánimo, los celos, la cobardía o el coraje, la ensoñación o la tendencia al delito y al asesinato. No somos un yo, sino una suma de individuos que se dan cita en nuestro cuerpo, una actualización de muchos ancestros que encarnan, de pronto y sin permiso, en nuestra piel, en nuestras manos, en nuestra más escondida psicología. Somos clan, tribu, pura muchedumbre en movimiento. Las palabras que dices en la intimidad del lecho con tu pareja las decía tu abuelo, los accesos de depresión incontrolada son de tu bisabuela, el talento para pintar o componer es de tu madre, y de la misma forma tu hijo dirá o hará cosas que son tuyas, porque tú se las has transmitido con la máxima generosidad, pero también con la máxima crueldad. Eres Dios y Satán para tu progenie.

El día del entierro estuve imperturbable: no lloré, no me ahogué en frases de despedida, no elaboré un discurso para decir adiós a mis padres en medio de un torrente de lágrimas. Hay un dolor tan vasto que nos deja iguales, como si fuéramos los recipientes de unos espíritus que están de viaje, muy lejos, y que no sabemos cuándo piensan regresar. Los parientes no eran muchos (un tío, dos primos), pues mis cuatro abuelos habían muerto a una edad temprana, y una hermana de mi padre y un hermano de mi madre vivían en el extranjero hacía más de veinte años y no mantenían casi ningún contacto con nosotros. Me alegré de no tener parientes haciendo preguntas, acercándose para consolarme y sintiéndose caritativos y bondadosos por querer brindarle su ayuda al nuevo huérfano que se quedaba ahora a la deriva, sin asesoramiento ni protección, sin los buenos consejos de sus mayores.

El hermano de mi padre que asistió al entierro me dijo en voz baja y con

prudencia:

—No es el momento propicio, lo sé, pero tengo que advertirte que hay asuntos económicos que tienes que solucionar. He contratado un abogado para que te ayude. Te espero mañana en mi casa, almorzamos y te explico la situación.

Asentí, nos dimos la mano y regresé a casa a pie, andando por las calles con las manos entre los bolsillos y la mente vacía, hueca, sin ideas ni sentimientos importantes, vaciado por completo de intenciones, opiniones o deseos. Evoco ahora el nombre *Nadie*, que es como se llama Ulises en un episodio de su odisea mediterránea. Eso era yo, un nadie caminando por las calles grises de una ciudad perdida entre los Andes.

El abogado vendió la casa, el carro, legalizó a mi nombre unos ahorros que tenían mis padres y distribuyó todo el dinero en certificados de depósito a término fijo que me garantizaron una renta mensual suficiente para pagar el arriendo de un modesto apartamento, hacer mercado y cancelar una matrícula universitaria.

Los primeros seis meses me encerré en un apartaestudio que quedaba a una cuadra de la Plaza de Toros, en el centro, sobre la carrera Quinta. Me dediqué exclusivamente a leer día y noche. Salía para comprar víveres en el supermercado, me aprovisionaba de libros en la Librería Buchholz, y, como un anacoreta, volvía a mi cueva sin prisa, disfrutando del aire y del cielo de esa única salida semanal. Mi tío llamaba cada vez menos y yo respondía con monosílabos a sus preguntas simples y sin sentido.

Una tarde sonó el timbre de la puerta. Abrí creyendo que se trataba de una equivocación. Era Bruno.

—Quiubo, hermano, ¿puedo pasar?

—Claro, sigue.

Hice a un lado varias columnas de libros que impedían el paso y acerqué dos cojines para sentarnos en el piso.

—Compré dos cervezas —dijo Bruno abriendo una bolsa plástica y entregándome una lata húmeda y fría.

—Gracias.

—Te desapareciste, ¿no?

—Sí.

—Encontré a tu tío de milagro y le pedí la dirección.

—¿Cómo va todo?

—Eso te pregunto yo a ti —dijo Bruno.

—Ahí voy.

—¿Has leído todos estos libros? —preguntó él señalando el desorden de antologías, novelas, cuentos y ensayos regados por el suelo.

—Sí.

—¿Y estás en la universidad?

—Todavía no.

—¿Piensas inscribirte?

—Sí.

—¿Literatura?

—Ajá.

—¿Y qué andas haciendo ahora?

Señalé los libros.

—¿Sólo leyendo?

—Sí.

—¿Qué te está pasando, viejo?

—No vayas a sermonearme, Bruno. No tú.

—Pero esto no es vida.

—No para ti.

Ladeó la cabeza y subió los hombros como diciendo: «allá tú».

—No debes culparme por querer estar solo. Necesito estar conmigo mismo, replantearme, rearmarme. La lectura es lo único que me da paz, Bruno, que me hace bien, que me apacigua. Será acaso porque la palabra escrita no hace ruido, no suena, acontece en silencio, no perturba tanto como la oralidad.

—Estás muy raro.

—Es raro lo que me ha sucedido.

Bebimos de nuestras respectivas latas de cerveza. Él me preguntó:

—¿Quieres ir a jugar fútbol los sábados por la mañana?

—Tal vez luego.

—No quiero presionarte.

—Escucha, hermano, tú has sido mi mejor amigo, nos conocemos desde niños y te agradezco que te hayas tomado el trabajo de venir hasta aquí. Pero necesito vivir así como lo estoy haciendo, necesito enfrentarme a algo que se me está viniendo encima y que aún no sé qué es.

Bruno dijo con una sinceridad aplastante:

—Me haces falta, viejo.

Terminamos la cerveza, se puso de pie y se despidió:

—No quiero ponerme pesado. Si me necesitas, llámame. Siempre estaré ahí.

Nos estrechamos la mano y él salió del apartamento. Su visita me llenó de tristeza y de melancolía. ¿Por qué será que los que más nos aman son justo los que a veces necesitamos hacer a un lado? ¿Por qué alejamos a los únicos que en realidad se preocupan por nosotros?

Continué con ese ritmo de vida unos meses más y me matriculé en la universidad para estudiar Literatura. Duré dos semestres y no resistí la

mediocridad y la estupidez de los profesores. Dictaban sus clases sin creer en ellas y pensando más en el cheque de fin de mes que en los autores y los textos que estaban en los programas. Había imaginado, además, que una persona dedicada a la literatura tendría una forma de vida y unas ideas diferentes al común denominador. Es inevitable que la lectura nos revele facetas insospechadas de la realidad, como si nos corrieran un velo y contempláramos el mundo inmersos en una transparencia inusitada. Por eso mi decepción al ver a unos profesores tomando café y conversando en la sala de reuniones de la facultad sobre las nuevas marcas de automóviles, sobre sus problemas conyugales, recomendándose almacenes para comprar más barata la ropa de sus hijos o intrigando unos contra otros por una vacante o un ascenso. Un día me dije: «Aquí estoy más cerca de un salón de belleza que de una vida intelectual». Y me retiré por respeto a esos autores y a esas páginas que tanto amaba. No deseaba que los burócratas universitarios ensuciaran lo único decente y limpio que había en mi vida.

Me encerré de nuevo a leer, y, como una novedad, me di cuenta de que ahora sentía también el impulso creador de escribir. Me esforcé entonces en pulir unos textos breves, veloces, cuyo único objetivo era en verdad probar la mano y medirle su habilidad. Para ser un aprendiz de escritor, no quedé descontento con los resultados.

Una tarde, a cincuenta metros de la Plaza de Toros, frente al Planetario Distrital, un celador deseaba echar a la calle a un hombre flaco, calvo, de barba blanca, con la dentadura incompleta y de unos cincuenta años de edad. Me acerqué a escuchar la discusión.

—Retírese, por favor —decía el encargado de seguridad.

—Yo también tengo derecho a ver las estrellas —decía el hombre enfurecido sin moverse un paso.

—Usted es un mendigo.

—Todos lo somos, jovencito.

—No señor, la gente honrada trabaja.

—Trabajar es una forma disimulada de mendigar.

—Hágame el favor y se retira.

—Yo compré mi boleta. Tengo derecho a entrar.

—Son órdenes. No se permiten pordioseros.

—Yo voy es a ver las estrellas, nada más.

—No me obligue a usar la fuerza.

—No, qué miedo, mire cómo tiemblo.

—Voy a sacarlo a las malas.

—Usted me pega y le va a tocar ponerse una caja de dientes y andar en muletas de por vida.

Me cayó bien el abuelo apenas lo escuché hablar y decidí darle una mano para que lo dejaran entrar a ver el espectáculo galáctico. Intercedí por él ante el celador.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor —me contestó amablemente el uniformado.

—Quisiera pedirle un favor: déjelo entrar conmigo —miré al anciano— y yo le garantizo que él no va a mendigar y que se va a portar como cualquier otra persona del público.

Silencio.

—No sé, señor —dijo el hombre dubitativo.

—Yo lo cuidaré todo el tiempo. Si hace algo indebido lo llamo a usted para que lo saque a la calle —deslicé en su mano una generosa propina—. No pasará nada, se lo aseguro.

El tipo lo pensó y al fin dijo:

—Bueno, sigan. Pero estaré atento.

—Muchas gracias.

Le hice un gesto al viejo y seguimos juntos hasta la taquilla. Compré mi

boletera y entramos.

—Gracias por la ayuda.

—No hay de qué.

—Esos cabrones de seguridad son los peores.

—Son peores los de arriba, los que dan las órdenes.

Nos sentamos en la mitad de la sala. El viejo me dijo a manera de presentación:

—Me llamo Ismael Buenaventura.

—A mí me dicen el Loco Tafur.

Así nos conocimos con Ismael, el guía que me señaló la profundidad de la ciudad, el conductor que me enseñó el sendero que cruza los infiernos. Lo conocí en lo más alto, en las estrellas, y descendimos desde allí hasta los rincones plutonianos más recónditos de la metrópoli. Ismael no fue para mí un maestro, alguien que diera una lección y a quien yo quisiera imitar, sino un timonel, un piloto, un faro, el hombre encargado de trazar el itinerario, el que lleva la brújula, el responsable del mapa.

Él era ingenioso, desenfadado, irreverente, y me agradaba su compañía cálida y desinteresada. Me sorprendía la contradicción que había entre su pobreza total, entre su falta absoluta de medios económicos para subsistir decentemente, y su impecable educación, su vasta cultura, su correcta erudición. Nos hicimos buenos camaradas en pocos días. Solíamos citarnos en parques o cafeterías, y si el clima lo permitía nos lanzábamos a largas caminatas por el centro de la ciudad.

En esta primera etapa vi en él al representante de un mundo secreto y misterioso que era la antinomia de esa pequeña burguesía emergente, de doble moral, arribista y segregacionista a la que yo había pertenecido durante mi niñez y mi adolescencia. Lo vi cercano a mi otra personalidad, a la que salía a flote en los duros ataques que seguían lesionando mi cerebro. Yo opuse la realidad de los humildes (que me parecía sincera, honesta, de una autenticidad incontrovertible) a la realidad de las clases media y alta (cuya banalidad, superficialidad e hipocresía saltaban a la vista). Al ser un esquema maniqueo, creí que era necesario optar, elegir de acuerdo con una escala de valores que parcelaba el mundo en una mitad

buena y otra mala. No había complejidades ni puntos medios, entre cero y uno no había una lista infinita de números, no existía una multiplicidad de grises entre el blanco y el negro. No. Yo había vivido hasta ese instante en la sección negra, la que estaba atiborrada de máscaras y disfraces, la de la falsedad y la cobardía, y había llegado la hora de aventurarme en la sección blanca, la del heroísmo de los desposeídos, la región de los indigentes y menesterosos que soportaban el peso de su desdicha con un coraje que había pasado ya por todas las pruebas posibles.

Sé que esa forma de pensar era de una precariedad vergonzosa, pero debo confesar que me hizo mucho bien, pues empecé por primera vez a dar rienda suelta a mi otra personalidad, fui soltando la bestia que hasta entonces había tenido encadenada y amordazada, y la consecuencia de esa libertad se manifestó de manera positiva: los ataques desaparecieron y no volví a sufrir de esas visiones que tanto miedo me causaban, y que en más de una ocasión me hicieron sospechar que iba a terminar mis días sentado en una mecedora de una clínica psiquiátrica balbuceando estupideces. Ahora debía aprender a asumirme como un individuo ambiguo, laberíntico, caleidoscópico, difícil de clasificar.

La salud mental recuperada me animó para seguir adelante en esa travesía hacia el corazón de las tinieblas bogotanas, y debo aclarar también que dicha salud fue simultánea con un acontecimiento que se presentó en mi vida y que abrió una ventana inesperada: mi iniciación sexual.

Una de las primeras inmersiones que hicimos con Ismael fue a mediana profundidad: la zona de tolerancia de Bogotá, el barrio de los burdeles y de las prostitutas callejeras. Yo no entré al sexo por la puerta del amor, la entrega y la idealización de la mujer. Conocí en cambio el sexo báquico, dionisiaco, orgiástico, el desenfreno de los sentidos. No me enamoré, no sufrí por una novia como la mayoría de los jóvenes, sino que practiqué de entrada una gimnasia corporal, un festín sensorial que me arrastró al goce de la carne sin remordimiento ni culpa alguna. Mi única pasión había sido Mariana y mis avances sexuales no conocían sino el sombrío paisaje de la masturbación solitaria y compulsiva. Y de repente, sin saber cómo había sucedido semejante milagro, me encontré entre los brazos de voluptuosas mujeres que me entregaban su cuerpo en medio de gemidos y frases ardientes, me encontré entre senos grandes y pequeños, entre nalgas abultadas y escuálidas, entre caderas estrechas y curvas generosas, entre vulvas velludas y salvajes y sexos lampiños y afeitados.

Mi historia personal no contempló ese estadio masculino donde la mujer debe asemejarse a la Virgen María, donde el mito mariano nos obliga a buscar en la

amada virtudes como el recato, la castidad y la belleza espiritual. Lo más cercano a ello había sido Mariana, pero pronto se transformó en la mujer licenciosa y viciosa que vimos con mis amigos en aquel automóvil estacionado en la parte alta de Usaquén. No, yo entré directo al lecho de María Magdalena y me hundí en su vagina entre gritos de placer y lágrimas de alegría. Siempre que observo a Jesús crucificado entre ellas dos, no me detengo en el sufrimiento de su madre, sino en el de su amante, en el dolor de la prostituta que lo acarició, que untó su piel con aceites perfumados y que llora frente a la cruz la pérdida de un hombre impetuoso y apasionado. No soñé nunca con la muchacha virginal e inmaculada, sino que dancé con furia y frenesí entre las ménades paganas de bosques oscuros y remotos.

La zona de tolerancia se convirtió para mí en un segundo hogar. Cambiamos con Ismael las citas en parques y cafeterías por encuentros clandestinos en prostíbulos donde yo, a veces, dormía, leía, tomaba notas y pasaba las horas en compañía de alguna muchacha que me entusiasmaba y que era capaz de alejar, al menos por unos días, los desagradables fantasmas de la soledad. Recuerdo con cariño esas casas malolientes en las que era inusual hallar un rayo de sol, y en las que jóvenes nómadas que recorrían el país sin familia, sin amigos y sin pertenencias materiales, me entregaron su cuerpo, su amistad y su confianza, Ellas fueron para mí toda una lección de entereza y de generosidad.

No visité el cementerio donde estaban enterrados mis padres ni una sola vez. Cambié la tumba por el burdel y el ataúd por el orgasmo.

A los tres meses de haber conocido a Ismael, decidí arriesgarme un poco más en mi viaje por el lado oscuro de la ciudad, y me fui a vivir a una pensión barata del barrio La Candelaria, en la antigua zona colonial de Bogotá. Arrendé una estrecha habitación en la vieja Calle de la Agonía, en la carrera Tercera con la calle Novena. Era una casa de tres pisos donde vivíamos un total de dieciséis personas, distribuidas en diez habitaciones independientes. Había sólo dos baños: uno para la familia que regentaba la casa y otro para nosotros, los inquilinos. Esa circunstancia obligaba a instituir unos turnos estrictos en la mañana: cada persona, niño o adulto, tenía derecho a usar el baño quince minutos exactos, siempre en el mismo horario a lo largo de los siete días de la semana. Mi turno iba de las seis y media a las seis y cuarenta y cinco, y lo disfruté poco, porque el individuo del turno inmediatamente anterior (es decir, al que le correspondía el baño de las seis y quince a las seis y media) se levantaba tarde y decidió usurpar mi puesto en la fila. El problema es que era un tipo de un metro noventa y cinco de estatura, y trabajaba como chofer y guardaespaldas en el Senado de la República.

Una mañana, indignado ante semejante desfachatez, me atreví a decirle:

—Usted debe entregarme el baño a las seis y media en punto.

El tipo, con la toalla rodeándole el cuello y los utensilios de aseo en la mano derecha, me miró con desdén y me preguntó:

—¿Quién es usted?

—Vivo en la doscientos cuatro.

—¿Y qué hace?

—Soy artista.

—¿Qué clase de artista?

—Soy escritor.

—Escritor de qué.

—De novelas —mentí con tranquilidad, intentando convencerme a mí mismo de lo que decía.

—Cuántas ha escrito.

—Tres.

—Dónde están.

—En las librerías.

—Quién las lee.

—El público, la gente —respondí con la voz insegura, poniéndome nervioso.

—Y qué dicen.

—Pues a unos les gusta lo que escribo y a otros no.

—¿Ah, sí?

—Sí señor.

—Y sobre qué escribe.

—Sobre la realidad, sobre lo que veo todos los días.

El gigante se me acercó amenazador, bajó la voz y me dijo:

—Mire, güevoncito, usted no es artista, no ha escrito ni mierda y no lo conoce ni su puta madre.

Me quedé lívido. El gorila continuó:

—¿Quiere un consejo? Búsquese un empleo y comience a trabajar como hace todo el mundo. Vago hijueputa, marihuanero, sapo, hippy, hasta maricón será...

Se dio media vuelta y se dirigió a su cuarto con una sonrisa entre los labios, satisfecho de sí. Yo me quedé parado con mi toalla sobre el hombro derecho, el cepillo y la crema de dientes en una mano, y en la otra la barra de jabón y la máquina de afeitar.

Estuve todo el día dándole vueltas en mi cabeza a una buena venganza. Necesitaba poner al matón en su sitio y recuperar mi derecho a los quince minutos de ducha, inodoro y lavamanos. En las horas de la tarde compré una cadena gruesa y dos candados grandes, pesados, de ésos con los que aseguran los portales de algunas bodegas viejas y pasadas de moda. Entré al cuarto a las ocho de la noche y me acosté temprano, decidido a llevar a cabo mi plan al día siguiente.

Me levanté a las cuatro de la mañana y, con el máximo sigilo del que fui capaz, pasé la cadena dos veces por los herrajes oxidados de la puerta de la habitación del guardaespaldas, y cerré ambos candados entre los eslabones colgantes de la cadena. Cuando el tipo fuera a abrir la puerta se daría cuenta de la imposibilidad de salir al corredor, a menos que tuviera las agallas suficientes como para destrozarse los goznes y liberar la madera de las bisagras.

Bajé a las seis y cinco e hice la fila para ingresar al baño. A las seis y quince, recién bañado, salió el inquilino del turno de las seis, y decidí adelantarme unos minutos y disfrutar del baño más allá del cuarto de hora que me correspondía. A las seis y veinte comenzó el escándalo. Pie Grande no podía salir, abrió una ventana de madera que estaba ubicada en la parte central de la puerta, y descubrió la cadena y los dos candados. Sus gritos se escuchaban por toda la casa.

—¡Voy a matar al hijueputa que hizo esto! ¡Juro que lo voy a asesinar!

Seguí duchándome tranquilo, sin afanarme. Estaba seguro de que el simio no podría salir hasta que no violentaran los candados y quitaran la cadena de los antiguos herrajes de la puerta. Me afeité y me lavé la boca despacio, disfrutando de los alaridos y las maldiciones que recorrían la casa de arriba abajo. Cuando salí del baño estaba el administrador de la pensión en el corredor, justo frente a la alcoba del bravucón.

—¿Pero quién pudo hacer esto?

—Fue el hijueputa ése, el artista.

—¿Cuál artista?

—El malparido ése que nunca hace nada, el escritorzuelo.

—¿Cuál escritor? —seguía preguntando el administrador, pues yo me había inscrito en el libro de la pensión como estudiante universitario.

—¡El novelista, carajo!

—Pero señor, si aquí no vive ningún novelista.

—¡Sáqueme de aquí o tumbo la puerta!

—Si daña la puerta los gastos corren por cuenta suya.

—Pues sáqueme rápido o voy a llegar tarde al trabajo.

—Ya vengo.

Subí las escaleras, me vestí con prontitud y salí a la calle cuanto antes. Más tarde me enteraría de que el camorrista había quedado libre a las nueve de la mañana, gracias al encargado de una ferretería que había logrado cortar los dos candados con unas herramientas especiales.

En las horas de la noche aseguré mi alcoba lo mejor que pude y esperé la venganza del grandulón, a quien seguramente habían amonestado en el trabajo por llegar tarde y no cumplir los horarios de los congresistas. En efecto, a medianoche me desperté y escuché su voz abajo, en el centro del patio,

llamándome para un enfrentamiento hombre a hombre.

—¡A ver, novelista, baje a dar la cara, cabrón!... ¡Aquí lo espero, hijueputa, vamos a ver si es tan varón!... ¡Dé la cara, gonorrea, no se esconda como una rata!... ¡Todos los artistas son unos maricones, no tienen pelotas!...

Tenía la voz distorsionada por el alcohol. No hice nada, me quedé al lado de la puerta, con la espalda contra la pared, esperando. Los insultos iban subiendo de tono. Luego escuché unos disparos y nuevos gritos que decían:

—¡Baje para darnos plomo, artista!... ¡Así arreglamos las cosas en mi tierra, en Santander!... ¡No se esconda, hijueputa!... ¡Aquí hay un varón de verdad!... —y más disparos al aire hechos desde el patio, cerca del lavadero donde todos los inquilinos lavábamos y colgábamos nuestra ropa.

Cansado de amenazarme desde lejos, decidió subir al segundo piso y se paró frente a mi puerta. No sé cómo, en un momento supremo de lucidez, vi mi grabadora sobre la mesa de noche y se me ocurrió una idea que terminaría quitándome de encima al gigantón para siempre. Acerqué el aparato, introduje una cinta nueva y empecé a grabar todo lo que decía: improperios, amenazas, intimidaciones y provocaciones. También grabé tres disparos más que hizo a través de una de las ventanas abiertas del corredor. Al final, cansado de insultarme, se fue a dormir la borrachera, contento con la demostración de hombría que había hecho y con los asustados inquilinos como testigos.

—¡Ahora sí quedó claro quién es el varón aquí y quién es el cobarde! —dijo mientras bajaba las escaleras y se dirigía al primer piso.

En las horas de la mañana no intenté utilizar el baño. Dejé que el tipo siguiera usurpando mi turno y esperé hasta que se hizo de noche. A eso de las ocho, cuando vi su cuarto iluminado, bajé con la cinta en la mano y golpeé a su puerta. Abrió de inmediato.

—Quiero entregarle esta cinta —dije serio, con la voz aplomada—. Grabé todas sus amenazas de anoche, con los disparos incluidos. Hay tres copias de esta grabación, repartidas entre mis amigos y conocidos. Voy a acercarme al Senado de la República y voy a poner a las autoridades respectivas en conocimiento de sus actuaciones irracionales y salidas de control, señor. Sería bueno que supieran que los matones que contratan se la pasan borrachos agrediendo a la población civil desarmada y amedrentando a personas de bien como yo.

El tipo se quedó con los brazos abajo y el rostro congestionado. Seguí con mi perorata jurídica.

—Según entiendo, señor, el revólver que tiene es un arma de dotación y no se lo dieron para que masacre a sus vecinos. Eso es abuso de autoridad, intento de asesinato, y tiene cárcel. El Senado debe contratar individuos profesionales, más responsables y más competentes que usted.

Le puse la cinta contra el estómago y él la agarró con la mano derecha. Estaba a punto de darme la vuelta cuando oí su voz apagada y suplicante:

—No haga eso, por favor. Tengo a mi mujer y a mis hijos en Girón, y ellos dependen de lo que yo les envío cada mes.

—Debió pensar en ellos antes —dije con los brazos cruzados en el pecho y el ceño fruncido.

—Si pierdo el trabajo nadie me contratará ya.

—Y mucho menos en la cárcel.

—Por favor —rogó el hombre con la voz convertida en un susurro.

—Usted es un tipo muy peligroso —dije resistiéndome a fumar la pipa de la paz sin antes torturarlo un poco.

—Olvidemos lo ocurrido.

—No creo que sea una buena idea. Cualquier noche vuelve a llegar con tragos en la cabeza y decide pegarme un tiro.

—Eso no va a pasar.

—Al menos debería acercarme a la comisaría de policía y advertirles de su peligrosidad.

—Eso me puede costar el empleo.

Guardé silencio. Finalmente decidí soltarle el cuello y dejarlo respirar.

—Está bien, pero le advierto una cosa: si llega a pasarme algo, cualquier

accidente, por mínimo que sea, mis amigos llevarán esta cinta al Senado, a la policía y a los medios de comunicación, y armarán la grande. Usted no se salvará ni haciéndose cirugía plástica y refugiándose en un iglú en el Polo Norte.

—No se preocupe, no le pasará nada.

—Eso espero.

De repente recordé algo importante y alcancé a decirle antes de que cerrara la puerta:

—Sí soy novelista, pero lo mantengo en secreto. No me gusta que la gente sepa a qué me dedico en realidad.

El gorila asintió. Subí las escaleras con una sonrisa en los labios.

La tranquilidad me duró tres meses, tiempo durante el cual no tuve problemas con los horarios del baño, no hubo roces con los demás compañeros de la pensión y no tuve que volver a soportar venganzas o desquites por parte del guardaespaldas. Lo contrario, llegamos incluso a saludarnos con cordialidad, y alguna noche, en una tienda que estaba ubicada a veinte metros de la casa donde vivíamos, nos bebimos una cerveza juntos y cruzamos un par de frases amigablemente.

Pero un domingo, en la madrugada, hombres araña colgados de hilos y poleas descendieron del tejado del inquilinato y se tomaron los tres pisos en silencio, sin hacer un solo ruido. Nos sacaron a todos los residentes a los corredores, nos dieron la orden de no movernos mientras nos apuntaban con sus armas, y revisaron cuarto por cuarto buscando propaganda subversiva o cualquier tipo de información sobre grupos armados al margen de la ley. Fue un operativo relámpago, sorpresivo, porque tenían indicios de que algunos de los residentes podíamos ser simpatizantes de movimientos políticos de izquierda, o, en caso extremo, colaboradores de grupos guerrilleros.

Cuando llegaron a mi habitación me ordenaron desnudarme y levantar los brazos hacia atrás, con las manos entrelazadas en la nuca. Destruyeron todo, patearon mis libros uno a uno, y el soldado que estaba dirigiendo el allanamiento llamó a un superior y le dijo:

—Capitán, este tipo está sospechoso.

—¿Sí?

—Tiene libros raros en la biblioteca. Parece un intelectual.

El militar se me acercó, extrajo una pistola de su cartuchera, me puso el cañón en la sien y me dijo:

—¡Arrodíllese!

Hinqué mis rodillas en el piso. Sentía el frío del metal en la sien.

—¿Qué sabe usted del M-19?

—No sé nada.

—¿Tiene contactos con el Ejército Popular de Liberación?

—No señor.

—¿Conoce algo del Ejército de Liberación Nacional?

—No señor.

—¿Qué sabe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia?

—Nada señor, no sé nada.

—¿Tiene amigos en las Milicias Populares?

—No señor, no tengo.

—¿Pertenece usted al Partido Comunista?

—No señor.

Se acercó a cinco o seis libros que el soldado le estaba señalando con el dedo. Alzó uno y lo hojeó. Descansé al no sentir el arma contra mi cabeza.

—¿Es usted marxista?

—No señor.

—¿Y qué hace leyendo al señor Marx y al señor Engels?

—Son libros que exigen en la universidad.

—¿Así es como educan ahora a la juventud?

—Sí señor.

—Por eso estamos como estamos... Bueno, jovencito, espero que no nos haya engañado hoy.

Hizo un gesto que no alcancé a precisar y salió. El soldado se paró frente a mí y me pateó una vez en el rostro. Sentí la punta reforzada de la bota militar estrellarse contra mi nariz y se me fueron las luces por unos segundos. Me incorporé luego tambaleante, mareado, y me puse un pañuelo en las fosas nasales para detener la hemorragia que me había manchado de sangre la boca, el cuello y el pecho. Me vestí con unos calzoncillos y una camiseta, y salí al corredor para enterarme de qué les había pasado a mis vecinos. La tropa ya se estaba marchando. Desde una de las ventanas del corredor vi que se llevaban esposado a un actor de teatro militante del Partido Comunista que vivía en el tercer piso. Lo arrastraban entre dos soldados y alcancé a detallar que tenía la cara destrozada por los golpes, inflamada, morada y tumefacta.

Me mudé del barrio La Candelaria, del barrio de los artistas, de la zona colonial de viejas casas techadas con teja de barro y grandes patios empedrados, una mañana invernal del mes de abril. Tomé mis escasas pertenencias y me fui a vivir a la pensión de Ismael, en el barrio Las Cruces, un sector venido a menos de caserones destartados y calles descuidadas cuya antigua decencia había sido reemplazada por una población necesitada y enfermiza: ladrones, prostitutas, pordioseros, estafadores, travestís, y, entre ellos, una masa anónima de trabajadores pobres y humildes. Llegué a Residencias Tokio con una caja de libros, una mochila con algo de ropa dentro, la grabadora y mi bolsa de dormir. Nunca tuve sábanas, sobresábanas, fundas, cobijas o cobertores, sólo mi bolsa de dormir que me acompañaba a todas partes, porque en ese entonces no andaba yo por Bogotá, estaba viajando por continentes desconocidos y lejanos, explorando; me encontraba en realidad en medio de una expedición cuyo destino final desconocía.

Me familiaricé con la atmósfera de la pensión rápidamente y Ismael me presentó a su pequeño grupo de amigos: Cauchito (un negro famélico que gracias a una enfermedad en los huesos podía doblarse, arquearse y retorcerse de manera impresionante. Se ganaba la vida haciendo su espectáculo circense a la salida de los cines, y la verdad es que no le iba nada mal. Se decía en el barrio que estaba depositando grandes cantidades de dinero en cuentas bancarias separadas para un día largarse del país y hacerse famoso en el extranjero), Cortadito (un enano a quien habían amputado ambas piernas. Se arrastraba por el centro de la ciudad en un carrito de madera, mendigando de calle en calle) y Lulú (un travesti que se paraba en las noches en la zona de tolerancia a buscar clientes, y que llegaba a veces apaleado y desbaratado como consecuencia de las golpizas que le propinaba la policía). El cuarto integrante era Ismael, que tenía fama de mago, sabio y hechicero, y el quinto era yo, el novelista, el encargado de inmortalizar algún día los nombres del grupo. Lulú solía decirme: —Quiero aparecer en tus libros bien linda, elegante, distinguida, con clase y con garbo, como las antiguas actrices de cine. Que no se te olvide, novelista.

Ellos estaban convencidos de que yo trabajaba día y noche en una obra maestra, en una novela que me haría famoso y millonario. Lo cierto era que yo no escribía nada y que se me pasaban las semanas y los meses metido en los libros de otros, leyendo desafortadamente hasta caer dormido en esas páginas sucias de ediciones baratas y de segunda, que eran las únicas que por aquel entonces podía

yo adquirir. A veces la fe de ellos en mí era conmovedora: me aconsejaban, me obsequiaban plumas y bolígrafos costosos, me llevaban cuadernos y hojas especiales para escribir, y solían aparecerse en mi habitación con libros de poemas, cuentos, novelas o ensayos envueltos en papel regalo con decorosa escrupulosidad. Ellos se despedían siempre con un «bueno, me voy para que puedas seguir trabajando», y yo me quedaba pensando: «Si consigo verme en el espejo y tener en esa imagen la mitad de la confianza que ellos tienen en mí, llegaré sin duda a ser un gran escritor».

Los domingos en la noche nos reuníamos en el patio interno de la casa, bebíamos unas cuantas cervezas y fumábamos marihuana hasta más allá de la medianoche. En esos encuentros, de manera inevitable, surgían los comentarios a la supuesta gran novela que estaba escribiendo yo.

—Tienes que contar la verdad, lo que está sucediendo en esta ciudad olvidada de la mano de Dios —me decía el Cortadito—. No te vayas a acobardar, dilo todo sin miedo, sin acojonarte. Si a los lectores les gusta, bien, y si no les gusta que se jodan.

—No es tan fácil —intervenía Cauchito—. Tienes que hacerlo con arte, con elegancia, con talento. Fíjate en mí: no es sólo ir a doblarme y empezar a pedir plata, no, tengo que hacer un espectáculo con distintos números, con música, con calidad, con preparación. Escribe de tal forma que el lector se sienta atrapado, capturado, que no pueda soltar tu libro. Ésa es la clave: convertir el espectáculo en una red que cae sobre los espectadores y que les impide moverse.

—Yo no sé cómo tienes que escribir —decía Lulú—. A mí lo único que me importa es que no me vayas a poner en tu libro como un travestí vulgar, masculino, burdo, tosco, de baja ralea. No señor. Yo soy muy decente, muy femenina, y para tu información tengo unos senos preciosos. Los clientes que han estado conmigo dicen que no pueden olvidarme.

Y entraba Ismael y remataba la conversación: —Eso está muy bien, pero lo más importante, lo que debes tener presente, es que hay escritores buenos y escritores ungidos por la gracia. No debes pertenecer a los escritores que escriben para mostrarse, para hacer alarde de su egocentrismo, para alcanzar posiciones de prestigio y de gran reputación. Elige el otro camino, el de los escritores dominados por el misterio, obligados, sometidos al indescifrable poder de las palabras. Hay libros que nos parecen buenos, bien pensados, y hay otros que nos hacen estremecer el cuerpo, que nos permiten un contacto directo con lo inefable. Es lo

que sucede con los cantantes de ciertas iglesias: hay unos que cantan con voces perfectas, impecables, y hay otros en los que se escucha a Dios en sus gargantas. Escribe poseído por fuerzas innombrables, en trance, como un médium que ha sido invadido por espíritus, o de lo contrario ten la honradez de guardar silencio.

En esos casos, después de despedirnos, me dirigía a mi habitación y me entraba un remordimiento que me hacía llorar varias horas sobre mi escritorio, se apoderaba de mí una culpa pesada y densa, una sensación de estar traicionando a las únicas personas que habían creído en mí con firmeza y determinación. Me atormentaba pensar que yo estaba muy por debajo de sus expectativas. ¿Por qué el destino no había puesto en sus caminos a un escritor de verdad, comprometido con su oficio, ingenioso, imaginativo y seguro de sí? Era injusto que me hubiera enviado a mí, un joven anodino e insignificante que jamás iba a poder escribir un sólo párrafo memorable. Jamás.

Como he dicho unas páginas atrás, mis ataques habían cesado y por primera vez en muchos años estaba experimentando un equilibrio interior envidiable, una cierta estabilidad emocional y psíquica que me permitía compartir con los demás sin miedo, sin ese pánico a tener que abandonar de pronto cualquier compañía para refugiarme por ahí en el primer rincón sombrío y mugriento que encontrara. No, ahora departía con mis amigos sin nervios, tranquilo, en calma, gozando a plenitud de la increíble sensación de ser yo mismo. Y no sé si atribuírselo al hecho de estar cumpliendo en la realidad lo que las visiones sugerían, es decir, a estar ensayando con mi propia vida una existencia cercana a la marginalidad, la indigencia y la penuria, o creer más bien que mi sanación se debió al hecho de empezar a llevar una vida sexual activa y, en la medida de lo posible, satisfactoria. Digo «en la medida de lo posible» porque en esta época que estoy evocando no me interesaba la experiencia afectiva como tal, la búsqueda de un complemento sentimental, sino ejercitarme en el sexo carnal, en la vivencia del placer corporal, en el erotismo de los sentidos. Yo no anhelaba una pareja romántica y dulce con quien ir al altar para luego tener hijos y construir un matrimonio feliz. No, toda mi fuerza, toda mi potencia estaban depositadas en la promesa de llegar a escribir una obra literaria que me dejara satisfecho, una obra de la que pudiera enorgullecerme, una obra sincera, auténtica, cristalina como un vaso de agua pura. No era de mi interés si los críticos o el público decidían repudiarme y desaprobar mi trabajo; lo único que me importaba era estar en paz conmigo mismo, estar seguro de que había hecho las cosas bien, de que había exprimido al máximo el jugo creativo que habían inyectado en mi cerebro. Y esa obsesión que me acompañaba desde el amanecer hasta el anochecer impedía que yo me distrajesa en cuestiones que eran sin duda significativas y relevantes, pero no prioritarias. Familia, hogar,

conyugalidad, estabilidad laboral, seguridad económica, comodidad, todo eso llegaría después, algún día, si es que llegaba. Lo fundamental era ir soltando la mano y prepararme para enfrentar la construcción de la obra. Porque yo sabía desde el comienzo que esa labor no era un asunto de semanas o de meses, sino de muchos años de entrega y dedicación.

En Residencias Tokio realicé uno de los aprendizajes más valiosos de mi etapa de formación: la relajación del cuerpo y de la mente, la tonificación del ser para despertar las olvidadas y poderosas facultades de la videncia. Nos sentábamos con Ismael en el suelo en posición de meditación, sin zapatos, sin relojes, sin collares, sin ningún elemento que apretara o mortificara nuestro cuerpo, colocábamos entre nosotros una vasija grande y redonda llena de agua, y él me ordenaba: —Concéntrate en la superficie del agua.

—De acuerdo.

—Relájate, déjate ir, suelta el cuerpo.

—Bien.

—No hay nada a tu alrededor, ni siquiera tú mismo. Sólo estás presente en la superficie del agua. Deja que el cuerpo desaparezca.

Permanecíamos así, en silencio, concentrados, entre cuarenta minutos y una hora. Luego, de manera inexplicable, entraba yo en un torbellino, en una espiral que me tragaba y que me hacía viajar a épocas pasadas y países remotos. Ismael me dijo que desde que me había conocido aquella tarde en las escalinatas del Planetario Distrital, se había dado cuenta de que yo tenía *la segunda visión*, la capacidad de viajar en el tiempo y en el espacio. Sólo se trataba de enseñarme la técnica, de practicar, de abrir las facultades supranormales que estaban latentes en mí desde los primeros años de mi niñez. No sé si sea cierto o no lo que me dijo, pero lo que sí recuerdo con claridad es que visité parajes lejanos y siglos antiquísimos e inmemoriales. Residencias Tokio era un umbral espacio-temporal, una zona de indiscernibilidad de la realidad, un agujero negro, un laberinto que viajaba más allá de las apariencias mundanas, una puerta hacia una dimensión incógnita, oscura e ignorada.

De esta manera, bajo las indicaciones de Ismael, fui un lobo de mar llamado Charles Baudesson y naufragué con mi embarcación en la isla de Molokai, la famosa isla de leprosos que tanto atemorizó a los marinos del siglo XIX. Fui un

espía que siguió a Lázaro después de su resurrección, y estuve presente aquella fatídica tarde cuando los soldados de Roma crucificaron al Nazareno en las peladas y siniestras montañas del Gólgota. Fui un hombre solitario en una isla abandonada, enviando mensajes al mar en pequeños recipientes de corteza de coco. Estuve preso en Hyderabad en 1919, intenté fugarme en vano con un monje budista, y entre las paredes de esa cárcel tuve el privilegio de conocer a Joseph Conrad. Y fui también un polizone que logró colarse en el arca de Noé, y viajé con los ocho elegidos escondido en el compartimento de unos pelícanos durante cuarenta días y cuarenta noches. Y al final Dios me perdonó y me dio la orden de propagar por la tierra la raza de Caín.

Todo lo que contemplé en esos enigmáticos viajes lo escribí en unos relatos breves que conformaron mi primer libro, un volumen pequeño y escuálido que, sin embargo, significó para mí la iniciación en los arcanos de la videncia.

El retorno de aquellas excursiones al misterio, de aquellas peregrinaciones a edades y provincias apartadas, me dejaban exhausto, con sed, con hambre y con un sueño que me cerraba los ojos y me doblaba las piernas. A Ismael le sucedía algo similar, así que nos decíamos adiós rápidamente y cada cual se recostaba en su cama a descansar y a recuperar las fuerzas gastadas durante las largas sesiones.

Una noche, a eso de las nueve o nueve y media, golpearon a mi puerta. Abrí y vi a Lulú llorando, con el maquillaje corrido y el vestido rasgado.

—¿Puedo pasar? —me preguntó ahogada y temblorosa.

—Claro, sigue.

—Gracias.

Acerqué el único asiento que había en la alcoba y yo me senté en el borde de la cama.

—Qué te pasó —le dije con preocupación.

—Necesito hablar con alguien.

—Para eso estamos los amigos, Lulú.

—Tú siempre eres tan amable.

—Lo digo en serio, no por cortesía.

—Estoy hecha una mierda, ya no aguanto más. Mi vida es una porquería, estoy cansada de todo.

—Sí, te entiendo.

—La policía nos apalea cada vez que le da la gana. Los sádicos y perversos andan detrás de nosotras para torturarnos y desfigurarnos. Cada semana desaparecen dos o tres de nosotras. Y para colmo de males ahora aparecieron los famosos grupos de limpieza social que nos consideran basura, escoria, inmundicia que hay que suprimir. No aguanto más, te lo juro.

—Qué te pasó hoy.

—Se bajaron unos tipos de una camioneta con bates de béisbol y nos agarraron a golpes en un callejón sin salida. Mira cómo me dejaron las piernas.

Se subió el vestido y me mostró las piernas cubiertas de cardenales y de grandes círculos que estaban empezando a amoratarse.

—Menos mal pude evitar los golpes en la cara.

—Qué salvajada.

—Estamos pensando en armarnos, ¿sabes? Comprarnos unos revólveres y quebrar a varios de esos hijueputas la próxima vez.

—Se lo tendrían bien merecido.

—El problema es que son niños ricos y luego la policía nos va a despellejar vivas.

Me acerqué al escritorio y agarré la botella de un litro de Coca-Cola y dos vasos plásticos desechables.

—¿Quieres un vaso de Coca-Cola?

—Gracias.

Serví en los dos vasos y le entregué uno a Lulú. Ella sacó un pañuelo, se secó

las lágrimas, se sonó con fuerza, y luego bebió con ganas del vaso de gaseosa.

—Necesitaba hablar con alguien —continuó—. No quería encerrarme en el cuarto como siempre y llorar sola, amargada, como si fuera un ser de otra especie, un animal dañino y peligroso.

—No te trates así.

—Pero es que así me hace sentir la gente.

—Una cosa es lo que ellos crean y otra cosa es lo que eres.

—Si los demás fueran como tú...

—¿Quieres más? —le pregunté, señalándole el vaso vacío.

—Un poquito, sí.

Serví de nuevo, y me atreví a confesarle un interrogante que me producía una gran curiosidad y al que nunca había hecho referencia por considerarlo una parte sustancial de su intimidad.

—Lulú, ¿puedo preguntarte algo personal?

—Lo que quieras, novelista.

—Es muy personal.

—¿Lo vas a meter en tu libro?

—No sé, no creo.

—¿Pero ya escribiste sobre mí?

—Sí, claro —mentí sintiendo la culpa en la garganta.

—Bueno, dale, pregunta.

—Si te ofendo me disculpo de antemano.

—Dale, suéltalo ya.

—¿Tú eres una mujer mujer?

Ella se rió de buena gana.

—Qué pregunta es ésa.

—Me refiero a que si estás operada.

—¿Quieres saber si tengo verga?

Me puse rojo de vergüenza.

—Más o menos, sí —reconocí.

—Qué bobo eres. Voy a darte una buena explicación para que dejes de ser tan bruto. Hace unos años se puso de moda esa operación. Todas estábamos ahorrando plata para la famosa cirugía. Estaba en furor el bisturí. Entonces varias de nuestras amigas que ya se habían operado entraron en depresiones crónicas, tuvieron que recluirse en clínicas especializadas, y otras se envenenaron, se ahorcaron o se pegaron un tiro. Averiguamos qué estaba pasando y resulta que al suprimir los testículos y el pene desaparecía también una gran parte del placer, y sobre todo la posibilidad de eyacular, de llegar al orgasmo con tu pareja. Los transexuales operados tenían ahora una vagina, eran la imagen perfecta de una mujer, pero no sentían nada, eran como muñecas de inflar diseñadas para darles placer a otros.

—Qué lío.

—Los médicos y los psicólogos sugerían entonces dejar los dos testículos, o al menos uno, dentro de la nueva vagina.

—¿Vagina con testículos? —dije haciendo una mueca de asco.

—Ése era el problema, que los hombres nos iban a poner esa cara que tú estás poniendo ahora.

—Perdón.

—Algunas aceptaron, pero era muy incómodo estar escondiendo el par de huevos, y muy feo, ¿entiendes? Era una imagen grotesca y de mal gusto.

—Claro.

—Así que decidimos quedarnos como estábamos. Tenemos tetas, cintura y culo de mujer, nos inyectamos hormonas regularmente, pero seguimos guardando nuestros miembros y nuestros testículos. Ahí radica el placer y una de nuestras principales fuentes de estabilidad emocional.

—Eso significa que aún puedes acostarte con una mujer.

Lulú volvió a reírse. Me dijo con la cara iluminada y radiante: —Nosotras llamamos a eso volvernors lesbianas. Pero no, a mí no me gusta, me siento mal cumpliendo un rol que no me corresponde. A mí me encantan los hombres, yo soy una mujer completa.

—Qué vaina tan difícil.

—Más o menos, una se acostumbra.

—No me imaginé que fuera tan complicado.

—Y tú qué, novelista, ¿tienes alguna noviecita?

—No tengo tiempo para eso.

—¿Y no te acuestas con ninguna?

—Con prostitutas, a veces.

—Qué ordinario.

—A mí me parece normal, me calma, me tranquiliza, y después regreso a mis libros con la cabeza despejada.

—¿Y eso te lo ordena Ismael?

—No, ¿por qué?

—No sé, como ustedes son tan raros, se la pasan haciendo brujería y prácticas de magia.

—Qué va, Lulú, no hay nada extraño en meditar un rato. —La gente dice

que él te está enseñando hechicería para que lo reemplaces cuando él se retire.

—Puras habladurías, chismes, nada más.

—No me vas a meter los dedos en la boca. Él te enseña cosas raras, estoy segura.

—Yo no quiero ser mago sino escritor.

—Allá tú.

Consultó su reloj, se pasó la mano por la cabellera desordenada, y me dijo:  
—Me voy a dormir, novelista. Gracias por la Coca-Cola. —No hay de qué.

Se puso de pie y abrió la puerta.

—Me hizo mucho bien hablar contigo.

—Ven cuando quieras.

Me miró con picardía.

—¿Puedo darte un beso? —me preguntó con timidez.

—Según dónde me lo vayas a dar.

—En la mejilla, bobo.

—Pues claro.

Me estampó un beso en el cachete, me dijo al oído «gracias por todo», y se fue contoneando las caderas.

La encontramos al día siguiente muerta, con las muñecas abiertas de lado a lado y la cama ensangrentada. La policía hizo el levantamiento del cadáver y se la llevó en una patrulla de Medicina Legal para la morgue del Hospital de la Hortúa. Nadie le conocía amigos cercanos o familiares. El dueño de la casa se enfureció porque ella se había suicidado debiéndole dos meses de arriendo.

Sin proponérmelo, un poco cegado por el exceso de proximidad, yo me iba hundiendo cada vez más en el país residual, en el país de los desechos, en la gran llaga humana que aumentaba su infección y no dejaba de supurar.

A los pocos días de la muerte de Lulú, cerca de la medianoche, unos gemidos sibilantes y entrecortados me despertaron y me dejaron sentado en mi cama con los ojos bien abiertos. Se trataba de Ana, mi vecina de cuarto, una joven que trabajaba como vendedora en Almacenes Tía y con quien tenía yo una excelente amistad y un vínculo comercial, pues solíamos prestarnos pequeñas cantidades de dinero cuando alguno de los dos estaba pasando por un período de escasez o de estrechez económica.

Me puse el pantalón, me presenté ante su cuarto y golpeé tres veces con los nudillos de la mano derecha. Ella intentó dejar de gemir, pero no quiso abrir la puerta. Volví a golpear. Una voz de ultratumba, tenebrosa, que infundía miedo, dijo: —¿Quién es?

—Soy yo, su vecino.

—¿Qué quiere?

—Quiero saber si está enferma.

—No me pasa nada, gracias.

—¿Está segura?

—Sí.

Me quedé afuera, en el corredor, escuchando los sonidos de la noche. En un nivel mucho más bajo (tal vez tenía la boca enterrada en la almohada) alcancé, sin embargo, a escuchar los quejidos y los sollozos angustiantes de Ana.

—Ábrame la puerta, por favor.

No contestó.

—Déjeme ayudarla, Ana, por favor.

Nada. Silencio total.

—Dígame qué le pasa. Puedo ir hasta la droguería y traerle algún medicamento.

—No me pasa nada, váyase.

—No me voy a ir.

—Déjeme en paz.

Decidí lanzarme a una amenaza frontal: —Si no me abre voy a llamar al administrador y vamos a abrir la puerta a las malas.

—No haga eso.

—Entonces ábrame.

—Estoy mal, mañana se me pasa —dijo con una voz afligida, lejana, como si se estuviera yendo por un túnel.

—Dígame qué tiene y yo le traigo algo.

—No me moleste más.

—Voy a ir por el administrador.

—No vaya a hacer eso.

—Entonces ábrame.

Oí que estaba corriendo el cerrojo y empujé la puerta. La escena no pudo ser peor: Ana estaba desnuda y mancha da de sangre de la cintura para abajo, tenía las manos completamente rojas, el pelo revuelto, el rostro desencajado y los ojos hundidos y cubiertos de lágrimas. Una sanguaza fétida y maloliente había salpicado el piso y parte de la cama.

En un principio no supe qué hacer y me quedé en el umbral sin decir nada. Luego mis ojos, que recorrían la escena en busca de una explicación, se detuvieron

en una masa de carne que estaba arrojada en el fondo de un bote plástico de basura. Me acerqué a revisar qué diablos era aquello: era un feto flotando entre una argamasa sanguinolenta. Volví el rostro y vi a Ana descompuesta, al borde de un ataque de desesperación. Dijo entre lamentos y suspiros: —Dios mío, ¿qué he hecho?

Sabía que Ana estaba desangrándose. No era momento para lamentarse, había que actuar con prontitud. La agarré por los hombros con firmeza y le ordené: —Vístase rápido.

Fui a mi habitación, me puse los zapatos y un saco, agarré una bolsa grande de basura y regresé por Ana. Continuaba llorando y parecía no reaccionar. La sacudí y le dije con una entonación militar: —Arréglese, Ana, póngase un vestido o lo que tenga a la mano. Tengo que llevarla al hospital.

Me acerqué al bote de basura y lo vacié en la bolsa de plástico que había traído de mi habitación. Metí también una bata, ropa interior, sábanas y cobijas, y la funda de la almohada, todo ello ensangrentado y despidiendo un pésimo olor. Cerré la bolsa y vi que Ana se había puesto un vestido negro y una chaqueta barata de cuero. No había tiempo para limpiarle las manos y las piernas. La abracé por la cintura y salimos así, como si fuéramos dos soldados heridos apoyándose mutuamente en la mitad de un campo de batalla. Caminamos hacia el sur, hacia el Hospital de la Samaritana, que era el centro médico más cercano donde Ana podía recibir ayuda. Dos chorros rojos corriendo por sus piernas me indicaron que la hemorragia se estaba incrementando. Tres calles más allá introduje la bolsa de basura en una caneca pública gigantesca, volví a abrazar a Ana —la llevaba casi alzada— y seguimos caminando hasta que divisé el letrero luminoso que decía «Urgencias». Nos atendió un médico joven de la Universidad Nacional a quien pude contarle la verdad de la historia. El tipo se puso muy serio.

—La situación es grave. Veremos qué se puede hacer.

Se la llevaron en una camilla. Antes de perderla de vista levanté una mano para despedirme, pero Ana no me vio. Iba ya prácticamente inconsciente.

Me quedé en una sala de espera mal iluminada, fría y deprimente. A las seis de la mañana se me acercó una enfermera.

—¿Usted es el amigo de la señorita Ana Suárez?

—Sí —respondí poniéndome de pie.

—Lo siento, no pudimos salvarla.

Sentí como si me hubieran pegado un tiro en la cabeza. Era difícil esquivar la culpa, no empezar a decirse las frases características de estas ocasiones: «No la ayudé a tiempo», «No la traje de prisa», «Debí llamar una ambulancia», «Debí dejarla acostada y llamar a un médico», y así seguí durante un buen rato perseguido y acorralado por la voz de mi conciencia.

Interrumpió ese monólogo culposo el médico que nos había atendido, quien se me acercó y me dijo: —Tiene que contestar unas preguntas que van a hacerle.

—¿Unas preguntas?

—El aborto es un delito.

—No sé nada de eso.

—Explíquese a la policía.

—¿A la policía?

—Es un interrogatorio breve, no se preocupe.

Frente a dos hombres que se identificaron como integrantes de un cuerpo de investigaciones de la policía, dije que no sabía nada, que sólo era un vecino que la había acompañado hasta el hospital. Los guíé hasta la pensión, revisaron el cuarto de Ana, tomaron notas, interrogaron a todo el mundo y desaparecieron. No los volvimos a ver.

Los familiares de Ana decidieron llevarse el cadáver para su pueblo y hacer el entierro allá, en el cementerio donde estaban sepultados sus abuelos y sus bisabuelos, así que no tuve la oportunidad de acompañarla hasta la tumba. Mi recuerdo de ella sería siempre esa fatídica noche en que juntos recorrimos el largo camino de la muerte, el trayecto final hacia la nada. Durante muchos años mi memoria evocaría una y otra vez ese cuadro dantesco: la noche fría y helada, la luz mortecina del barrio Las Cruces, Ana caminando apoyada en mi hombro con las piernas rojas y dejando detrás de sí un hilillo de sangre, y yo abrazándola y llevando en la otra mano, en una bolsa negra de basura, el hijo no deseado, el vástago detestado y repudiado, el fruto de la desdicha.

Las muertes de Lulú y de Ana me hundieron en una profunda depresión.

Perdí el apetito, las ganas de leer y de salir a la calle, y en cambio multipliqué las horas de sueño y de ocio improductivo. No quería levantarme de la cama y tener que ver una realidad con la que yo había perdido la amistad hacía rato. Lo peor era que, a manera de catarsis, intentaba escribir las historias vividas por mí, y el resultado era un puñado de páginas mediocres, babosas y mal escritas. No sé por qué me costaba tanto trabajo narrar sucesos cercanos, conocidos, experimentados en carne propia. En aquel entonces me era mucho más fácil soñar historias ajenas, distantes en el tiempo y en el espacio, extrañas por completo a mi cotidianidad inmediata.

En la parte final de mi iniciación, Ismael me condujo a una inmersión más contundente: me llevó a la Ciudadela de Cartón, donde cerca de cien familias habían construido sus ranchos con materiales extraídos de uno de los basureros más grandes de Bogotá. El mismo origen tenían sus vestidos y la comida que miserablemente los alimentaba. Todo provenía de sus exploraciones en la Gran Montaña de Desechos, de sus interminables incursiones al País de los Dioses Residuales. Nubes de moscas surcaban el aire y una atmósfera pútrida e infecta impedía respirar con normalidad. Hombres, mujeres y niños, en pequeños grupos que permanecían compactos, andaban de un lado para el otro hurgando, husmeando, tanteando, como si fueran una especie nueva de hombres-insecto que estuviera practicando para la supervivencia en tiempos futuros.

A la noche siguiente, sin darme tiempo para recuperarme, Ismael me llevó a una calle oscura y silenciosa del Parque Nacional, y me dijo: —Hoy es tu presentación en la Sociedad de las Alcantarillas.

En efecto, descendimos a los conductos del subsuelo de la ciudad, y después de una hora de caminatas ininterrumpidas por laberintos y canales de aguas negras, llegamos al fin a la Comunidad Subterránea, a la Tribu de los Hombres Invisibles. Eran cerca de treinta familias que habían decidido no regresar jamás a la superficie y que se desplazaban por las cloacas con movimientos nerviosos y rápidos, como si fueran el resultado de un experimento biológico que hubiera cruzado hombres y roedores en las cañerías de una ciudad tercermundista. Contaban con un grupo de simpatizantes (entre ellos Ismael) llamado «Los Heraldos Negros», que estaban encargados de todos los contactos y los enlaces con el mundo de arriba, y que transportaban comida, medicamentos, libros, ropa y todo lo que fuera necesario para mejorar la dura vida en las catacumbas. Antes de recibirme me hicieron jurar que nunca atentaría contra ellos y que no comunicaría a las autoridades la existencia de su congregación secreta y desconocida. Juré levantando mi mano derecha y fui bien acogido esa noche por la misteriosa

Sociedad de las Alcantarillas.

Unos días después, sin haber procesado aún (sin haber pensado y digerido bien) las revelaciones de Ismael, tuve que enfrentarme a una pandilla de transexuales —amigas de Lulú— que se reunía en la calle, justo bajo la ventana de mi habitación, a fumar marihuana y a esperar que las recogieran autos lujosos conducidos por clientes brutales y siniestros. Las voces escandalosas, el olor de la hierba y las risas que aumentaban el ruido y el bullicio, me impedían descansar y conciliar el sueño, así que abrí la ventana y pedí cortésmente una pizca de cordura.

—Por favor, váyanse para otra parte. La gente necesita dormir.

Una de ellas, que parecía liderar el corrillo, se acercó al muro y me dijo: —Relájate, cariño.

—Necesito reposar, por favor.

—Tranquilo, mi amor, nosotras te comprendemos.

—Entonces váyanse de aquí.

—No seas tan agresivo, amor.

—No molesten más.

—Ya, corazón, cálmate, bájale al estrés. ¿Quieres un poquito? —me preguntó alargando el brazo y ofreciéndome un cigarrillo encendido de marihuana.

—No, gracias.

—¿Te han dicho que tienes unos ojos preciosos?

Y, dirigiéndose a una de sus amigas, continuó: —¡Hey, Samantha, ven a ver estos ojos!

La otra llegó balanceándose sobre unos zapatos de tacón alto y dijo: —Huy, gordo, pareces un gato. ¿Estás ahí solito?

—Yo lo vi primero —dijo la líder haciéndose la celosa.

—Lo podemos compartir, no seas egoísta —dijo Samantha.

—No, lo quiero para mí solita.

—Ay, linda, si a este bombón le sobra caramelo.

—Es mío y solo mío, no te voy a dejar probar nada.

—Está bien, ojalá te intoxiques —dijo Samantha y se retiró unos pasos, volviendo al grupo de las otras transexuales que seguían bromeando y chismoseando.

—Estamos otra vez solitos, mi amor —y bajó la voz como si quisiera intimar conmigo—. ¿Quieres que te haga compañía?

—No estoy para chistes de mal gusto.

—¿No te parezco bonita?

—Si no se largan van a tener problemas.

—Huy, tan amenazador.

—No me jodan más.

—Estás de un genio terrible, corazón.

Levantó el brazo al máximo y me rozó los dedos de la mano derecha, que colgaba despreocupada por el cemento descolorido del muro. Era demasiado. Agarré la tranca con la que aseguraba la ventana y, sin pensarlo dos veces, salté a la calle con agilidad, como un felino dispuesto a atacar. Y empecé a repartir golpes a diestra y siniestra, iracundo, energúmeno, frenético. Aunque era consciente de que los golpes eran fuertes, los alaridos y las voces estentóreas de las amigas de Lulú me parecieron excesivos, fuera de contexto. Lo atribuí en principio a esa tendencia a la exageración que las caracterizaba, pero luego, estando ellas a unos cuantos metros de mí, noté que algo muy grave había sucedido porque levantaron los bolsos y me gritaron con una rabia desmesurada: —¡Hijueputa, lo vamos a matar!

—¡Malparido, vamos a dañarle esa cara!

Una de ellas sacó una navaja, hizo cortes en el aire y me dijo: —¡Venga, hijueputa, acérquese y verá cómo lo chuzo!

La que estaba más retirada de todas, dijo: —¡Miren cómo me abrió las piernas esa gonorrea!

Fue el verbo «abrir» el que me hizo caer en cuenta de lo que había ocurrido realmente. Vi que todas ellas tenían las piernas ensangrentadas y con heridas de profundidad. Las manchas de color escarlata que había en el asfalto revelaban también que yo no había propinado golpes secos con un palo, sino que había hecho incisiones y tajaduras en la carne de mis contrincantes. Eché un rápido vistazo a la tranca que tenía entre las manos y encontré la causa de los aullidos y de las maldiciones: en una esquina, retorcida y oxidada, sobresalía una puntilla enorme con el acero bien afilado.

Trepé por la ventana de mi habitación mientras escuchaba a mis espaldas: — ¡Usted está muerto, pirobo!

— ¡Se murió, chanda hijueputa!

Esa misma noche empaqué mis cosas, llamé un taxi por teléfono y me hospedé unos días en un hotel modesto de Chapinero, en el Parque de Lourdes, lejos de las calles que solían recorrer las amigas de Lulú.

En las horas de la mañana llamé a la pensión, le expliqué al administrador los motivos de mi fuga inesperada, y le dije: — Quisiera ahora hablar con Ismael, por favor.

— ¿No te enteraste?

— De qué.

— Pensé que ya lo sabías.

— Saber qué.

— Le dispararon anoche.

— ¿Cómo?

— Dicen que fue un grupo de limpieza social. Le pegaron cuatro tiros.

— ¿Y cómo está?

—No sé, voy a ir a verlo más tarde.

—¿Dónde está?

—En La Hortúa, en el cuarto piso.

—Me voy para allá. Hasta luego.

—Ven por aquí cuando quieras.

—Gracias. Adiós.

Llegué al Hospital de La Hortúa a las nueve de la mañana. Ismael estaba en una sala comunal con otros enfermos alrededor suyo. Su estado era lamentable y el pronóstico de los médicos auguraba lo peor. Una de las balas había dado en el brazo, otra en el hombro, la tercera en el estómago y la última le había perforado el pulmón izquierdo. Había perdido mucha sangre y estaba en la cama con los ojos cerrados, inconsciente. La palidez marmórea de su piel empeoraba su aspecto.

Me estuve al pie de su cama durante muchas horas. En la tarde, una enfermera se apiadó de mí y me trajo una butaca de madera para sentarme. Pensaba en la muerte con insistencia dolorosa, en Valerio, en mis padres, y en aquella tarde en que había entrado el sacerdote a mi cuarto para darme los santos óleos, cuando estaba yo muy pequeño y no entendía las razones o los motivos de la crueldad de un Dios que me habían dicho que era sólo amor y perfección. Sentí deseos de llorar y no pude hacerlo. Recordé que de niño lloraba demasiado, por cualquier nimiedad —un regaño, un llamado de atención— me quedaba sin aire y salía corriendo para ir a refugiarme dentro del armario de mi habitación. Con el tiempo, y después de la enfermedad que había tenido que superar en la clínica, me entrené de tal manera en la resistencia del dolor físico y espiritual, que perdí casi por completo la facultad de llorar, la posibilidad de desahogarme y de aceptar que el mundo me había herido, que me había hecho daño, que su maltrato afectaba el equilibrio de mi interioridad. Pasé de ser un chico que expresaba excesivamente sus emociones, a convertirme en un adolescente que imponía una distancia exagerada con respecto a una realidad que consideraba agreste y hostil. Mis compañeros de colegio y de universidad me veían como un pequeño monstruo insensible, arrogante y demasiado seguro de sí. Pero el niño delicado y sentimental continuaba allí, agazapado, escondido detrás de la puerta, asustado y esperando el momento para salir y confesar su miedo en la mitad del escenario. Mi fortaleza era una debilidad a la inversa, una hipersensibilidad que continuaba a mis espaldas

utilizándome como un escudo, protegiéndose para no ser descubierta y poder perfeccionar de ese modo su contundencia y su complejidad.

Salí del hospital y caminé hacia el norte hasta llegar al Cementerio Central, en la calle Veintiséis, en pleno corazón de la ciudad. Allí estaban enterrados mis padres. Por primera vez desde el día del entierro me acerqué a su tumba y permití que todo el maremágnum que se agitaba dentro de mí saliera a flote. El pequeño huérfano que se creía adulto se agarró a la lápida como si ella fuera un salvavidas que acabaran de arrojarle en medio de una tormenta, y dejó que un torrente inagotable de lágrimas saliera al exterior y diera testimonio de su profundo sufrimiento, de su soledad, de su terrible desamparo. Les rogué a mis padres esa tarde que me ayudaran, que me dieran una voz de aliento, que me protegieran, que no me dejaran sucumbir, que impidieran la muerte de mi amigo. Pero los muertos son sordos, y muy pronto me enteraría de ello.

Regresé al hospital a las cinco y media de la tarde, y el médico me dijo: — Está muy mal. Volvió en sí, pero es momentáneo. Creo que agoniza.

Subí al cuarto piso y me hice junto a su cama. Ismael sonrió al reconocermelo. Estaba demacrado, consumido, con la piel de la cara apergaminada sobre los huesos. Tomé su mano derecha entre las mías y le dije: —Tienes que ponerte mejor.

—Éste es el final —me dijo con una voz apagada, susurrante, mínima.

—No hables así.

—No nos digamos mentiras.

—Te mejorarás.

—Me estoy muriendo y me siento feliz de estar con un amigo a mi lado.

—Te vas a recuperar de ésta.

—Acércate —me dijo Ismael, y yo incliné mi cuerpo hasta quedar muy cerca de su boca, como si fuera un sacerdote escuchando la última confesión de un moribundo—. No tengo tiempo, así que voy a decirte algo que necesito que tengas presente el resto de tu vida —tomó aire como para recargar energías y elevó ligeramente el tono de su voz—. Tienes que contar un día todo lo que has aprendido. No te afanes ni te apresures. Lo harás cuando estés listo, cuando ya nada ni nadie pueda interponerse en tu vocación e impedir que cumplas tu

destino. No será fácil, tendrás que sacrificar muchas cosas en el camino —volvió a inhalar con fuerza y siguió hablando con los ojos entrecerrados—. No te desesperes ni te angusties, tú eres el elegido, y recuerda que los privilegios de los elegidos son miserables.

Y exhaló su último suspiro. Es increíble, pero supe que Ismael había muerto por el peso de su mano, porque de pronto los dedos que estaban entre los míos se hicieron densos y parecían rellenos de plomo. Las lágrimas corrían por mis mejillas y empecé a sollozar en medio de largos lamentos entrecortados.

Afuera anochece.

# CAPÍTULO IV

EN BUSCA DEL DESIERTO

Han incluido en mi celda a otro recluso. Hace cuatro días los guardias tiraron un colchón en el piso y trajeron a un individuo de mediana estatura, de unos treinta y cinco o cuarenta años, setenta kilos de peso, ojos grandes e inteligentes, callado e introspectivo hasta el punto de guardar silencio y evitar cualquier tipo de conversación durante un día completo. Le dicen el Agente Wendy porque, según rumores de los propios guardianes, el hombre trabajó en una de las divisiones de antinarcóticos varios años. En el pabellón donde lo tenían intentó colgarse utilizando las sábanas de la cama, y decidieron ponerlo en observación psiquiátrica unas cuantas semanas.

No me molesta para nada el Agente Wendy. Tiene aspecto de ser una buena persona y su presencia no se siente dentro de la celda. En tres días no cruzamos una sola palabra. Pensé que nuestra relación iba a estar marcada por ese silencio hermético y definitivo, pero esta mañana, de improviso, el tipo me preguntó desde su colchón y con las manos entrelazadas detrás de la nuca: —¿Puedo hacerle una pregunta?

Sentí como si de pronto hubiera estallado una granada dentro del recinto. Estoy tan acostumbrado a convivir con mis pensamientos, que una interrupción semejante me toma por sorpresa, me deja alelado y sin saber qué hacer.

—Lo siento, no quería molestarlo —dijo Wendy.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos: —Estaba concentrado, eso es todo —dije con sequedad.

—Quería preguntarle qué diablos es lo que escribe en ese cuaderno.

—¿En éste?

—Sí, de día y de noche se la pasa escribiendo ahí.

No supe qué contestar.

—Supongo que se trata de algo muy importante —siguió diciendo él.

—Me interesa sólo a mí.

—¿Y qué es?

—Estoy reconstruyendo mi vida.

—¿Para qué?

—Es un ejercicio.

—Pero cuál es el propósito.

—No le entiendo.

—Es una recomendación del psiquiatra de la cárcel, o lo hace para su abogado con el fin de demostrar su inocencia, en fin, no sé, algún objetivo tendrá, supongo.

—Es una necesidad, nada más.

—Pero necesidad de qué.

—De escribir, de narrar, de contar.

—¿Y quién lo va a leer?

—Por ahora nadie.

—¿Y entonces para qué cuenta una historia que nadie va a leer?

Me empezó a aburrir el tono de superioridad de Wendy. Decidí hablar en serio y dejar de esquivarlo: —Porque sólo al revisar nuestra vida paso a paso tomamos conciencia de nuestros actos. Sólo haciendo una profunda reflexión sobre nosotros mismos llegamos a entender por qué somos de una u otra manera, por qué optamos por esto o lo otro, por qué llegamos incluso a cometer acciones tan atroces como un asesinato a sangre fría.

—¿Usted está aquí por asesinato?

—Ajá.

—¿Y cuál fue el móvil?

—Eso es lo que estoy intentando descubrir.

—¿Mató sin saber por qué?

—Estoy comenzando a intuirlo.

—Qué locura.

Volvimos a quedarnos en silencio. Me incliné de nuevo sobre el cuaderno, tajé la punta del lápiz y terminé de escribir el final del capítulo tercero.

Miré a Wendy de reojo un par de veces. Ya tendríamos un segundo round.

Después del entierro de Ismael sentí que la ciudad me era desagradable, repulsiva, y que no deseaba estar más tiempo en ella. Tenía aún a buen recaudo el dinero que me habían dejado mis padres, y la cantidad era suficiente como para financiarme un viaje sin quedarme en la calle ni arruinarme. En un principio soñé con autoexiliarme unos meses en la isla de Providencia, en el mar Caribe, y alcancé a averiguar en una agencia de viajes cuánto me costaba el tiquete de avión y cuáles eran los precios de arriendo, comida, servicios y gastos menores. Sin embargo, un suceso imprevisto cambió por completo mis planes y me lanzó a una aventura descabellada y sorprendente. Se trató de una extraña entrevista que tuve una mañana al salir del pequeño hotel donde me hospedaba en Chapinero.

Hacía un día soleado, sin nubes, y el reloj de la iglesia de Lourdes dio nueve campanadas anunciando la hora exacta. Un hombre barbado, con las ropas raídas y arrugadas, con pinta de vagabundo callejero, se me acercó y me dijo:

—¿El señor Tafur?

—¿Qué se le ofrece?

—¿Es usted el señor Tafur?

—Ése es mi apellido, sí señor.

—¿El novelista amigo de Ismael Buenaventura?

—Así es —no me gustó que me recordara una profesión que todavía no merecía.

El viejo me agarró del brazo y me condujo hacia un rincón del Parque de Lourdes, hacia los bancos de madera que están ubicados en los jardines traseros de la iglesia. Me dijo con cierto sigilo, mirando hacia los lados, como si estuvieran siguiéndonos o espiándonos:

—Tengo un mensaje para usted.

—¿Un mensaje?

—Sí.

—¿De quién?

—Ya le digo.

—¿Por qué tanta cautela? —dije un poco molesto por los gestos exagerados que hacía el sujeto.

—Ya le digo. Es un secreto.

Nos sentamos a la sombra de un árbol gigantesco que nos protegía bajo su follaje espeso. Estaba nervioso y decidí aclarar rápidamente la situación. Dije:

—Qué es todo esto.

—Tengo un mensaje para usted.

—De quién.

—De Ismael.

—Él está muerto.

—Me dio algo y me dijo que si llegaba a sufrir un accidente se lo entregara a usted.

—¿Y qué es?

—Un documento, un papel con una información muy valiosa.

—¿Y usted quién es?

El anciano dudó unos segundos y luego, como si estuviera cometiendo un grave error, me contestó:

—Soy uno de los Heraldos Negros.

Recordé en seguida la travesía subterránea que habíamos hecho con mi querido amigo para conocer la Sociedad de las Alcantarillas. Como Ismael, el viejo mensajero era uno de los contactos, uno de los enlaces entre el mundo de arriba y el mundo de las profundidades. Le sonreí por primera vez y le dije con

amabilidad:

—¿Tiene con usted el documento?

—Aquí lo traigo —respondió abriéndose el saco y sacando de un bolsillo interno un sobre de Manila sellado con cinta pegante—. Tenga, cójalo —yo obedecí, y en el momento de recibirlo me di cuenta de que las manos me temblaban—. Ismael me dijo que ese documento iba a cambiar su vida definitivamente.

—Gracias —murmuré mientras metía el sobre en uno de los bolsillos laterales de mi chaqueta.

—Ya cumplí la última voluntad de mi compañero. El resto es problema suyo.

Y sin palabras de despedida ni frases cordiales, se levantó del asiento, cruzó el parque y desapareció por una de las calles laterales hacia el oriente. Regresé al hotel con paso apresurado y resuelto.

Cerré la puerta de la habitación, me senté frente al escritorio y abrí el sobre. Había dos hojas de papel. La primera era una fotocopia de un mapa de Egipto. A mano derecha, recortadas e incompletas, estaban algunas naciones vecinas como Israel, Jordania y Arabia Saudita. El mar Mediterráneo, el golfo de Suez, el golfo de Áqaba y el mar Rojo aparecían coloreados en un gris oscuro con los respectivos nombres en negro y en mayúsculas. Las principales ciudades estaban resaltadas también en tinta negra, y el Nilo se veía como una larga arteria que atravesaba el desierto desde la frontera con Sudán hasta el norte del país. Con un bolígrafo de tinta roja, Ismael había dibujado un triángulo irregular en el costado izquierdo del Nilo. Los vértices de ese triángulo eran la ciudad de Luxor y los oasis de Dakhla y de Bahriya. Más o menos en el centro del triángulo había un punto, y en la parte de abajo podía leerse: Monasterio Al-Muharegh. En términos generales, eso era todo lo que podía observarse en esa fotocopia arrugada y de mala calidad.

La segunda hoja era una carta de Ismael escrita a mano con su letra menuda e impecable. Leí tantas veces ese último mensaje de mi amigo, que me lo aprendí de memoria, y ahora, muchos años después, puedo transcribirlo sin temor a equivocarme. Decía así:

Mi querido muchacho,

si estás leyendo estas palabras es porque la vida nos ha obligado a separarnos. Hubiera querido estar contigo hasta el final de tu iniciación, pero mi muerte repentina ha interrumpido un proceso de aprendizaje que ha debido continuar al ritmo paciente y mesurado que yo planeé desde un comienzo para ti. Nuestra historia quedó rota, inconclusa, y ahora tienes que recorrer el camino sin nadie que te aconseje. Hay muchas cosas que quisiera decirte en este momento en el que te imagino solo, confundido y sin saber qué hacer con tu vida. Tal vez lo más importante sea agradecerte tu amistad, tu aprecio por mí y tu afecto incondicional y sincero. Desde aquel día en que nos conocimos en las escalinatas del Planetario Distrital, no he dejado de sentir tu apoyo y tu solidaridad. No tengo cómo pagarte esa actitud tuya desprevenida, amigable y generosa. Sé que estás llamado a cumplir un sino magnífico y poco común, y me enorgullece haber podido contribuir a tu formación, aunque sólo fuera con unas cuantas migajas.

Como te he dicho en varias oportunidades, el artista es ante todo un vidente. No quiere decir esto que vea con los dos ojos una realidad privilegiada que para los demás permanece oculta. La palabra *vidente*, como bien lo sabes, significa una percepción fuera de sí, más allá de los límites físicos permitidos y aceptados, un ojo energético que deja salir la conciencia a recorrer un mundo desconocido e inédito. El artista que no está entrenado en esa percepción extraordinaria, está ciego, y su arte no es más que la constancia de esa ceguera torpe y vergonzosa. Y desafortunadamente abundan aquellos que sólo ven con los ojos del cuerpo. Muchos de ellos alcanzan altas posiciones en el mundo del arte y del pensamiento, pero su fama y su prestigio no los redime de su incapacidad y su incompetencia.

Nada me alegraría más que verte en el bando de los que consideran el arte como una puerta hacia el misterio. Te imagino como un ángel, como un mensajero entre dos mundos. Me lleno de alborozo al verte inclinado sobre la página, transmitiéndoles a los hombres los extraños mensajes que recibes desde las distintas instancias de lo invisible. Ya te llegará ese día, de eso puedes estar seguro.

Te dejo un mapa donde te he señalado el monasterio de Al-Muharegh en Egipto. Es un templo en honor a uno de los grandes poetas místicos de la literatura egipcia. En 1959 yo trabajaba como marino en la Flota Mercante Grancolombiana, y decidí desembarcar en Suez y quedarme por allí con unos cuantos dólares que había ahorrado. Por azar o por destino llegué a ese lugar y me recliné en él hasta 1964. Fueron cinco años dedicados al entrenamiento de ciertas facultades supranormales que los demás hombres desconocen o han olvidado. Creo que debes viajar en busca del monasterio de Al-Muharegh y completar en él las tímidas enseñanzas que has iniciado conmigo. Sigue mi consejo y haz todo lo posible por

inscribirte y vivir un determinado tiempo en ese convento apartado y retirado en medio del desierto. Luego volverás y estarás listo para enfrentar la terrible realidad que te espera aquí, en tu ciudad. Para acercarte debes primero alejarte.

Buena suerte, mi querido amigo. No olvides que no he muerto, porque siempre estaré vivo dentro de ti.

Abrazándote con el corazón,

Ismael Buenaventura

Me conmovió profundamente el tono cariñoso y paternal de esta carta, su preocupación por mí, la excesiva confianza que tenía este hombre en mi futuro como escritor. Y claro, no salía de mi asombro y de mi perplejidad al repetir las instrucciones que me había dado, y al revisar una y otra vez la fotocopia descolorida de Egipto con su triángulo rojo en el centro.

Sin embargo, lo que me pareció insólito aquella mañana, fue tomando forma con el paso de los días, y decidí, luego de revisar mis finanzas y mis ahorros, que en efecto me lanzaría en busca del desierto egipcio. No tenía el dinero suficiente como para viajar en plan de turista rico y acomodado, así que investigué una manera de ir recogiendo algunos fondos durante el trayecto y poder costearme así parte del itinerario que tenía que cumplir hasta llegar al monasterio de Al-Muharegh. La mejor idea era comprar tiquetes hasta Israel e ingresar a trabajar en un kibbutz como voluntario extranjero. La embajada me entregó la información completa, escribí una carta al kibbutz Mefalsim, en el sur, cerca de Ahskelon, explicando mi situación y solicitando una carta de aceptación por parte de ellos para no tener sorpresas desagradables en el aeropuerto de Tel Aviv. Me contestó un judío argentino llamado Moshé Bendar, invitándome gustoso a participar en las diversas actividades de la sociedad de Mefalsim. Esa nota breve y cordial fue el comienzo de la aventura. Sentí en ella una señal, un aviso que me indicaba el camino a seguir. Empaqué mi ropa y unos cuantos libros, me despedí de mi ciudad por un tiempo y me largué con la confianza absoluta de que estaba haciendo lo correcto, con la certeza de que mi vida estaba esperándome en el Medio Oriente. No estaba equivocado.

La memoria no siempre es secuencial, ininterrumpida, discursiva. Hasta este punto del relato he podido hilar un acontecimiento detrás de otro, he logrado mantener una línea recta sin cortes ni fracturas graves. Pero los recuerdos que tengo de este viaje no se asemejan a una película cuya narración nos ubica el tiempo exacto en el que sucedieron los hechos, sino se parecen más bien a un puñado de fotografías regadas por el suelo. Tengo en la mente instantáneas, escenas fugaces, fragmentos que conforman una exposición de daguerrotipos en el fondo de mi cerebro. No obstante, haré el esfuerzo por ordenar esas imágenes en tres grandes bloques: mi llegada a Israel, mi estadía en Egipto y mi regreso a trabajar en las cercanías de Jerusalén. Tríada mnemotécnica, memoria tripartita.

El primer recuerdo es mi arribo al aeropuerto de Tel Aviv en una tarde fría e invernal. Salí de la sala de equipajes y crucé la puerta de la zona internacional. Iba sólo con mi morral de color verde militar y un libro de Cortázar en la mano. Me interné entre una multitud de amigos y parientes que esperaban con ansiedad la salida de los suyos, cuando de repente una mujer obesa vestida de negro, de unos cuarenta y cinco años de edad, se abalanzó sobre mí, me abrazó y me cubrió de besos y caricias maternales. Lloraba emocionada y repetía en árabe frases atropelladas mientras me señalaba la fotografía de un niño que no superaba los seis o siete años, y que miraba a la cámara con algo de miedo y estupefacción. Era tal el amor desmedido de esta mujer hacia mí, que no me permitía guardar una mínima distancia para intentar buscar una explicación que nos sacara del malentendido. Al fin logré retirarme un paso hacia atrás y balbucear dos o tres palabras en el inglés académico que había aprendido en el colegio. A ella le causó gracia mi pronunciación y mis gestos torpes e improvisados, y se lanzó otra vez sobre mí estrechándome entre sus brazos.

Un empresario marroquí con quien había conversado en castellano en el avión, pasó junto a nosotros y se dio cuenta de mi confusión. Se acercó y me preguntó gentilmente:

—¿Puedo ayudarlo?

Me liberé del pulpo y le dije:

—Se lo ruego, sí, no sé qué está pasando aquí.

—Déjeme averiguarlo.

Platicó en árabe con la mujer unos segundos, ambos sonrieron, se volteó hacia mí y me explicó:

—Está esperando a su hijo. No lo ve desde que él era un niño. El parecido con usted ha producido esta situación bochornosa que ella lamenta y por la cual se excusa y se disculpa.

La mujer se acercó, me dio la mano e hizo unas cuantas reverencias ante mí. Luego se perdió entre la multitud en busca de su muchacho.

Le agradecí al marroquí su intervención, y salí del aeropuerto a conseguir un taxi que me condujera hasta la puerta de un hotel barato y nada lujoso.

Esa noche cerré los ojos y pensé que en los besos y en los abrazos de esa mujer iba oculto un presagio que yo nunca lograría descifrar.

El placer de caminar con la certeza de no ser reconocido por nadie.

La alegría de estar lejos, en otro país, en otro continente, en otra cultura.

Los olores magníficos del mercado, las frituras, las comidas grasosas y bien condimentadas de los hijos del desierto.

Los ropajes, los vestidos, las telas. Los religiosos judíos que pasan apresurados con sus trajes oscuros, como pájaros de mal agüero.

Los sonidos guturales y armoniosos del árabe y del hebreo.

Las mujeres palestinas que llevan el velo. Sus ojos extraordinarios.

En la Oficina de Voluntarios, un judío mexicano me pregunta:

—Razón o motivo de su viaje a Israel.

—Investigación.

—Cómo así.

—Vengo a investigar.

—Para qué.

—Voy a escribir un libro sobre este país.

—¿Es usted periodista?

—No.

—¿Entonces?

—Soy escritor.

—¿Ha publicado libros antes?

—Claro.

—Cuántos.

—Tres —miento con alegría.

—De qué tratan.

—Un libro de literatura fantástica, una novela urbana que ganó varios premios internacionales, y el tercero es un análisis sobre los orígenes políticos de la violencia en Colombia.

—Y ahora quiere escribir sobre Israel.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Según entiendo por aquí hay una guerra —digo con sarcasmo.

—Hay muchas —dice el tipo tranquilo—. Por qué le interesa ésta.

—Aquí puede gestarse una tercera guerra mundial.

—¿Tiene usted familiares judíos o palestinos?

—No.

—¿Pertenece a alguna organización internacional de Derechos Humanos?

—No.

Escribe unos garabatos en mi tarjeta de voluntario, y me dice:

—Bueno, esperamos que el kibbutz Mefalsim sea de su agrado y que le sirva para la investigación de su libro.

—Gracias. Le enviaré un ejemplar cuando lo publique.

El inconfundible olor de las habitaciones estrechas y sin ventanas, ese aroma que se adhiere a los objetos y a las prendas de vestir. El cuarto que me otorgaron en Mefalsim me condujo de regreso a las pensiones de Bogotá, a su cerrada oscuridad, a esa humedad que levanta moho en las paredes y que extiende por toda la atmósfera del recinto un aire insano y nocivo.

Creo que mi inclinación al encierro y a la soledad me viene de haber vivido varios años en inquilinatos, en alcobas arrendadas donde era necesario cerrar la puerta para ganar algo de privacidad. Sólo el recogimiento y la reclusión me garantizaban la posibilidad de un encuentro conmigo mismo, la introspección por medio de la cual un día llegaría al conocimiento de mí y del mundo.

Seguramente por eso me acoplé tan rápido a la cárcel. La sensación de encierro me era familiar, no me agredía ni me atemorizaba.

Ahora que caigo en cuenta, tendré que reflexionar en el futuro sobre las consecuencias psíquicas de esta actitud. La cueva primitiva (la de Altamira, la de las pinturas cicládicas del norte de África, la de los misteriosos dibujos de las tribus australianas, la de ese primer artista que a la luz de las antorchas trazaba en la piedra figuras de bisontes huyendo despavoridos en un soleado día prehistórico), la gruta invernal (la del oso dormido durante largas y frías semanas de bajas temperaturas, la de la tribu refugiándose asustada de las bestias gigantescas y salvajes, la que guardaba el fuego de las nevadas y las ventiscas, la que servía de cementerio y de conducto hacia los infiernos), la caverna platónica (donde unos hombres no veían la realidad sino su reflejo), los socavones montañosos donde los místicos y los ascetas solían acomodarse lejos de sus congéneres (religiosos cristianos, monjes budistas, creyentes mahometanos y de tantas otras doctrinas espirituales), las minas de oro o de carbón (donde tres y cuatro generaciones de trabajadores entierran sus vidas lejos de la luz del sol), el útero materno (y el deseo de volver a él cada vez que penetramos a una mujer), Jonás y la ballena

(preparándose para renacer en las entrañas del monstruo), Gepetto y Pinocho en el estómago del tiburón (padre e hijo reencontrándose en la oscuridad), y la cárcel, la celda y el calabozo (como espacios donde se encierra a un hombre para que cambie, para que se metamorfosee en otro, para que modifique su ser y salga convertido en un nuevo individuo dispuesto para una segunda vida).

Mi vecino de habitación en el kibbutz Mefalsim se llamaba José Ansaldo Navascués: era un español de veinticuatro años adicto a la heroína que se había inscrito como voluntario para alejarse de los traficantes y los vendedores de Madrid, y de sus propios amigos yonquis que deambulaban por las calles con el semblante famélico, los ojos hundidos, los dientes carcomidos y el cerebro extraviado en uno de los tantos viajes delirantes que la droga propiciaba peligrosamente. José tenía un humor bastante fuera de lo común y disfrutaba riéndose de los demás y de sí mismo en medio de situaciones extremas que a otros les producía pánico o terror.

Recuerdo que en las noches, cuando sobrevolaban la zona aviones de procedencia desconocida, sonaba la sirena para avisarnos que teníamos que protegernos en los refugios antiaéreos. Apenas escuchaba el primer sonido yo salía a correr y golpeaba la puerta de José para despertarlo y anunciarle el peligro. El tipo preguntaba fastidiado:

—Joder, ¿qué pasa?

—La sirena, José.

—Qué sirena ni qué coños.

—¿Y si bombardean?

—Déjame dormir, chaval.

—Nos pueden matar.

—Lo que necesitamos es follar, colombiano, unos buenos polvos con unas buenas tías y no nos despierta ni Dios.

Lo peor de todo era que el tono rotundo y contundente de José tenía el poder de ridiculizar cualquier maniobra de seguridad que se estuviera llevando a cabo en el kibbutz. Solía comentar:

—Pero si los palestinos no tienen en qué caerse muertos. Estos judíos viven paranoicos desde la época de Jesucristo. En cualquier sitio se sienten perseguidos y señalados. Ven a Hitler en todas partes.

Ordeñar, recoger huevos en los gallineros, sembrar y labrar la tierra: los viejos oficios del hombre. Esos eran mis trabajos regulares en el kibbutz, y los domingos y los lunes tenía que dictar unas clases de español para jóvenes israelíes que viajarían a Ciudad de México y a Buenos Aires a cursar sus estudios universitarios. El sueldo: comida y dormitorio a cambio de trabajo. A ese paso no reuniría un solo centavo para continuar con mi viaje. De día y de noche ideaba estrategias para ganar algo de dinero y poder seguir mi camino hasta Egipto.

El mercado de Beersheba, los rebaños de cabras atados con cordeles alrededor de las patas de los animales, los comerciantes discutiendo sus negociaciones en árabe, los turbantes y los ropajes impregnados de polvo y de arena, y al fondo, en un rincón, una caravana de beduinos arreglando sus mercancías y consiguiendo un poco de agua para darles de beber a sus camellos. Y el sol arriba, constante, terco, hiriente.

Jerusalén: camino por sus calles y pienso en el Maestro y en sus doce discípulos. Ellos deambulando al mediodía por las mismas esquinas y los mismos escondrijos que yo recorro a altas horas de la noche. Veo a Pedro y adivino en sus ojos su traición, sus dudas, su miedo a ser crucificado. Allí, en un extremo del grupo, está Pablo, que llegará a Roma para fundar una religión que no tendrá nada en común con las enseñanzas originales del Maestro. Y con la cabeza gacha y las manos entre la túnica está Judas, pensativo y atormentado, Judas el práctico, el guerrero, el suicida. Y a pocos metros, siguiéndolos sin que ellos se den cuenta, camuflada entre un grupo de mujeres que se dirigen al Sanedrín, va María Magdalena con el corazón latiéndole a gran velocidad, con las manos sudorosas y la respiración agitada, con los ojos vidriosos, perdidamente enamorada del Maestro. No envidio los discípulos, ni la futura importancia, ni el sacrificio en la cruz. Le envidio a este hombre el amor de esta mujer.

Estoy en un bar en Jerusalén, en la ciudad antigua, en la zona árabe, a pocos metros de la Puerta de Damasco. Estoy borracho, acodado en el bar, sumido en mis pensamientos. Un anciano palestino de barba y bigotes blancos se me acerca y me dice en inglés:

—Está usted muy solo.

— Así es.

— Tengo lo que usted necesita.

— No busco nada.

— Pero algo encontré.

— ¿Ah, sí?

— Una muchacha encantadora e inteligente que no será ningún problema para usted.

Abro los ojos para estar seguro de no encontrarme en medio de un ataque de *delirium tremens*. El viejo está serio. Digo:

— Viajo solo, sin compañía.

— ¿Cómo puede decir que no, si ni la ha visto siquiera?

— No tengo dinero suficiente.

— Tampoco le he dicho el precio.

— No creo que me interese.

— No lo puede saber aún. No se la he mostrado ni ha hablado con ella.

— ¿Y si yo no le gusto?

— Entre todos estos hombres, ella lo señaló a usted primero.

— ¿Qué relación tiene con ella?

— Soy su padre.

— ¿Por qué la vende así?

— Su vida corre peligro aquí. Necesita salir del país. Habla tres idiomas y estudió en la universidad. No será una carga para ningún hombre.

— No, gracias, no quiero problemas.

—Parecía usted más inteligente.

Y acto seguido el viejo se interna y se pierde entre los voluntarios que gritan entre las mesas diversos vocablos extranjeros de las múltiples lenguas de Europa. Una muchacha palestina de ojos negros, cejas espesas y arqueadas, busto prominente y caderas bien delineadas, se detiene frente a mí y me dice en un inglés londinense:

—Si te llevas a ti mismo, que es el peso más difícil de llevar, ¿por qué no has tenido el coraje de llevarme a mí?

No alcanzo a responder nada. Ella da media vuelta y sigue los pasos de su padre.

Salgo del bar y me hundo en la noche de Jerusalén. Sé, desde los primeros minutos, que la imagen de esa muchacha extraordinaria me acompañará el resto de mi vida.

Se llamaba Esther Sammet, tenía veintitrés años, el cabello de color castaño, largo y liso, los ojos cafés, los rasgos finos y el cuerpo delgado y ligero. Era conocida en el kibbutz con el apodo de «la Lisiada» porque los dedos de sus manos y de sus pies estaban recortados, deformes, como imperfectos embriones de carne que no hubieran alcanzado a desarrollarse. Eso le dificultaba acciones cotidianas elementales como peinarse, cepillarse los dientes o agarrar una taza de café. Era bella y monstruosa a un tiempo, una combinación fascinante.

Nos hicimos amigos en las primeras semanas. Esther era alemana, de Munich, y pertenecía a una congregación cristiana que procuraba ayudar a los ancianos, a los desvalidos y a los menesterosos. Estaba en Israel porque quería conocer los lugares donde se había cumplido la sagrada vida de Jesús. Le dije que fuéramos juntos a Jerusalén un fin de semana. Aceptó de inmediato y nos sentamos a planear los detalles y las minucias del viaje.

En efecto, dos semanas después nos hospedamos en el Hotel Faisal, en las afueras de la Puerta de Damasco. Dormíamos en camas separadas pero en la misma habitación. A la madrugada del segundo día escuché la voz del muecín llamando a los fieles a la oración. Los altavoces de la mezquita emitían con fuerza los cantos de esa voz grave y profunda. Me senté en la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó Esther con los párpados sellados por el sueño.

— Es el llamado a la oración.

— Qué voz tan bella.

— ¿Sabes que el muecín es ciego?

— No — dijo ella y abrió los ojos.

— En la mezquita te afecta el olor del incienso, las caricias de la alfombra en las plantas de tus pies, las invocaciones desde el alminar y las imágenes de la alquibla dorada al fondo de las columnas. Es una religión que apela a la sensibilidad de tu cuerpo, Alá te llega a través de tus sentidos.

— Nunca había pensado en eso.

Me acerqué a su cama y me senté junto a ella. Le acaricié su abundante cabellera. Me excité al imaginar que Esther había sido rechazada siempre por su defecto físico, que no había sido tocada, besada, y que quizás durante meses y años había deseado el cuerpo de un hombre junto al suyo. Me incliné y la besé en la boca. Se puso a temblar y me abrazó con pasión. No sé por qué cogí sus manos entre las mías y empecé a besar y a chupar sus dedos atroces y diminutos. Atrás, en la ciudad antigua, se escuchaba la perfecta voz del muecín. Esther prorrumpió en un llanto conmovedor. Sin dejar de pasar mi lengua por sus manos deformes, le dije:

— Eres muy linda.

— Desde que tengo doce años llevo viendo en sueños a un hombre que hace lo que exactamente estás haciendo tú ahora — comentó ella.

— No hay belleza exquisita sin rareza en las proporciones — dije yo citando una frase de uno de los cuentos de Poe.

— Estoy asustada.

— Tranquila — corrí la manta y descendí con mis besos hasta los dedos de los pies.

Esther no aguantó más y se lanzó sobre mí. Nos besamos y nos acariciamos con torpeza; tomé con agilidad un condón que llevaba en el bolsillo lateral de mi mochila, me lo puse y busqué su sexo con ansiedad y nerviosismo. Esther se pegó a

mí llorando de placer. En el momento de eyacular tuve una visión impresionante: estaba en un leprocomio en las afueras de una ciudad europea a finales del siglo XIX, y una mujer alta y majestuosa llamada Zarzara me decía con una voz sibilante y cadenciosa: «Bésame los muñones de las manos». Y yo me arrodillaba y ponía mis labios sobre su carne mutilada. Cuando volví en mí, Esther me preguntó:

—¿Quién es Zarzara?

—No lo sé —dije yo agotado y recostado aún sobre el cuerpo de mi amiga.

El canto del muecín se apagó.

En Israel no sentí la necesidad apremiante de escribir. Iban pasando los meses y lo que yo hacía era devorar libros de escritores que habían insistido en el tema de la memoria. Por aquel entonces me obsesionaba la forma como un artista rearmaba el rompecabezas del tiempo por medio del lenguaje escrito. Estudiaba una o dos horas diarias, tomaba notas, seguía teniendo conciencia de que estaba preparándome, sabía que la etapa de formación sería larga y dura, y que todo dependía de mi capacidad para asimilar la experiencia pacientemente y sin desesperarme. Ahora que pienso en ello me doy cuenta de que uno de los grandes errores de los prosistas jóvenes es éste: no esperar el paso del tiempo, no dejar transcurrir los años que maduran y fortalecen la narración. La mayoría de los libros de artistas jóvenes nos muestra una escritura de superficie, incapaz de ahondar en las escenas que relata, es una escritura que aún no ha sangrado, es un lenguaje al que no le han puesto las banderillas, verde, sin jugo ni sustancia. Hay páginas que son como ciertas muchachas impúberes a las que no les ha llegado todavía el magnífico estallido de la voluptuosidad.

Primero vive con intensidad y luego dedícate a reflexionar. La máxima antigua sigue siendo de una sabiduría exquisita.

En Grecia, en Roma o en cualquiera de las tribus primitivas, se respetó y se admiró la vejez de los guerreros. ¿Qué se puede esperar de una sociedad que hace a un lado la voz de la experiencia y que rinde un culto perverso a la apariencia lozana de la juventud? Respuesta: banalidad, trivialidad, inmadurez, falta de peso y de convicciones.

En el kibbutz me acerqué al viejo Moshé Bendar (el judío argentino que había tenido la gentileza de escribirme y de aceptarme en Mefalsim) y a la gigantesca biblioteca que llenaba las tres cuartas partes de su casa. Cada libro lo

comentábamos y lo discutíamos con pasión y vehemencia. Un día me preguntó:

—¿No has pensado en escribir?

—Sí, a veces.

—¿Y?

Busqué una respuesta honesta. No quería mentirle. Dije:

—Tengo por ahí un puñado de páginas. Las considero ejercicios.

—Qué les falta.

—Vida. No he vivido lo suficiente.

—Haces bien.

—¿Y tú? —decidí contraatacar.

—Qué.

—¿No has escrito un libro?

—Lo intenté, sí.

—¿Y qué pasó?

—No tengo talento.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenía que hacer un esfuerzo descomunal para lograr unas páginas agradables e interesantes para el lector. No fluía, eso era todo.

—Hay grandes escritores a los que les ha pasado lo mismo.

—Mi caso era el del típico joven sensible que tiene voluntad de ser escritor, pero que no lo es en realidad. Intenté equilibrar la falta de fluidez con técnica y destreza. Pero tú sabes bien que una cosa es manejar el pincel con habilidad y perfección, y otra cosa es ser pintor.

—¿Y no me dejarás leer nada tuyo?

—Lo rompí hace años.

—¿Por qué?

—Preferí hacer amistad con el silencio.

Esther y yo nos llevábamos cada vez mejor. Me gustaba su sexo velludo y protuberante, su forma de temblar cuando llegaba al orgasmo. Una noche pasamos su ropa y sus objetos personales a mi habitación, y comunicamos a las directivas del kibbutz que estábamos utilizando sólo un cuarto en la sección de voluntarios.

Su presencia regular y cotidiana me llenó de alegría. Esther era tímida, callada, les temía a las bromas y a los chistes de mal gusto que los demás pudieran hacer sobre su deformación física. Ese aislamiento había generado en ella una riqueza interior incalculable, una opulencia espiritual de la que yo me alimentaba con gula y glotonería.

Una imagen que no puedo olvidar: ella peinándose su larga y brillante cabellera. Sus dedos desfigurados y contrahechos agarran con torpeza el peine y el pequeño espejo. La bella y la bestia.

Mefalsim colindaba con la zona de Gaza, centro de los conflictos entre israelitas y palestinos por aquella época. Había tardes en que me acercaba a la frontera del kibbutz y observaba a las tropas judías patrullar el sector. De este lado, el tedio, el aburrimiento, el hastío. Allá, cruzando la cerca de alambre de púas, la guerra, el enfrentamiento diario por la vida. Entonces me preguntaba por qué no nos lanzamos de cabeza para encontrarnos con el riesgo cara a cara, por qué no nos arrojamamos en busca del peligro y la aventura, si al fin y al cabo no hay nada que perder. ¿De qué vivimos protegiéndonos con tanto celo? ¿Por qué vivimos bajo el imperio de una prudencia insulsa que nos impide coger la existencia por los cuernos? Tantos cuidados, tanta cautela y tanta medida, para terminar de todos modos metidos en un cajón de madera y enterrados varios metros bajo tierra, o cremados a altas temperaturas, como si hubiéramos llegado a los infiernos antes de lo previsto.

Una tarde, después de terminar nuestras obligaciones en el kibbutz, Esther me preguntó:

—¿Es cierto que tú eres escritor?

—Sí —contesté con naturalidad.

—¿Y dónde están los libros que has publicado?

—En las librerías de mi país, en las bibliotecas, donde suelen estar los libros.

—¿Y no tienes ejemplares contigo?

—Tenía, sí, pero los regalé en Tel Aviv.

—Quiero aprender español para leer tus libros.

—No vale la pena —dije con una sonrisa de superioridad, una sonrisa que parecía insinuar: «Sí, muñeca, pronto recibiré el Nobel pero no te preocupes, no me afectará, estoy preparado para ello».

—No seas modesto.

A partir de ese momento empecé a fingir que estaba trabajando en mi famoso libro sobre Israel. Esther creía que mis largas estadías en la casa de Moshé se debían a una escrupulosa y exhaustiva investigación sobre el tema. Mentira: pantomima, teatro, pura puesta en escena. La verdad era que se me iban las horas leyendo y estudiando a Borges, a Durrell, a Tournier, a Felisberto Hernández. Luego me quedaba tomando mate (se lo enviaban desde Argentina) con Moshé, y conversando sobre personajes y partes de novelas y de relatos que nos apasionaban a ambos. De esta forma se me iba el tiempo en lo que yo más disfrutaba: soñar, divagar, imaginar, recrear. Así fui aprendiendo que un escritor escribe no sólo cuando está escribiendo.

La rutina dentro del kibbutz creó una atmósfera asfixiante que se volvió insostenible para mí. Un día decidí que había llegado de nuevo el momento de partir. El destino: Eilat, al sur, en la costa del mar Rojo, cerca de la frontera con Egipto. Me habían dicho que era un lugar de recreo con un buen clima y playas limpias para bañarse y tomar el sol. Los hoteles contrataban extranjeros y pagaban buenos sueldos tanto en dólares como en shékels (la moneda nacional). Así que empaqué mi ropa y mis libros, y me despedí de Esther. Ella no cesaba de llorar.

—Gracias por todo —dije sin saber qué decir y dándome cuenta de que lo que estaba diciendo era una estupidez.

—Te amo —me abrazó y me llenó de besos.

—Te llamaré apenas consiga trabajo.

—Bueno.

—Tal vez quieras ir a Eilat a reunirme conmigo.

—Sabes que por mi defecto físico nadie me dará un empleo —dijo ella mirándose las manos.

No quise prolongar más la despedida. Le di un beso en la boca, me eché la mochila al hombro y le dije:

—No llores más.

—No te voy a volver a ver.

—No digas eso.

—Yo lo sé.

—Te llamo cuando llegue.

—Está bien.

Reuní un poco de ánimo y empecé a caminar. Su llanto iba creciendo a medida que yo me alejaba. Sentí de pronto que era la primera vez que yo le hacía daño a una mujer en el ámbito afectivo y sentimental.

Le escribí a Moshé varias cartas. A ella nunca la llamé.

Entré a trabajar en un hotel de Eilat en calidad de conserje. Sin embargo, tenía que colaborar en la limpieza de los baños, tendiendo las camas, barriendo y arreglando los trastos en la cocina del restaurante. No hay nada más desagradable que perder la vida en nimiedades, en cuestiones insignificantes que nos aplastan con su trivialidad irremediable.

A manera de contrapeso, como un antídoto contra esta sensación malsana y destructiva, saqué las hojas donde traía mis primeros relatos escritos en Bogotá, y empecé a corregirlos, a pulirlos y a completarlos para darle forma a un pequeño libro que algún día —esperaba— llegaría a manos de los lectores.

Una noche entró en mi habitación el administrador y vio las hojas desparramadas por el escritorio.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Estoy escribiendo.

—¿Qué escribes?

—Cartas.

—¿Para quién?

—Para mis padres.

—¿Tantas?

—Hace meses que no saben nada de mí.

Recogí las hojas y las oculté dentro de una carpeta, como quien esconde las evidencias de un crimen, como quien, asustado y culpable, camufla los documentos que revelan su envilecimiento, su bajeza y su constante inclinación al delito.

Estoy en el muelle contemplando el mar. Pienso en Crusoe, en Gordon Pym, en Ahab, en Nemo, en Lord Jim. «Vengo del mar y voy hacia el mar». Un pescador egipcio con un cinturón ribeteado de monedas de oro se hace a pocos metros de distancia y lanza al agua el anzuelo de su caña de pescar. En un inglés invadido de errores y con acento árabe, me dice:

—El mar es un espejo.

—Así es —afirmo sorprendido ante la agudeza de la frase.

Y recoge su caña de pescar y se va en busca de un lugar más propicio y acogedor. Lo veo con su cinturón de monedas brillando a la luz del sol y lo imagino como un Hermes comunicando los mensajes de los dioses.

Estoy detrás del escritorio de la recepción del hotel. Dos pelotones de soldados kurdos, mercenarios al servicio de las tropas israelíes, están abandonando el lugar y es mi obligación revisar las facturas y las cuentas pendientes. Todos

están a paz y salvo, excepto uno de ellos. Elevando la voz, digo el número de la habitación, como si se tratara de un código especial de identificación. Un hombre de estatura baja, macizo, de barba muy cerrada y ojos negros y profundos se planta frente a mí. Los otros salen hacia el camión militar que los espera en la calle.

—Dígame — me dice el soldado en inglés.

—Tengo una factura suya por cinco shékels.

—Yo no debo nada.

Le muestro el comprobante. El hombre insiste:

—Esto no es mío.

—Ahí está su firma y el número de su habitación.

—¿Cinco shékels de qué?

—Usted cenó anoche en el restaurante del hotel.

—Yo pagué en efectivo.

—Aquí dice lo contrario.

—Esto es un robo.

—Lo siento, tiene que pagar.

—No voy a pagar nada.

—¿Quiere que llame a los del restaurante?

—Llámelos.

Los dos jóvenes palestinos que sirven en el comedor se hacen presentes. El hombre los increpa apenas llegan:

—Ladrones de mierda.

Le digo con voz neutra, como si estuviera anunciando un examen médico en la sala de espera de un hospital:

—Por favor cálmese. No quiero problemas.

El tipo no dice nada. Les explico a los muchachos la situación. Ellos miran el recibo, señalan al hombre y afirman:

—Sí, él, comida, anoche.

—Yo pagué —grita el mercenario empezando a salirse de casillas.

Intento una comprobación elemental. Les digo a los dos jóvenes:

—¿Habitación catorce?

—Sí —responden a dúo.

—¿Él? —señalo al kurdo.

—Sí.

—¿Comió anoche?

—Sí.

—¿Qué comió?

—Falafel, tabule, arroz con lentejas, una cerveza —dice uno de los muchachos.

Miro al soldado.

—Sí, eso comí —dice él.

Vuelvo a dirigirme a los dos camareros:

—¿Él pagó en efectivo? ¿Billetes?

—No.

—¿No pagó?

—Él firmó —me explican los dos haciendo señas. Muestro la factura con un mamarracho en la esquina inferior derecha.

—¿Ésta es la firma de él?

Los jóvenes asienten. El tipo grita:

—Hijos de perra, yo no he firmado nada. Palestinos de mierda, árabes ladrones.

Sé que los muchachos pudieron haber hecho una jugarreta y haberse guardado los cinco shékels del militar kurdo. La otra posibilidad es que el hombre quiera pasarse de listo y largarse después de comer gratis y a nuestro nombre. Decido tomar partido por los adolescentes que me miran con miedo. Le informo al mercenario en el mismo tono frío y calculador:

—Si usted no paga tenemos que hacerlo nosotros. Nos descuentan de nuestro salario.

—Ése es su problema.

—No, el problema también es suyo. No lo puedo dejar ir y tengo que avisar a la policía.

—¿Me está amenazando?

—Es el procedimiento, eso es todo.

—Estos tipos me robaron el dinero.

—Yo les creo lo que ellos dicen.

—Hijo de puta.

—¿Cómo dice?

—Malnacido, ladrón.

—No tiene por qué insultarme.

—Usted está de acuerdo con ellos para robarme.

—Yo no le he robado nada.

El hombre saca de su bolsillo un billete de cinco shékels, se acerca al

escritorio y me refriega el dinero en el rostro. Siento el papel arrugado restregarse contra mi nariz y maltratarme los párpados y las pestañas.

— Extranjero hijo de puta.

Una nube de ira me impide ver lo que sucede a mi alrededor. El corazón me late deprisa y siento sus pulsaciones aceleradas en las sienes, como si tuviera bombas de tiempo en el cerebro. Salto por encima del escritorio y agarro la cara del kurdo a cabezazos. Luego vienen patadas, rodillazos y puñetazos. Es un ataque desaforado y demencial, sin orden alguno, completamente fuera de control. La rabia no me deja pensar ni razonar. Sólo quiero matar al individuo, ver su cadáver en el suelo y aullar sobre su pecho sangrante.

No siento los golpes recibidos, es como si estuviera anestesiado o mi cuerpo perteneciera a otra persona. Cuando los compañeros del soldado intervienen y se abalanzan sobre mí para controlarme, ya su amigo tiene un brazo roto, la nariz como una berenjena y los ojos amoratados. Su aspecto empeora por la sangre que mana a borbotones de los orificios de la nariz y de las heridas abiertas que tiene en los dos pómulos.

Llega la policía y me arrestan. Al mercenario lo conducen al hospital para curarle las heridas y enyesarle el brazo derecho. Sólo recuerdo la mirada atónita de los dos camareros palestinos cuando me introducen en el diminuto carro policial.

Resultado: una multa de trescientos dólares por lesiones personales y una cláusula que me obliga a salir del país al día siguiente y a no regresar durante los próximos seis meses.

Esa misma tarde, luego de cancelar en la comisaría los trescientos dólares, saco mi mochila del hotel y vagabundo por el centro de Eilat sin saber qué hacer. Me quedan ciento cincuenta dólares. Entro en una taberna y pido una cerveza. Me siento a una mesa de madera y no alcanzo a terminar el primer sorbo cuando dos hombres corpulentos se hacen frente a mí y me preguntan:

— ¿Eres el extranjero que peleó hoy con el soldado kurdo?

Imagino que son compatriotas suyos y que vienen a darme una lección. Cojo la botella de cerveza y me pongo de pie para defenderme.

— Somos amigos, tranquilo.

—¿Qué quieren?

Uno de ellos me tiende la mano y me dice:

—Soy el hermano mayor de Kamil, uno de los camareros del hotel. Él nos contó la forma como los defendiste. Vengo a darte las gracias.

Le estrecho la mano, pongo la botella de cerveza sobre la mesa y me siento de nuevo.

—No hay de qué —digo con resignación.

—¿Tienes problemas?

—Debo salir mañana del país.

—Puedo ayudarte.

—¿Cómo?

—Soy conductor de una caravana. Mañana partimos hacia El Cairo. Puedes viajar con nosotros.

—¿De verdad? —digo entusiasmado.

—Por supuesto.

—Me harías un gran favor.

—No es nada comparado con lo que hiciste por mi hermano.

Guardo silencio.

—Te espero en el mercado, a las tres de la madrugada. Tienes que ser puntual.

—Allí estaré. Gracias.

Nos volvemos a estrechar las manos y los dos hombres salen a la calle. Los observo a través de las ventanas de la taberna.

—Los mensajeros, otra vez —digo en voz baja.

Salimos del mercado a las tres y treinta de la mañana, y cruzamos la frontera hacia Taba, en Egipto, a las cuatro en punto. Los guardias revisan mi pasaporte y no me preguntan nada. Me colocan un sello de entrada y me advierten que a los tres meses debo avisar a las autoridades si pienso prolongar mi estadía en el país.

La caravana se dirige hacia El-Thamad. Voy en la parte delantera en un camello que sube y baja rítmicamente, haciéndome daño en la parte interna de las piernas y en los genitales. A mi lado está Mohamed, el hermano de Kamil, encargado de la seguridad y el bienestar de la caravana. A las siete de la mañana, mientras cruzamos el desierto de Tih, Mohamed detiene la marcha y me dice:

—Tenemos que parar.

—¿Por qué? —pregunto con curiosidad.

—Se acerca khamseen —me dice él señalando el horizonte.

—¿Qué es?

—El viento que viene del desierto. A veces alcanza cincuenta grados de temperatura. Tenemos que preparar las tiendas y esperar a que pase.

—Muy bien —afirmo y desciendo del camello con un dolor agudo taladrándome los muslos, las nalgas y los testículos.

En quince minutos la caravana monta las tiendas y se resguarda de la tormenta que se nos viene encima sin piedad alguna. El calor es insoportable y la arena se introduce en la boca, en las fosas nasales, en los oídos. No podemos abrir los ojos. Así duramos cinco horas sin movernos, respirando con trapos húmedos colocados sobre la nariz y manteniendo los párpados bien cerrados. Al mediodía salimos de las tiendas a tomar aire y el viento caliente aún recorre la zona hiriéndonos la piel e impidiendo que podamos abrir los ojos plenamente.

Seguimos hasta Nakh, y de allí nos dirigimos al pequeño poblado de El Qantara, donde llegamos a la medianoche y nos recostamos a descansar. Siento la garganta adolorida y las amígdalas inflamadas. Sé que tengo fiebre y maldigo la debilidad de mi cuerpo acostumbrado a las comodidades de la vida sedentaria y reposada. Mohamed se da cuenta de mi decaimiento y me pone su mano en la frente:

—Es el efecto de khamseen.

—Me duele la garganta.

—Tienes la fiebre muy alta.

—No tengo dinero para ir al hospital —digo con preocupación.

Él se sonríe.

—No es para tanto —me dice.

Y da unas órdenes en árabe para que uno de los hombres (un anciano con turbante rojo y bigotes blancos) me atienda. El viejo prepara una infusión de hierbas y me sirve la pócima en un tazón grande de cerámica negra. El efecto es inmediato: empiezo a sudar y una serie de alucinaciones cruza mi cerebro hasta dejarme rendido de cansancio y en medio de un sueño pesado y profundo.

Al día siguiente amanezco saludable y sin rastros de enfermedad. La caravana continúa su camino bordeando Zagazig hasta llegar a El Cairo. Le agradezco a Mohamed su gentileza y su generosidad, y nos despedimos abrazándonos como si fuéramos viejos amigos. De pronto me dice:

—Casi lo olvidaba.

—Qué.

Me entrega un sobre que lleva entre su túnica.

—Te lo envía Ramil.

Lo abro. Es un billete de cinco shékels.

—Es el dinero que le robó al soldado kurdo. Te manda decir que por favor lo perdones.

En El Cairo me embarqué hacia el sur en faluka, que es un tipo de embarcación de vela corta que recorre el Nilo con agilidad y destreza. Llegué hasta Beni Suef y allí me contrató el dueño de una barcaza de motor que transportaba turistas hasta Luxor y el templo de Karnak. Mi trabajo era atender a los pasajeros y limpiar el maderamen de la cubierta en cada una de las escalas. Luego crucé hacia el Valle de los Reyes y conseguí que un anciano me condujera por diez dólares hasta el monasterio de Al-Muharegh. Dos muías, unas cuantas viandas y diez litros

de agua fueron suficientes para arribar a nuestro objetivo: el magnífico templo que me había señalado Ismael en el mapa, una construcción grande, imponente, incrustada en la roca de una montaña para pasar desapercibida ante los ojos de los viajeros despistados. Cuando estuve frente a la primera hilera de columnas en piedra que recibían al visitante haciéndolo sentir diminuto e insignificante, una intensa emoción me recorrió la espina dorsal y me hizo temblar todo el cuerpo, como si una poderosa descarga eléctrica hubiera estallado dentro de mí.

Me sorprendió que el religioso que dirigía el monasterio estuviera enterado de mi identidad y de mi procedencia. Ismael había escrito varias cartas informando sobre nuestras prácticas y sobre los avances que yo iba logrando en los escabrosos terrenos de la videncia. Evidentemente, mi amigo estaba respetando los pasos introductorios necesarios para mi futura admisión en la comunidad de Al-Muharegh. En el mejor inglés que pude pronunciar, le expliqué al director el extraño asesinato de Ismael en Bogotá, y le mostré el mapa y las instrucciones que me había dejado él como único legado después de su muerte. El monje asintió y me dio la bienvenida. Con una dulzura desconcertante, me dijo:

—Aquí continuarás las prácticas en las que te inició nuestro amigo. Hay ochenta discípulos provenientes de los cinco continentes. Como en cualquier institución, hay unas reglas y una disciplina que debes respetar. Sé que tu estadía aquí será provechosa y fecunda. Ven, sígueme.

Y me mostró los talleres de trabajo (con eso se sostenía el monasterio), la cocina, el refectorio, los dormitorios, las aulas y los salones de estudio, la biblioteca y los campos traseros cultivados de vegetales y hortalizas. Finalmente me pasó su brazo por los hombros y me dijo:

—Este es tu nuevo hogar.

—Hace tiempo que no tengo uno.

—Lo sé —contestó el religioso con seguridad.

Estuve en el monasterio de Al-Muharegh durante dos años: de 1986 a 1988. Mis jornadas no eran nada fáciles. Comenzaban a las cuatro de la madrugada y terminaban a las ocho de la noche. Explicar mi aprendizaje en un par de líneas es imposible, pues alcancé a practicar en las cinco secciones que tenía el monasterio, y en cada una de ellas fui escalando posiciones lentamente, paso a paso, semana tras semana. Esas cinco dependencias, separadas unas de otras, y con maestros

especializados que se entregaban por completo a sus discípulos, eran: las salas para audiciones de música de percusión (sonidos de tambores, baquetas, palos de madera o de bambú, cencerros, varillas metálicas o de hueso, platillos o campanas cuyos compases podían durar hasta nueve o diez horas seguidas), los largos salones para las sesiones de danza continuada (extenuantes bailes y movimientos que nos dejaban empapados en sudor, sin aire, al borde del desmayo o del sueño), las aulas para las hambrunas y los ayunos prolongados (varios días sin probar bocado, practicando ejercicios de relajación suaves y muy lentos, bebiendo agua de jengibre, té negro y masticando con sumo cuidado escasos granos de arroz), los aposentos para la meditación silenciosa (en completa inmovilidad observando un punto fijo en la pared, callados, escuchando el viento del desierto y las inspiraciones y exhalaciones de nuestra rítmica respiración) y las habitaciones comunales que se utilizaban para la ingestión de tallos, flores, raíces, hojas, frutos o semillas que alteraban nuestra percepción (belladona, amapola, hongos, evónimo, gordolobo, cannabis sativa, beleño, dulcamara y muchas plantas más cuyos efectos íbamos aprendiendo a reconocer, controlar y utilizar para nuestro propio beneficio). El objetivo de las distintas prácticas siempre era el mismo: saber por experiencia propia que la videncia es un problema de ritmos, frecuencias, tonos y niveles de fuerzas que modifican el cuerpo, modificando simultáneamente su percepción del afuera, su entorno. Se trataba de entrar en trance y de romper así las coordenadas tradicionales del tiempo y del espacio.

Me entrené en convertir mi cuerpo en el termómetro de una realidad disonante cuyas fuerzas están en perpetuo movimiento. Fue un proceso de refinamiento sensorial, de estudio y experimentación con la máquina corporal. Produciendo nuevas funciones en los engranajes de nuestro cuerpo, en las palancas y en los interruptores, aparece, de pronto, una nueva realidad. Esto suprime la idea de una realidad fija, cierta, inmóvil, verdadera. Lo que hay es un estruendo de fuerzas recorriendo el mundo, y cada máquina de percepción (cada uno de nosotros), según sus programas y sus funciones, agrupa o disemina esas fuerzas, las resta, las suma o las multiplica, produciendo una determinada realidad. No una realidad dada, única, sino realidades individuales construidas por cuerpos atrofiados, dañados y atascados, o por cuerpos atentos, lúcidos y despiertos. Y «cuerpo» no es la antinomia de «alma», de «espíritu» o de «pensamiento», no. En contra del juego de oposiciones simples heredadas de la tradición, los religiosos de Al-Muharegh proponen un modelo de completudes indisolubles. El neófito se ejercita no en una razón clasificatoria y diseccionadora, sino en un pensamiento afectivo que emane del cuerpo. A lo largo de su práctica, el iniciado va encontrándose con un pensamiento que fluye en la medida en que fluye su cuerpo, un pensamiento que avanza en forma paralela a los sentidos, que

se genera en una hipermateria en velocidad, en una máquina de percepción potenciada al máximo.

Tengo de este lugar los más extraordinarios recuerdos. Desarrollé allí una descomunal potencia corporal, tanto física como psíquica, y al final de mi estadía comprendí que las palabras son puentes energéticos, enlaces, hilos invisibles que comunican las múltiples zonas de la realidad. Las palabras: vías de experimentación, túneles, rutas invisibles, vasos comunicantes, caminos para entrar o para salir del paraíso, mensajes, misivas, correspondencias, señales magníficas o intolerables. De allí en adelante supe que el arte se gestaba en el cuerpo, que nacía de nuestros nervios y nuestros músculos, y busqué a toda costa que detrás de mi escritura el lector sintiera el incontrolable temblor de mi mano, los ataques desaforados de una corporeidad afectada, los espasmos y las convulsiones de mi inestable sistema nervioso central. Mi escritura: moléculas y dendritas que buscan una palabra, microsismos corporales que se hacen literatura.

A mediados de 1988 regresé a Eilat sin contratiempos. La historia con el soldado kurdo parecía olvidada, pues la policía de fronteras no hizo ningún comentario al respecto ni trató de impedir mi entrada al país. La ciudad no me traía gratos recuerdos, así que tomé un autobús hacia Jerusalén y me hospedé en el viejo Hotel Faisal, donde el dueño reconoció mi rostro de inmediato y me dijo:

—Tengo guardado algo para ti.

—¿Para mí? —dije con asombro.

—Espera.

Fue hasta su habitación y volvió a los dos minutos con un paquete en la mano derecha.

—Te las guardé por si algún día volvía a verte.

—¿Qué es esto?

—Son cartas de Esther, la muchacha alemana con la que te hospedaste aquí, en el hotel.

—No entiendo.

—Te buscó en Eilat y en El Cairo, pero te habías esfumado sin dejar rastro. A

veces llamaba a preguntar si yo te había visto o si sabía alguna noticia tuya. No perdió la esperanza y durante un año te escribió aquí, al hotel, esperando que recogieras esta correspondencia. Me pidió el favor que la guardara por si un día aparecías de nuevo.

—¿Dónde está ella ahora?

—Regresó a Alemania.

Agarré el paquete. Me invadió una profunda melancolía.

—Era una persona muy especial —comentó el dueño.

—Sí —dije avergonzado, con tristeza, con culpa.

Él se dio cuenta de mi incomodidad y cambió de tema:

—¿Quieres la habitación de siempre, la del tercer piso?

—De eso quería hablarte. No traigo dinero suficiente. Mañana comienzo a conseguir empleo. ¿Puedo pagarte luego?

—Están necesitando voluntarios en el campo de refugiados de Ramalah. Una peste está acabando con la población. Pagan muy bien.

—¿Qué hay que hacer?

—Meter los cadáveres en bolsas de plástico y subirlos a los camiones de las Naciones Unidas. El trabajo es una mierda, pero pagan una fortuna.

—Necesito el dinero. Quiero regresar a mi país.

—Mañana te pongo en contacto.

—Gracias.

Subí a la habitación, me lavé las manos y la cara, y me recosté en la cama a leer las cartas de Esther. Apenas leí la primera me di cuenta de que no iba a ser capaz de leer las siguientes. Me faltaba aire, entereza, capacidad de aguante. La dulzura de Esther era superior a mis fuerzas. Salí a la calle, compré un encendedor y volví al cuarto con paso apresurado. Las quemé en el lavamanos, una por una, y

después de cada inmolación abría el grifo para que cayera el agua y desaparecieran las cenizas. Al final, agotado, como si hubiera corrido varios kilómetros, dije en voz alta:

—Lo siento, Esther. Yo no tengo tu grandeza.

Otra vez el canto del muecín llamando desde la mezquita a la oración, su voz deslizándose a todo lo largo de la ciudad antigua, su mensaje recordándoles a los creyentes las bondades y las virtudes de Alá, el Misericordioso. Abro la cortina y un amanecer espléndido se me echa encima con sus colores fabulosos, sus trazos delgados y suaves, y sus tenues luces reflejándose tímidamente en la cúpula dorada del Domo de la Roca.

Llegué a las nueve de la mañana a la oficina que contrataba voluntarios para trabajar en el campo de refugiados de Ramalah. Un inspector me interrogó protegido por un escritorio precario y en mal estado:

—Pasaporte, por favor.

Le entregué mi documento de identidad. Lo revisó unos minutos y escribió mis datos personales.

—¿Qué significa este sello especial?

—Tuve que salir del país.

—¿Lo expulsaron?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tuve una pelea con un soldado kurdo.

—¿Ha tenido otros conflictos con la policía?

—No.

—¿Tiene problemas de alcohol?

—No.

—¿Adicción a alguna droga?

—No.

—¿Ha tenido tratamiento psiquiátrico?

—No.

El funcionario anotaba mis respuestas en un formulario de hojas arrugadas.

—¿Sufre de depresiones o ataques de melancolía?

—¿A qué vienen estas preguntas? —dije molesto.

—Un campo de refugiados no es un sitio para cualquiera. Ha habido tres suicidios entre los voluntarios este mes. No nos hacemos responsables del efecto psicológico que le cause este trabajo —dijo el hombre con la voz fría, sin emoción, como si me estuviera comunicando el precio de un producto en la caja registradora de un supermercado.

—¿Qué más quiere saber? —dije con resignación.

—¿Sufre de estados de ánimo depresivos? —repitió el inspector.

—No.

—¿Ha intentado suicidarse en el pasado?

—No.

—¿Ha tenido problemas legales en su país?

—No.

—¿Tiene esposa e hijos?

—No.

—¿Pertenece a alguna organización especial?

—No.

—Desnúdese, por favor.

—¿Cómo?

—Es un examen médico de rutina.

Un doctor con bata blanca y estetoscopio entró a la oficina y me revisó en pocos minutos. Me preguntó:

—¿Esta cicatriz?

—Peritonitis —dije en castellano, sin saber que era la misma palabra en inglés.

—¿Hace poco?

—No, de niño.

—¿Ha sufrido de tuberculosis?

—No señor.

—¿Hepatitis?

—Sí señor.

—¿Se ha inyectado drogas?

—No señor.

—¿Relaciones homosexuales?

—No señor.

—¿Se ha hecho el examen de sida?

—No señor.

—¿Ha sufrido anorexia alguna vez?

—No señor.

—¿Enfermedades venéreas?

—No señor.

—¿Qué tipo de sangre es?

—«A» positivo.

—Muy bien, gracias.

Firmé un contrato, me entregaron un uniforme azul y unas botas militares, y subí a uno de los camiones de las Naciones Unidas que partía de inmediato con rumbo a Ramalah.

Durante el trayecto, no sospeché que el camino que recorríamos conducía al centro del infierno.

Los horrores de un campo de refugiados son inenarrables. No son terribles el hambre o las enfermedades que pululan a diestra y siniestra, las nubes de moscos e insectos que vuelan constantemente sobre los enfermos, el olor nauseabundo que se extiende por la atmósfera del lugar y que alcanza a sentirse varios kilómetros a la redonda o los colores fantasmagóricos e inverosímiles que produce la carne humana insana y putrefacta, no, lo doloroso no es eso, sino las imágenes de desolación, el desamparo, la desesperación que produce la separación y la muerte: el niño solo que llora su orfandad y su abandono, el joven que ora destrozado al lado del cadáver de su amante, la madre que camina enajenada con el hijo muerto entre sus brazos y que se niega a entregárselo a los voluntarios, el abuelo que mira el horizonte con los cuerpos de sus hijos y sus nietos desparramados a su alrededor. No es fácil contemplar semejantes escenas de demolición y catástrofe humanas, y continuar alimentando la creencia en un futuro mejor y más civilizado.

Evoco ahora la imagen de Michael, uno de los voluntarios, con un revólver en la mano, los ojos llorosos y la cara descompuesta, enfrentado al supervisor en la canícula del mediodía:

—No más.

—Tranquilízate, Michael.

—Se acabó esta mierda.

- Cálmate, por favor.
- Tengo que hacer algo.
- No vayas a hacer una locura.
- Llegó el momento de actuar.
- Baja el revólver, tranquilízate.

El supervisor llamó por radio a los guardias del campo y les advirtió que uno de los voluntarios, contra las reglas, estaba armado. Michael tragó saliva y se secó las lágrimas de sus ojos. Era un niño, no pasaba de los veinte años. Dijo:

- Voy a ayudarlos.

Y se lanzó sobre varios enfermos que agonizaban en las camillas y les disparó en la cabeza, como si estuviera rematando soldados heridos en las trincheras de un campo de batalla. Los guardias entraron en la tienda de campaña y lo abalearon sin piedad. Lo increíble es que a los tres segundos parecía que no hubiera pasado nada. Incluso varios de los enfermos que estaban allí no se percataron del trágico suceso. Era tan desproporcionada la hecatombe que nos rodeaba, que unas muertes más apenas llamaban la atención.

Tuve que recoger el cadáver de Michael, introducirlo en una de las bolsas negras, escribir su nombre en el rótulo externo y cerrar el sello de seguridad.

Una noche, en un bar de Jerusalén, en la ciudad antigua, una muchacha española me reconoció y se acercó a mí.

- Trabajamos juntos —me dijo en castellano.
- Sí, te he visto —le dije acodado en la barra del bar.
- ¿Bailamos? —me preguntó cogiéndome del brazo.

Me pareció una propuesta rápida y maravillosa.

- Bueno —contesté con una sonrisa.

Empezamos a bailar. Ella me abrazó con fuerza y pegó su cuerpo contra el

mío con deseo y con angustia contenida.

—Agárrame duro, macho. Necesito sentirte.

No era lujuria, sino una súplica al borde del llanto, era alguien que se apretaba contra mí para no caer en el abismo. Nos besamos con intensidad los labios, las mejillas y el cuello.

—Vamos al baño —me dijo con la voz apagada en un susurro.

Entramos al pequeño antro que tenía un retrete sucio en el centro y un lavamanos destartado en un rincón, y cerramos la puerta con llave. Hicimos el amor ansiosos, emocionados, llenos de culpa y de remordimiento. Ella repitió varias veces:

—Estoy viva, estoy viva.

Al final, subiéndome el pantalón y con el rostro sudoroso, le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Irene.

No nos dijimos más. Hay instantes de la vida en los cuales las palabras sobran, donde el lenguaje lo único que hace es entorpecer la perfección del silencio.

Luego nos encontramos en el campo de refugiados y nos miramos con complicidad, con afecto sincero, con gratitud. Nos gustaba trabajar juntos y solíamos cumplir con nuestros oficios el uno al lado del otro sin decirnos nada. El recuerdo de nuestros cuerpos encontrándose en la oscuridad era un amuleto contra la desesperanza y el abatimiento.

Un anciano de barba blanca está sentado, inmóvil, viendo el atardecer que ilumina el horizonte a lo lejos. Le pregunto si entiende algo de inglés y me dice que sí.

—¿Y su familia?

—No tengo.

—¿Su esposa?

— Está muerta.

— ¿Sus hijos?

— Acaban de llevárselos en bolsas de plástico.

— ¿Tenía nietos?

— Cuatro. Están agonizando en la enfermería.

— ¿Cuántos años tiene?

— Setenta.

— ¿Puedo hacer algo por usted?

— No.

— ¿Quiere enviar un mensaje a un pariente que viva por fuera del campo?

— No me queda nadie.

— ¿Y en qué está pensando?

— ¿Ve los colores del atardecer?

— Sí, claro.

— Me asombra tanta belleza en la mitad de tanta desgracia.

Nunca pude acostumbrarme a los cadáveres de los niños chocando de extremo a extremo entre las bolsas de plástico. Parecían fuera de contexto, en un mundo diseñado sólo para los adultos.

Los niños, siempre víctimas de la crueldad de los mayores.

Una tarde recordé la escena del aborto de Ana en Residencias Tokyo, y me sentí responsable por el destino miserable que había tenido ese cuerpecito indefenso dentro de una bolsa negra de basura. Y entonces, rendido de cansancio después de un día de trabajo, me dormí.

Soñé que estaba en una clínica en el piso de cuidados intensivos. En las

camas vecinas los demás enfermos eran visitados por sus familiares. Yo había envejecido soltero y sin hijos. Nadie se acordaba de mí. Yo pensaba: «Pero escribí varios libros y le dejé a mi país una herencia literaria. Eso también vale». El corazón se me detuvo, me faltó el aire y fallecí. Mi espíritu viajó hasta la entrada de un cementerio gigantesco. Todos los hombres de la familia me esperaban formando dos columnas para darme la bienvenida. Entré por el centro, internándome entre las dos filas masculinas con paso lento y pomposo. Me recibió mi abuelo sonriente, vestido de corbata, ceremonial. Me preguntó:

— ¿Cuántos hijos tuviste?

Dudé, me puse nervioso, y dije, orgulloso de mí:

— Escribí varios libros, abuelo.

— Sí, sí, bueno, ¿pero cuántos hijos tuviste?

— Le dejé varias obras literarias al país, abuelo.

— Eso está muy bien. ¿Pero cuántos hijos tuviste?

Bajé la cabeza, derrotado.

— Ninguno, abuelo.

— ¿Cómo?

— No tuve hijos.

— ¿Te dimos la vida y no la entendiste? ¿No la transmitiste? ¿No fuiste capaz de construir una esperanza para el mundo?

— No señor.

— Miserable, avaro, ignorante.

Me pateó, me abofeteó y me escupió. Empecé a caminar por entre las dos líneas de hombres, y mi padre y mi tío siguieron insultándome y golpeándome.

Me desperté sofocado, sudoroso, ahogado y con los ojos llenos de lágrimas.

En el Antiguo Testamento Dios es un tirano, hace y deshace a su antojo, amenaza, castiga, es un padre déspota y cruel. ¿Cuándo cambia de actitud? Cuando trae un hijo al mundo. Aun así, termina crucificándolo, sacrificándolo. «¿Padre, padre, por qué me has abandonado?».

Una noche entraron al Hotel Faisal en un operativo de seguridad y capturaron a siete palestinos pertenecientes a la OLP, entre ellos al dueño. Yo no estaba enterado de las actividades clandestinas de los huéspedes, y, como es de suponer, los encargados del allanamiento no creyeron una sola de mis explicaciones. Incluso mi pasaporte les pareció una mascarada, un camuflaje para pasar desapercibido y poder cumplir con mi trabajo terrorista con mayor efectividad.

—¿Colombiano? —dijo el soldado con mi pasaporte en la mano.

—Sí señor.

—¿Tafur?

—Ese es mi apellido, señor.

—Es un apellido árabe.

—Hay muchas familias de origen árabe en Latinoamérica.

—No soy idiota —miró a sus compañeros y ordenó—: ¡Llévenselo!

Intenté comunicarme con el consulado colombiano para avisar de mi situación, pero fue imposible: no contestaban el teléfono, luego la línea había sido cortada por falta de pago, y cuando por fin, a los cuatro días de estar recluido en una penitenciaría, pude comunicarme, una secretaria me dijo disgustada y de mal genio:

—Lo siento, señor, estamos de vacaciones.

Colgado de un lazo, con un arma apuntándome a la sien, soporté noche tras noche los largos interrogatorios que se llevaban a cabo en la celda subterránea donde me tenían prisionero. La luz del sol no se veía nunca, y en su reemplazo había un foco potente que mantenían encendido las veinticuatro horas del día. Durante los ocho días que estuve allí puse en práctica lo que había aprendido en el desierto egipcio, y llegó un momento en el que desconecté mi mente y la dejé viajar

libre e independiente por el país de las maravillas.

La noche en que nos sacaron a dos de los reclusos en un carro celular, pensé que nos llevaban a las montañas para fusilarnos. Me dije mentalmente: «Qué mierda, no hice nada con mi vida, no alcancé a escribir un solo libro que valiera la pena».

Pero no, no nos mataron. Nos arrojaron con nuestras pertenencias, nuestros pasaportes y nuestros dólares en un callejón vacío frente al casco antiguo de Jerusalén.

—Tienen plazo hasta mañana para salir del país —nos gritaron desde el camión.

Fui a Haifa y me embarqué con rumbo a Chipre en un pequeño carguero que llevaba turistas en unos cuantos camarotes que tenía vacíos en el segundo piso. Había ahorrado ya el dinero suficiente para regresar a mi país, y sentí que un ciclo de mi vida se había cerrado definitivamente.

En Chipre cambié de embarcación y me dirigí al puerto de Pireus, en Atenas. Recuerdo haber pensado: «Estoy navegando por el mar de Ulises, y yo también voy a Ítaca con la esperanza rota y el corazón destrozado».

Compré el primer tiquete aéreo que tuviera como destino final a Bogotá. En el avión iba nervioso, confundido, no sabía qué iba a hacer con mi vida de allí en adelante.

Llegué al aeropuerto El Dorado, descendí las escalerillas del avión, y pisé el suelo de mi país sintiéndolo tierra sagrada, territorio bendito y sacrosanto.

Nadie me esperaba, como siempre.

# CAPÍTULO V

SAMSARA O LA RUEDA DE LAS APARIENCIAS

El Agente Wendy estaba hace unos días recostado en un rincón de la celda, descansando tranquilo con la cabeza apoyada en la pared. Tenía fiebre, dolores en todo el cuerpo y una infección en la garganta aguda y constante. Le había contagiado la gripe sin querer, involuntariamente, puesto que en las últimas semanas había tenido que ingerir antibióticos y descongestionantes para contrarrestar un virus maligno que me postró en la cama y me impidió seguir escribiendo en mis pequeños cuadernos escolares.

Ya recuperado y convaleciente, pude dirigirme a él con la voz segura y cortante: —Lo he contagiado. Lo siento.

—No se preocupe —contestó él con los ojos cerrados, y enseguida pasó a comentar—: Lo he visto nervioso y malencarado. ¿Es porque no pudo escribir durante tantos días?

—Necesito continuar.

—Pero usted ya sabe lo que pasó, ya conoce el final; puede descansar un tiempo y no sucede nada.

—Escribir se vuelve tan importante como respirar. Es un ritmo del espíritu, una cuestión de vida o muerte.

—Me parece exagerado. Además, nadie lo va a leer, qué importa cuándo termine de contar su historia.

—Desde afuera se ve así, sí.

—Pero ya está escribiendo otra vez.

—Acabo de rematar el cuarto capítulo.

—¿Está satisfecho?

—Creo que sí.

Abrió los ojos y decidí atacarlo por los costados, con suavidad, sin mucha determinación: —¿No se aburre sin hacer nada?

—Pronto saldré de aquí.

—¿Su abogado lo va a sacar?

—No, me iré por mi cuenta.

—¿Piensa fugarse?

—Tengo un plan.

—¿Y si lo agarran?

—No fallaré.

—¿Quiere salir a vengarse de alguien?

—Estoy aquí por haberme vengado. Quiero desaparecer, nada más.

—¿Mató a alguien?

El Agente Wendy entrecerró los ojos, respiró hondo y dijo: —Eliminé a varios agentes de antinarcóticos que trabajaban por debajo de cuerda para los carteles de la droga, agentes sucios, traidores, soplones. Los fui cazando uno a uno, como conejos, y no dejé huellas ni pruebas.

—¿Y entonces por qué está aquí?

—Me traicionaron mis jefes. Los compraron.

—¿Primero lo utilizaron y después lo entregaron?

—El poder de los carteles es incalculable.

Afilé los cuchillos y me le fui encima: —¿Por qué intentó suicidarse?

—Estaba desesperado.

—¿Por qué?

—Sedujeron a mi mujer, la compraron, como hacen con todo el mundo.

—¿Cómo lo sabe?

—Se fue a vivir a Miami con uno de los duros. Apartamento junto al mar,

yate, dólares, ropa de marca, buena vida —el hombre hablaba con una tristeza que me enterneció, como si estuviera en una funeraria velando el cadáver de su esposa.

—¿Tuvo hijos?

—No, menos mal.

—Hay más mujeres, no es la única.

—Estoy cansado. He luchado sin saber lo que estaba haciendo, en vano, y no he logrado nada, tengo las manos vacías. Mi único tesoro era el amor de mi mujer, y lo perdí.

—Reinicie su vida, vuelva a construirla.

—Dejemos los sermones para otro día.

No quiso seguir hablando y tuve que respetar su silencio. Esa misma noche se desnudó por completo y se acostó boca arriba en el piso de cemento. La tos empezó a apoderarse de él poco a poco. La fiebre lo hacía ver alucinaciones y el cuerpo le temblaba de la cabeza a los pies. Comprendí cuál era el plan de fuga.

A la madrugada intenté arrojarle un salvavidas: —¿Quiere que llame al guardia para que lo lleven a la enfermería?

—Déjeme partir, por favor —dijo él en medio de la tos y los escalofríos.

No insistí. Tenía derecho a retirarse de esta farsa de mal gusto cuando le diera la gana. No había que hacer mucho esfuerzo para comprenderlo.

Agonizó tres días. El Agente Wendy no comió, casi no durmió, y cuando los guardias se percataron del estado lamentable de mi compañero, ya era tarde. Llegó a la enfermería hecho una miseria y murió pocas horas más tarde. El médico se enfureció y pidió hablar conmigo. Me llevaron a su consultorio, en un extremo de la cárcel.

—¿Por qué dejó morir a ese hombre sin ayudarlo? —me dijo el galeno en un tono agresivo y lleno de ira.

Decidí replicar de frente, sin rodeos, sin preámbulos ni introducciones: —¿Le gusta salvar gente para sentirse bueno? ¿Quién diablos se cree que es usted, el

hombre de ciencia que ayuda a sus congéneres, el humanista cristiano y caritativo que redime a sus enfermos? Déjese de payasadas, cabrón. El tipo quería largarse y lo hizo sin consultarle. ¿Es eso lo que le molesta? ¿Que se le haya escapado sin avisarle?

—No me gusta ver morir a alguien de esa manera —dijo el médico con la voz apacible, serena, sin rabia.

—Uno no se muere como quiere, sino como puede —dije en forma de sentencia, y di por terminada la conversación.

Me trajeron de nuevo a mi celda, a mis cuadernos y a mis lápices. No dejo de pensar que yo le transmití al Agente Wendy el virus que le otorgó la muerte. En el fondo es como si lo hubiera estrangulado con mis propias manos.

Cuando llegué a Bogotá, una grata sorpresa fue comprobar que mis finanzas estaban en buen estado. Los certificados de depósito a término fijo (que se renovaban automáticamente) habían producido unos jugosos intereses, y eso representaba para mí seguridad y tranquilidad económicas.

Alquilé un apartamento modesto en Teusaquillo, en una zona residencial del centro de la ciudad, y compré dos o tres muebles para iniciar la colonización del lugar. Los grandes ventanales de la sala-comedor permitían la entrada de intensos rayos de luz que impedían la penumbra y la oscuridad características de sitios estrechos y depresivos. En términos generales era una morada agradable y acogedora donde pensaba encerrarme a escribir (¡al fin!) semanas y meses enteros.

En una primera etapa repetí el ritmo de vida que llevaba antes del viaje: soledad, encierro, largas caminatas por las calles céntricas, por plazas y parques públicos, burdeles, libros y largas sesiones de ejercicio físico para mantener el cuerpo atento y bien tonificado. Creo que por aquel entonces, de manera inconsciente, estaba yo buscando la presencia de Ismael, haciendo contacto con su recuerdo, como si pudiera revivirlo repitiendo actos y rutinas que solíamos compartir juntos. Pero ya nada era lo mismo: la ciudad había cambiado (estaba más caótica, más desordenada, más peligrosa), yo había envejecido, las experiencias adversas habían endurecido varias zonas de mi interioridad, y la verdad era que Ismael estaba ahora bien muerto y enterrado bajo tierra. Era mejor decirse las cosas tal como eran. El tiempo había seguido su curso implacable y era bueno darse cuenta de ello y aceptarlo sin quejas ni lamentos. No podía seguir estancado, quieto, como si nada hubiera sucedido. Había que lanzarse hacia el futuro y dejar de mirar hacia atrás con tanta nostalgia, con tantas ganas de resucitar un pasado inexistente. El exceso de memoria impide vivir hacia adelante.

Lo primero que me propuse fue terminar ese primer librito de cuentos que venía corrigiendo hacía años. Quería emprender un nuevo proyecto, y para hacerlo era preciso concluir lo que ya había iniciado. Cuando sentí que estaba en su punto lo publiqué con mis propios fondos, y alcancé con él una mediocre e invisible notoriedad. Lo leyeron dos o tres especialistas, un puñado de lectores curiosos y estudiosos de la literatura nacional, y un par de críticos que lo comentaron si no con entusiasmo, al menos con neutralidad.

Me lancé de cabeza, entonces, en el segundo libro. Mientras avanzaba en él, noté que ya escribía pensando en un lector ideal, ya no eran palabras solitarias y sin rumbo, sino que iban dirigidas a alguien, eran botellas al mar esperando el milagro de la lectura. Ese lector hipotético no tenía rostro, ni sexo, ni clase social determinada. Pero yo escribía para él, yo sabía que él, tarde o temprano, me entendería y aprobaría mi trabajo. No sé por qué sentía la necesidad de una compañía literaria, y en cierta medida ese lector que yo imaginaba era mi amigo, mi cómplice, mi estímulo para seguir escribiendo.

El segundo libro me condujo a la necesidad de escribir un tercer texto, como una especie de díptico, de espejo y de complemento. Invertí cerca de cinco años terminando las dos obras.

Un acontecimiento que iluminó mi soledad por aquellos días fue el hecho de tropezarme en un cabaret con una mulata llamada Fernanda. Era una mujer callada, de pocas palabras, con quien entablé una sincera amistad que con el paso de las semanas y los meses se convirtió en un amor desinteresado y solidario. Pero mi obsesión por la escritura era de tal magnitud que decidí abandonarla para dedicarme de tiempo completo a la construcción de una obra literaria.

Fue una época de aislamiento absoluto y de reflexión, me sumergí en las profundidades de mí mismo y de una realidad inmediata que me abrumaba con su crueldad y su injusticia. La generación de los noventa había llevado al extremo las propuestas del neoliberalismo incipiente de la generación anterior, y esta actitud se tradujo en la búsqueda de una limpieza y una asepsia (la pobreza era sucia y desagradable) segregacionistas. Las clases poderosas no querían ver mugre ni miseria, y como no podían encontrar soluciones acertadas y justas, se dedicaron a ocultar, a negar y a expulsar a las favelas y a los barrios de invasión el alto porcentaje de humildes y zarrapastrosos que intentaba vivir en las grandes ciudades.

Yo quería ir definiendo un concepto de belleza que pasara por esa hecatombe social, que aprehendiera el caos y la inestabilidad, una belleza dolorosa, molesta, difícil.

Al término de los cinco años, envié mis libros a las editoriales con el sueño de verlos en las librerías bien distribuidos y anunciados. No recibí ninguna respuesta. Tres meses más tarde me dediqué a averiguar qué había sido de ellos. Llamé por teléfono y me colgaban el aparato o me dejaban esperando en la línea durante quince o veinte minutos sin darme ninguna solución, sin encontrar mi

nombre ni mis libros, sin explicaciones, sin nada. Decidí ir personalmente a las editoriales: no logré pasar de la recepción, me tiraron las puertas en las narices, y en más de una oportunidad me sacaron a la calle con los guardias de seguridad custodiándome la espalda. No había manera de saber si las editoriales leían los libros o no, y si los leían, qué pensaban de ellos, qué opinaban, por qué los publicaban o los arrojaban a la basura.

Recuerdo que una mañana, en la sede de una editorial de gran prestigio y renombre, me acerqué a la recepcionista para preguntarle cuál era la dependencia indicada para investigar acerca de mis manuscritos. Era el día de pago a los proveedores, y una fila de mensajeros con los cascos de sus motocicletas en la mano, empezó a quejarse y a alegar:

—Hey, hermano, haga la fila.

—¿Tiene corona el princesito, o qué?

—¿Es hijo del dueño?

Los mensajeros iban subiendo el tono de la voz y la gravedad de los insultos. La recepcionista, sin dejarme pronunciar una sola palabra, me dijo:

—Haga la fila, por favor.

No tuve más remedio que ir al último puesto, detrás de trece o quince mensajeros enfurecidos. Una hora más tarde logré llegar al escritorio y, con la mejor de mis sonrisas, le dije a la muchacha que atendía:

—Soy escritor. Vengo a preguntar por mis libros.

Con amabilidad y cortesía, sonriente también, me respondió la joven:

—Hoy es el día de pago a los proveedores. Estamos ocupados.

—He llamado varias veces por teléfono y me cuelgan o me dejan esperando en la línea.

—Lo siento, hoy es día de pago —repitió la chica.

—No puedo volver otro día —dije desesperado.

Los mensajeros que estaban detrás de mí empezaron a ponerse nerviosos:

—Moviendo el trasero, maestro —gritó uno.

—Moviéndolo, moviéndolo —dijeron otros a manera de coro.

—A llorar en otra ventana, Romeo —comentó uno de los motociclistas con lentes aerodinámicos y chaleco fosforescente en el pecho.

Puse mis manos en el escritorio e incliné mi cuerpo hacia la recepcionista:

—Escúcheme bien, no pienso irme de aquí hasta no saber qué pasó con mis libros.

Resignada, incómoda, preguntó la joven:

—¿Cómo es su apellido?

—Tafur.

—¿Usted es escritor de qué?

—De novelas.

—Espere, por favor.

Marcó un número interno. Alguien contestó al otro lado de la línea.

—¿Olguita? Quiubo, con Ana María... Huy, sí, tenaz, esto está lleno de escarabajos con cascos y uniformes... ¿Sí? ¿La invitó? Dígale que sí, hermana, ese tipo está buenísimo, tiene un carro divino y se nota que se gana un sueldazo...

—Señorita, por favor —dije indignado.

—Luego me cuentas, Olguita... Mira, es que tengo aquí a un señor que dice que él es escritor... Tafur... Sí, con «f» de «fornicar»... ¿No?... —se dirigió a mí—: No señor, no aparece nada registrado.

—No puede ser. Entregué dos novelas hace tres meses.

—Dice que entregó dos novelas hace tres meses, Olguita... Sí, fresca, yo le explico... Listo, chao mamita, nos vemos para almorzar... —colgó y me miró con

cara de desprecio—. Lo siento, señor Tafur, no hay ningún libro suyo registrado.

—Eso es imposible.

—No puedo hacer más.

La fila siguió protestando:

—¿Cuándo se van a casar?

—Elijan la iglesia otro día.

Me puse rojo de la ira y grité:

—¡Esto es el colmo!

—Señor, tengo mucho trabajo, por favor déjeme atender a los demás.

—¡No pueden tratar a los escritores así! ¡Es indignante!

—Si no se retira tendré que llamar a los celadores —me dijo la recepcionista amenazante.

Una voz, entusiasmada, dijo desde el fondo:

—Eso, muñeca, ¡échele los perros!

Seguí gritando:

—Haga lo que le dé la gana, de aquí no me muevo.

La muchacha llamó en efecto a los de seguridad, y dos hombres se presentaron con los rostros sudorosos y el ceño fruncido. Decidí armar la grande y meterme a trompadas con los dos sabuesos. Tomé posición. Los motociclistas, felices por el espectáculo gratis y poniéndose de repente de mi bando, gritaban:

—¡Vamos, Rambo, machácalos!

—¡Una patada voladora, Pequeño Saltamontes!

—¡Desnúcalos, Terminator!

Los dos hombres se limitaron a desenfundar sus revólveres, me encañonaron y me pusieron de patitas en la calle.

—Si sigue jodiendo llamamos a la policía para que lo arresten setenta y dos horas —me dijeron desde la puerta de entrada de la editorial.

No pude hacer nada distinto que largarme con las manos entre los bolsillos, humillado y con el ego del tamaño de una alcaparra.

Por la misma época me encontré en la Librería Buchholz de la calle Cincuenta y Nueve con la carrera Trece, con uno de los lectores de mi primer libro de cuentos. Era un hombre elegante y distinguido, pretencioso, un poco afectado para mi gusto, y con esa típica seguridad que les otorga el dinero a los ricos. Me reconoció, me saludó, y luego, con gestos amanerados y corteses, me invitó a una fiesta:

—Vaya usted, no se aburrirá, se lo aseguro. Van a ir muchos artistas y escritores.

—Muchas gracias.

Anotó la dirección y el teléfono en una tarjeta suya de presentación, y me la entregó con una sonrisa falsa, un movimiento de los labios como de máscara de comedia antigua:

—Nos vemos el viernes. Hablaremos de su libro, seguro.

Volví a agradecerle y me despedí.

La verdad es que no pensaba asistir a la reunión. Pero luego me dije: «Estás muy solo, muy aislado. Estás lleno de prejuicios contra todo el mundo. Tal vez te venga bien conversar un rato y tomarte unos tragos. Tienes que aprender a relajarte, muchacho, estás muy tenso».

Con argumentos similares terminé convenciéndome de las ventajas de reunirme con intelectuales y artistas a dialogar y a compartir experiencias e ideas. Me vestí con un pantalón deportivo, un buzo de cuello tortuga y unos zapatos de cuero cómodos y ligeros. Cuando llegué en un taxi frente a la casa donde se llevaba a cabo la fiesta, me sorprendí al ver tantos automóviles blindados, tantos conductores esperando medio dormidos frente a los volantes y tantos guardaespaldas con pistolas y metralletas custodiando los alrededores. Parecía un

encuentro de mañosos y organizaciones delictivas.

Mi vestimenta era un desastre. Los hombres estaban de esmoquin y las mujeres lucían espléndidos trajes de noche adornados con joyas preciosas, pulseras, collares y brazaletes que resplandecían ante las luces de las lámparas de Baccarat que colgaban del techo. Los meseros no me determinaban. Como era apenas lógico, yo me movía de un lado a otro sin hallar una sola cara conocida, sin saber qué hacer ni cómo comportarme, como si fuera un acordeonista caribeño perdido en la mitad de una celebración budista en un templo sagrado del Tibet.

Una señora bastante ebria se me acercó de repente y me dijo:

—¿Qué hace usted?

—Buenas noches, soy escritor.

—Otro intelectual, qué pereza.

—¿Cómo dice?

—Estoy aburrida de los estudiosos. La cultura no está de moda. Fíjese, jovencito, tanta gente con postgrados y doctorados que está desempleada demuestra que estudiar no sirve para nada. Hasta luego.

Y me dejó plantado, sin poder responder ni decir nada. Escuché que a mi lado un hombre joven comentaba:

—Tengo una revista de literatura para atacar a los escritores jóvenes colombianos. Son todos una porquería, no tienen la talla ni la jerarquía que hay en otros países. Hasta en eso seguimos siendo subdesarrollados y tercermundistas.

Seguí caminando. Reconocí a varios periodistas, a intelectuales activos en los medios de comunicación, a políticos famosos y a actores de la televisión. Otra mujer, vieja y tambaleante como consecuencia de la borrachera, me detuvo poniendo una de sus manos en mi hombro:

—Hola, muñeco.

—Buenas noches.

—¿A qué te dedicas, cariño?

—Soy escritor.

—¿A qué círculo perteneces?

—A ninguno.

—¿Pero quién te patrocina?

—Nadie, señora.

—¿Vas por ahí solito, haciéndote el héroe?

—Acabo de entregar dos novelas a las editoriales.

—¿Quién te las presentó?

—Lo hice yo solo.

—Mira, deja de ser bobito. ¿Quieres ser reconocido? Haz contactos, relaciónate bien, cuida tu imagen. Necesitas más roce social. De lo contrario nadie te leerá, cariño.

Como en la breve charla con la otra mujer, no supe qué contestar. Mi interlocutora me estampó un beso en la mejilla y siguió su paseo vacilante por entre los invitados.

Media hora más tarde, en unas bandejas de plata con cucharillas del mismo material en las esquinas, unos meseros bien vestidos empezaron a distribuir cocaína y diminutas pastillas de estimulantes. La multitud aplaudió eufórica y agradecida, y hombres y mujeres se lanzaron sobre las bandejas haciendo chistes y bromeando entre ellos.

Salí a la calle, atravesé los cordones de seguridad de los guardaespaldas y caminé apresuradamente sin saber adonde me dirigía. Al cruzar un parque de un barrio residencial sentí mareo, me apoyé en un árbol para no caer, y vomité sintiendo que todo lo que llevaba dentro era expulsado por la boca.

Mi estado de ánimo iba de mal en peor. Empecé a aficionarme al alcohol, a beber en la amarga soledad que me atormentaba, a sentir que las botellas de ginebra, de whisky o de ron eran amigas comprensivas y amorosas que deseaban impulsarme y revivirme. Como si esto fuera poco, mis horarios de sueño entraron en un desorden incontrolable: dormía de las once de la noche a las dos de la mañana. Me levantaba, leía y tomaba notas hasta las seis o siete. Desayunaba y volvía a dormir hasta las diez u once. Cumplía con las operaciones bancarias, los trámites de pago de servicios y seguro médico, cancelación de la cuota de administración del edificio, llamadas a editoriales con la esperanza de obtener alguna respuesta sobre mis libros, y, si no tenía que cumplir con ninguna obligación pendiente, me dirigía a la Biblioteca Luis Ángel Arango a estudiar hasta las tres o tres y media de la tarde. Almorzaba y regresaba al apartamento a dormir una o dos horas más. Luego caminaba por la ciudad con las manos entre los bolsillos, observaba a los transeúntes pasar, veía mi imagen en las vitrinas de tiendas y almacenes, y al caer la noche, cuando la luz tenue quedaba justo en la mitad entre el día y las tinieblas, en el instante exacto de ese claroscuro prodigioso que abría un umbral temporal en la inmensidad del firmamento, sentía entonces un deseo urgente de beberme una copa de licor en el primer bar que estuviera en mi camino. Era una necesidad física que no daba espera, como el hambre, el sueño o las ganas de orinar. Mi voluntad se veía sometida y dominada, no podía luchar o impedir que yo me sentara en la barra del primer establecimiento que encontrara abierto, y que ordenara una ginebra o un whisky. Llegué al punto de argumentar idioteces para justificarme: «Pero unas copas, ¿qué más da? No le estoy haciendo daño a nadie, no estoy atracando un banco o asesinando rehenes indefensos. No exageremos. Tampoco me estoy arruinando o gastando una fortuna. Son unos tragos y nada más». Y como todo individuo alcoholizado que está hundido en los monólogos balbuceantes de su soledad, me dije a mí mismo que todo iba bien, que no estaba pasando nada grave, que la vida iba siguiendo su marcha sin alteraciones irreparables. Mentira. Estaba atrapado, enjaulado, y la salida no se veía por ninguna parte. Lo más doloroso de este estado era que había arrojado a la basura todas las enseñanzas que me habían transmitido en Al-Muharegh. Un lapso de pocos años había sido suficiente para derrotarme y vencerme. La verdad era que yo no era tan fuerte como creía. No sólo estaba perdiendo la pelea, sino que me estaba regodeando en la paliza que el contrincante me propinaba en cada una de las esquinas del cuadrilátero.

Dos encuentros ocurrieron por aquella época. El primero de ellos me dejó frío, muerto de miedo, y necesité varios segundos para recobrar me y tranquilizarme. Estaba haciendo algunas compras en el supermercado y divisé en uno de los corredores la imagen de una mujer rubia y de ojos grandes que arrastraba su carro metálico con parsimonia y despreocupación. Era Mariana, mi antigua profesora de literatura. Di tres o cuatro pasos hacia ella y me detuve. Ella me observó con detenimiento y el rostro se le iluminó de alegría.

—¡Tafur!

—Hola, Mariana.

—Qué bueno verte.

—¿Cómo estás?

—Estuve preguntando el otro día por ti. Me tropecé con unos viejos compañeros tuyos del colegio. Me dijeron que nadie sabía dónde estabas.

—Aquí estoy —dije sonriéndome.

Ya de cerca pude notar que Mariana había engordado por lo menos diez kilos por encima del peso que tenía cuando trabajaba en el colegio. Una barriga fofa y caída le curvaba la parte baja del abdomen. Varias arrugas se insinuaban tímidamente alrededor de la boca y de los ojos.

—Me enteré de que tus padres habían muerto en un accidente.

—Hace años, sí.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—Pero cuéntame de ti.

—No hay mucho que decir.

—¿Estudiaste literatura?

—Sí, pero me retiré.

—¿Por qué?

—Me aburrí de los profesores. Preferí seguir solo.

—¿Te pasaste a otra carrera?

—No.

—¿Entonces?

—Me dediqué a viajar y a escribir.

—¿Dónde estuviste?

—En el Medio Oriente.

—¿Haciendo qué?

—Trabajando aquí y allá.

—Ven, acompáñame a hacer mercado y mientras tanto vamos hablando.

Cogí el carrito metálico y empecé a caminar. Mariana iba metiendo en él los víveres que necesitaba para aprovisionar su alacena. Seguimos conversando.

—¿Y has publicado algo? —me preguntó.

—Un libro de cuentos.

—No me enteré.

—Se distribuyó muy mal.

—¿En qué estás ahora?

—Acabo de terminar un par de novelas.

—¿Ya sabes dónde las vas a publicar?

—En eso estoy.

—¿Y te casaste?

—No.

—¿Hijos?

—Tampoco.

—Sigues tan solo como siempre.

—Ajá.

Dimos la vuelta.

—¿Y tú? —pregunté.

—¿Yo?

—A qué te has dedicado todos estos años.

—Me casé, tengo tres hijos y un hogar maravilloso.

—Qué bien.

—Nos queremos mucho con mi esposo.

—¿Sigues dando clases de literatura?

—No, me tocó dedicarme a los niños. Tú sabes que ellos necesitan tiempo completo. Pero vale la pena el sacrificio, los ves crecer y te parece mentira que se vayan convirtiendo en pequeñas personitas.

—Claro.

—Mi esposo dice que ese proceso es un milagro.

—¿Qué hace él?

—Es economista. Trabaja en una corporación de ahorro y vivienda.

Llegamos al final del último corredor.

—Bueno, Mariana, aquí me despido.

—¿Estás ocupado hoy?

—Por qué.

—No sé, pensé que de pronto podrías venir a almorzar a casa. Mi esposo estará encantado de conocerte. Le he hablado muchas veces de ti.

Me imaginé la escena: un ejecutivo que había reducido el mundo a su oficina, a balances, cuentas, inversiones, depósitos e intereses, mirándome de reojo, sospechando de mí, intentando darme una cátedra de realismo y vida práctica, para que le quedara claro a Mariana que ese mundillo del arte y la literatura no era más que un pretexto de unos cuantos vagos para no madurar y no ser útiles a la sociedad.

—No, Mariana, gracias, tengo una cita en una editorial más tarde.

—Qué lástima.

—Otro día será.

—Espera te copio mi número.

Sacó una tarjeta, anotó en ella su número de teléfono y me la entregó.

—Llámame cuando quieras y nos vemos.

—Adiós, Mariana —me incliné y le di un beso en su mejilla izquierda.

—Hasta luego.

Salí del supermercado y tiré la tarjeta a una caneca pública que colgaba de un poste de la luz.

El segundo encuentro no puede ser calificado en realidad como tal. Se trató más bien de espionaje, de seguimiento, de una pesquisa irregular a lo largo de varias horas y en diferentes sitios de la ciudad.

Resulta que, caminando por la calle Diecinueve con carrera Séptima, me detuve en el Ramsés, un restaurante de comida árabe, y me quedé en la barra saboreando un sánduche de falafel y un pastel de almendras. De pronto reconocí el rostro delicado y lampiño de uno de los transeúntes: el padre Alberto. Pagué la

cuenta y salí a la calle con rapidez para alcanzarlo. Caminaba por la calzada oriental hacia el sur, sin mirar a los costados, concentrado en un punto fijo, como si estuviera revisando y rumiando mentalmente sus ideas o sus recuerdos. No había engordado ni su rostro se veía maltratado por el paso de los años. Mantenía al caminar un paso ágil y juvenil.

Unas veinte calles más allá, en el barrio Las Cruces, el padre Alberto se detuvo en una gigantesca bodega que había sido adaptada para cumplir las funciones de iglesia y punto de encuentro de los integrantes de una secta religiosa desconocida. Habían construido una tarima de madera y alrededor estaban distribuidas varias líneas de asientos de plástico para los feligreses. Me dije a mí mismo: «Lo expulsaron de la Iglesia católica y ahora viene aquí a buscar sus muchachitos». Un portero lo saludó con respeto: —Buenas tardes, pastor.

Entré detrás de él y me senté al fondo, en la última fila, muy cerca de un obrero anciano y humilde que tenía entre sus manos una Biblia descuadernada. El viejo me vio solo, sin saber cómo comportarme, y descubrió que era la primera vez que asistía al lugar.

—¿No había venido nunca?

—No señor.

—Bienvenido a la casa de Dios.

—Gracias.

Aproveché para averiguar algunos datos sobre el padre Alberto.

—¿Hace mucho funciona la iglesia? —pregunté.

—Unos diez años, más o menos.

—¿Cuánta gente asiste?

—Al comienzo no éramos muchos, pero ahora sí. Vamos a tener que conseguir un sitio más grande.

—Quiero escuchar al pastor.

—Es el mejor.

—¿Sí? —dije con evidente curiosidad.

—¿El pastor Alberto Gómez? Tiene el don de la palabra, la bendición del verbo.

—No me diga.

—Sus prédicas son conmovedoras, llenas de amor y de pasión.

—Qué honor escucharlo.

—Le va a encantar, va a ver —aseguró el buen hombre.

—Parece una gran persona, ¿no? —comenté.

—Es un santo, un enviado del Señor.

—¿Cuánto lleva en esta iglesia?

—Desde la fundación, diez años tal vez. Él se hizo aquí, en este sitio encontró su vocación y se formó como pastor.

—Tengo tantas ganas de oírlo.

—Él era sacerdote católico pero se convirtió a la nueva fe.

—Qué interesante.

—Dicen que todavía tiene amigos entre los altos jerarcas de la Iglesia católica.

—¿Y tiene familia? —pregunté.

—¿Yo?

—No, él.

—La mayoría de los pastores están casados y con hijos. Él no. Yo creo que su vocación es tan fuerte que lo obliga a estar de lleno en ella.

—Claro.

—Cuando uno está junto a él se percibe el olor a santidad.

—Además parece un hombre humilde —dije dejando escapar una expresión de duda en mis palabras.

—Humilde de corazón, sí, pero es un hombre adinerado. Su riqueza espiritual le ha dado opulencia material. El Señor lo protege y lo cuida como a uno de sus hijos más queridos. Le gustan los caballos, las fincas en la sabana de Bogotá y los automóviles deportivos.

—Qué gran hombre —dije mientras pensaba: «Además de corruptor de menores salió también ladrón y embaucador. Una joya el pastorcito».

—Sí, estamos orgullosos de que esté entre nosotros.

La bodega se fue llenando de parroquianos piadosos que iban tomando asiento con la Biblia entre sus manos. Me quedé sentado esperando para ver al padre Alberto en acción. Y la verdad es que la puesta en escena del tipo fue impresionante. Desde la tarima, con los brazos abiertos, inició un discurso tímido y dulce sobre las ventajas del hombre que permanece fiel a su fe religiosa y a sus creencias espirituales. Pero su voz fue adquiriendo un tono más fuerte y convincente, y su cuerpo comenzó a desplazarse por el escenario con seguridad y destreza arrolladoras. Se quitó el saco, se remangó la camisa, pegó su boca al micrófono para que escucháramos sus jadeos y su respiración agitada, y pronunció una disertación sobre las tentaciones de Satán, sobre cómo el Maligno recorre el mundo disfrazado, oculto, camuflado entre los hombres de bien para no ser ubicado y reconocido. En un momento dado subió la voz y gritó: —¡Cantemos, queridos hermanos, para alejar de nosotros las tentaciones del mal!

Dio una señal y un grupo de jóvenes que estaba en una especie de foso cerca al escenario, empezó a tocar sus instrumentos con euforia y frenesí: una guitarra eléctrica, un bajo, una batería y una cantante con una pandereta. Un reflector potente iluminó la imagen del ahora pastor Alberto, sudoroso, extasiado, lleno de alborozo y entusiasmo. Con una voz limpia y conmovedora, cantó:

Señor, líbranos del Gran Sabueso,

no permitas que el Gran Cancerbero nos atrape entre sus garras,

protégenos de las astucias del Maligno, no nos dejes caer en la tentación

y líbranos de todo mal. Amén.

Repitió esta estrofa tres o cuatro veces. Luego anunció: —¡Expulsemos ahora al Maligno!

Bajó del escenario y, colocando su mano en la frente de varios posesos que estaban sostenidos por sus familiares en la fila delantera, dijo: —¡Afuera, espíritu del Mal! ¡Abandona este cuerpo porque ésta es la Casa del Señor!

Los posesos caían al piso y convulsionaban como si fueran víctimas de un ataque de epilepsia. Luego se relajaban, abrían los ojos y se abrazaban con sus parientes y amigos. La multitud aplaudía enardecida.

El mismo principio lo aplicó para sanar a unos diez o quince enfermos que esperaban en un rincón del escenario. Había de todo: parálíticos, cojos, enfermos de los riñones, ciegos, artríticos... El pastor Alberto no se dejó amedrentar por los males y comprobó frente a ellos el poder infinito de un Dios misericordioso y caritativo. El show había sido completo.

Esperé al padre Alberto afuera, recostado contra el muro de una bocacalle cercana. Salió una hora más tarde, con el cabello húmedo peinado hacia atrás y el vestido recién cepillado y planchado. Se despidió de sus últimos seguidores y se dirigió a pie hacia el norte, esta vez por la calzada occidental de la Avenida Caracas. Supuse que no había querido traer su auto al centro de la ciudad, para poder ir de un lugar a otro con mayor libertad y sin la molestia de tener que estar buscando un parqueadero barato y seguro.

Lo vigilé con cuidado, sin hacer explícita mi presencia. Así, guardando unos veinte metros de distancia, lo seguí hasta el barrio Santa Fe, hasta una calle que colindaba con la parte trasera del Cementerio Central. Era ya de noche y un viento invernal me obligó a abotonarme hasta el cuello la chaqueta que llevaba. El padre Alberto, mirando sigilosamente a izquierda y derecha, entró en una residencia bien iluminada que tenía un portero supervisando la calidad de los clientes que ingresaban a la casona.

En la primera planta había dos salones amplios comunicados por un corredor de dos metros de ancho, un bar de madera bien surtido en uno de los rincones de la estancia, un escenario pequeño e íntimo, dos baños y varias mesas ubicadas a una mínima distancia unas de otras para aprovechar al máximo el espacio de los dos salones. En la segunda planta funcionaban, seguramente, las

habitaciones donde los clientes podían acostarse con «las muchachas», pues me di cuenta en seguida de que se trataba de un burdel gay con travestís y transexuales en lugar de prostitutas.

Me hice en uno de los extremos del primer salón y ordené media botella de ron Tres Esquinas. Un mesero me trajo el licor, un vaso, una jarra con Coca-Cola — para preparar varios tragos de cubalibre—, cascos de limón cortados en un plato y una hielera plateada con ribetes dorados en el borde. Pagué por adelantado y, antes de que se marchara, le indiqué al mesero que se acercara y le dije: —Es la primera vez que vengo.

—Dígame, señor.

—Cómo funcionan aquí las cosas.

—Si a usted le gusta alguien, me avisa, y yo le digo que se siente a su mesa.

Me pareció impecable la manera como había eludido el problema de femenino o masculino, puesto que «alguien» era neutro. Le pregunté: —¿Y luego?

—Se ponen de acuerdo en el precio y las habitaciones están en el segundo piso. Son confortables y limpias, se lo aseguro.

—¿El precio no es fijo?

—Es aproximado.

—¿Más o menos cuánto?

—Cien mil pesos, señor.

—¿Ahí está incluida la habitación?

—No señor.

—¿Cuánto vale el cuarto?

—Treinta mil pesos, señor.

—¿Puedo amanecerme aquí si yo quiero?

—La amanecida vale más, señor.

—¿Y si quiero ir a otro lado?

—Si quiere salir acompañado tiene que pagar una multa.

—¿Cuánto es la multa?

—Los mismos treinta mil, señor.

—¿Los cien mil pesos qué incluyen?

—Un masaje de relajación, sexo oral y una relación en las posiciones que usted desee. El servicio es de primera calidad, señor.

—¿Hay un límite de tiempo?

—Una hora, señor.

—Muchas gracias —le di una propina.

—No hay de qué, señor.

Me dedicué a espiar al padre Alberto, que estaba sentado a una mesa con una botella de whisky y dos de los travestís de la casa abrazándolo y acariciándolo continuamente. El tipo bebía de prisa, rápido, sin pensar en el dinero que costaba cada botella.

A las once de la noche uno de los travestís presentó un striptease mientras imitaba a la cantante española Marta Sánchez. Luego vinieron otros espectáculos semejantes. A medianoche un baile especial se tomó los dos salones: cinco travestís se desnudaron sobre las mesas de los clientes, pasando de un lugar a otro entre giros y contorsiones que pretendían ser sensuales e insinuantes.

El padre Alberto se levantó y, trastabillando y tropezando con los asientos que hallaba en su camino, llegó al escenario, cogió el micrófono y cantó con su voz armónica y melodiosa:

Amo, líbranos del Señor,

no permitas que Él nos tome

entre sus manos generosas,

protégenos de las astucias del Padre, déjanos caer en la tentación

y líbranos de todo bien. Amén.

Se fue desnudando prenda por prenda; los otros travestis llegaron al escenario, lo rodearon, lo levantaron en el aire, y, como un dios primitivo en una celebración orgiástica, le quitaron los calzoncillos y comenzaron a besarlo y a masturbarlo. Los clientes aplaudían, silbaban y gritaban obscenidades a pleno pulmón. El padre Alberto reía a carcajadas y distribuía bendiciones a diestra y siniestra. Por un instante mis ojos penetrantes se encontraron con los suyos en medio de la juerga y el festejo.

Salí a la calle y no quise mirar atrás.

Mis libros permanecían inéditos, yo continuaba hundiéndome en la soledad y en el alcohol, y lo peor era que una progresiva depresión estaba apoderándose de mí, destruyendo cualquier asomo de esperanza o de redención. Todo lo veía negro, angustiante, insoportable. Pasaba los días encerrado, sin bañarme, bebiendo como un loco, suicidándome con método, dosificando la desesperación. Me dejé crecer el cabello y la barba, y mi aspecto era el de un cavernícola que llevaba años alejado de sus congéneres. Sólo me hacía falta el garrote y salir a cazar dinosaurios por las avenidas.

En un último esfuerzo por salvarme del abismo final, recordé a Fernanda, una prostituta que había sido mi única compañía durante la escritura de las dos novelas. No sé por qué intuí que su cercanía me protegería de mí mismo. Me bañé, me lavé los dientes, me corté las uñas y salí a buscarla de cabaret en cabaret, de burdel en burdel, de cantina en cantina. Después de varios días de interrogatorios y de averiguaciones, una mulata joven me anotó un teléfono en una servilleta.

—Este era su número telefónico hasta hace un mes —me dijo.

Llamé con insistencia hasta que me contestó una mujer de voz aguda e infantil.

—Fernanda, por favor.

—De parte de quién.

—Soy un viejo amigo.

—Quién es.

—El Loco Tafur.

—Ah, sí.

—¿Me conoce?

—Ella tenía una foto suya y hablaba mucho de usted.

—¿Ya no vive ahí?

—No señor.

—¿Sabe dónde la puedo conseguir?

—Es un secreto.

—Por favor, la estoy necesitando con urgencia.

—Para qué.

—Se lo ruego, dígame dónde está.

—No le vaya a dar malas noticias.

—Cómo se le ocurre.

—Ella está muy enferma.

—¿Dónde está?

—En Villa Verde, una clínica de reposo al norte de la ciudad.

—¿Qué le pasó?

—Una depresión aguda.

—¿Quién está costeano los gastos?

—Ella venía pagando un seguro médico.

—Gracias por el dato.

—¿Va a ir a verla?

—Sí.

—Se alegrará mucho.

—Ojalá.

Me despedí y colgué el teléfono. Me pareció increíble que Fernanda estuviera pasando por un estado de ánimo similar al mío. Era como si hubiéramos estado sincronizados, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo en la desdicha y la autodestrucción. Consulté el directorio telefónico y llamé a la clínica para saber los horarios de las visitas.

Al día siguiente me presenté en la institución. Un psiquiatra joven con aires de grandeza me recibió.

—¿Es usted familiar de la paciente?

—Soy un amigo íntimo.

—¿Sabe lo que le está pasando?

—Más o menos.

—Se trata de una depresión crónica. La estamos tratando con terapias regulares y con droga psiquiátrica. Litio.

—¿Ha mejorado?

—No ha empeorado. Eso ya es algo.

—¿Cree que le vendrá bien mi visita?

—Nadie viene a verla. No tiene amigos. De vez en cuando la llama una compañera de trabajo a saludarla.

—¿Dónde está?

—Salga al patio por la puerta del fondo y gire a mano derecha. Está tomando algo de sol.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Que le daba vergüenza estar tan fea. Hoy se peinó y se maquilló para

usted. Es un signo muy positivo.

—Voy a ir a saludarla. Gracias.

—Buena suerte.

La vi de espaldas. Seguía teniendo una cabellera exuberante, abultada, de un negro azabache que la hacía parecer una reina del Sudán atravesando altiva la inmensidad del desierto. Me acerqué por detrás y le tapé los ojos.

—Adivina quién es.

—El príncipe azul que viene a rescatar a la doncella.

—No, soy el sapo que viene por el beso de la princesa.

Le di un beso en la boca y me senté frente a ella. Estaba más delgada, pero no tan acabada como la había imaginado.

—Te ves bien con barba, más serio. Yo en cambio estoy horrible.

—Para nada.

—No mientas.

—Estás más flaca, eso es todo.

—¿Cómo diste conmigo?

—Preguntando.

—Pensé que te habías olvidado de mí.

—Ya ves.

La cogí de la mano y traté de sonreír. Vi que tenía los ojos aguados y que se estaba mordiendo el labio inferior para no llorar.

—Pensé tantas veces en ti —dijo.

Silencio. Volvió a hablar ella:

—Te quise tanto.

—Yo también.

—Al final te cansaste de mí.

—No fue así.

—Sí.

—Estás exagerando.

—No te sientas culpable. Es normal. Yo sabía que tarde o temprano te ibas a ir.

—Estás equivocada, Fernanda.

—Yo nunca fui alguien real para ti, alguien con quien hacer planes o soñar un futuro. Es normal. Con ese trabajo mío no podía yo esperar otra cosa.

—No hables así.

—Es la verdad. En privado, en secreto, perfecto. Pero ya hacia afuera, de cara a la sociedad, te avergonzabas de mí.

—Qué me importa a mí la sociedad.

—Sí te importa. Cuando la relación iba mejor que nunca te asustaste, te dio miedo, te diste cuenta de quién era yo en realidad.

—No sé de qué estás hablando.

—Mi trabajo, los clientes, ningún hombre que ame de verdad a una mujer puede soportar eso.

—Déjame hablar.

—Estoy segura de lo que estoy diciendo. Yo me di cuenta de todo. ¿Qué era yo? Una puta. Hablemos con franqueza. Eso avergüenza a cualquiera, sobre todo a alguien como tú, con educación, de buena familia. Nosotras no somos personas decentes.

—Espera.

—Yo no terminé el bachillerato, pero no soy bruta. Me di cuenta de lo que te estaba pasando. No podía aspirar a estar con una persona como tú. Las clases sociales existen y todo el mundo las respeta. El cuento del muchacho rico que se enamora de la jovencita pobre sólo sucede en las telenovelas. No. Los ricos se enamoran de los ricos, se buscan entre ellos y se protegen así del desastre de la pobreza. Nosotros somos una amenaza.

—Yo no soy así, Fernanda, no me ofendas.

—En el fondo sí eres así.

—Te equivocas.

—Yo te quise con toda mi alma, te amé como nunca voy a volver a amar a otro hombre. Eras tan especial, tan dulce, tan sincero conmigo. Me gustaba tanto ir a tu apartamento, cocinar contigo, bañarme con agua caliente, oír música a tu lado, reírnos juntos un rato. Me parecía mentira que existiera un lugar así en el mundo, y que ese lugar fuera justo para mí. En tu apartamento yo me purificaba de las inmundicias de mi trabajo, me sentía limpia, respetada, como si me hubiera bañado el alma.

—Fernanda...

—Tú empezaste con las evasivas, con tu actitud vacilante y ambigua. La separación era inevitable. Yo sabía que no querías decirme la verdad para no ofenderme. Me hice a un lado y te dejé tranquilo. Sin embargo, cuando me sentía sola y sucia por ese trabajo, iba hasta tu edificio, me hacía en la esquina y miraba hacia arriba, hacia tu apartamento, intentando verte aunque fuera sólo un segundo. Y te parecerá ridículo, pero sólo ver las ventanas de tu apartamento me hacía sentir mejor, me levantaba el ánimo.

—No quieres oírme.

—Vas a mentirme para no humillarme.

—Deja de estar tan prevenida. Escúchame.

—No me tengas compasión.

—No fue la diferencia social lo que me hizo alejar de ti.

—¿Fue otra mujer? ¿Te conseguiste la novia decente para mostrar en sociedad?

Tomé aire y me lancé de lleno a una explicación auténtica:

—Mira, Fernanda, hay artistas que viven su arte de una forma tan radical y obsesiva que se les convierte en una pasión excluyente, una pasión que se los traga, que los asfixia, que no los deja vivir tranquilos. Es como estar enfermo, con fiebre, delirando, y no poder curarse sino a punta de más enfermedad: creando, imaginando de día y de noche, viendo a los personajes actuar y pensar, escribiendo sin poderse uno detener. Es como estar loco, como vivir en otra dimensión: escuchas voces, ves escenas desarrollarse frente a ti, te sientes invadido por fuerzas que te doblagan.

Fernanda estaba concentrada en mis palabras. Yo continué:

—Yo soy así, Fernanda, yo pertenezco a esa raza de artistas. Hay otros que manejan mejor la situación. Yo no puedo, a mí se me sale todo de las manos, me desborda, me sobrepasa. Hay días en que no como, no duermo, no voy al baño.

He llegado a enfermarme por culpa de esta obsesión que ha destruido mi vida: dolores atroces en la espalda, dolores de estómago, dolores de cabeza, largas infecciones como consecuencia de unas defensas escasas y de una alimentación insuficiente.

—Nunca me habías contado esto.

—Para qué, suena tonto, inútil.

—No me parece.

—Detesto tener que decirlo, pero nosotros parecemos sacerdotes, o esos marinos antiguos que vivían totalmente entregados a una vocación que les impedía tener una familia, un hogar y estabilidad. Estar enamorado de la literatura es como estar enamorado de Dios o del mar.

Fernanda comenzó a llorar. Yo seguí:

—Cuando noté que te hacías ilusiones conmigo me vi obligado a poner una

cierta distancia. No podía permitirlo. Yo no iba a responder a tus expectativas, yo no soy alguien para ilusionarse con él. Si mantenía ese juego iba a terminar haciéndote más daño después.

—Me hiciste daño de todos modos.

—No te voy a negar que tu trabajo me parece cruel y detestable para una persona sensible como tú. Es claro que no me siento orgulloso de que estés en ese oficio. Ni más faltaba. Pero la razón de fondo, lo que me obligó a partir, no fue eso. Al fin y al cabo qué me importa la sociedad, si yo no asisto a comidas ni a reuniones, no tengo familia, no tengo amigos, no tengo compañeros de trabajo, no tengo nada, Fernanda. Para mostrar a una novia necesito primero encontrar a alguien a quién mostrársela.

—¿Me querías en serio?

—Mucho.

—¿Te dio tristeza cuando nos separamos?

—Me llené de odio, de rabia, de resentimiento.

—Entonces sí me querías.

—A mi manera.

—¿Y por qué volviste a buscarme?

—Estoy asqueado con todo, siento que no encajo en ninguna parte. Me perdí, Fernanda, estoy dando tumbos en la oscuridad. Bebo todos los días y la depresión me está matando.

—Ya somos dos. No creo que pueda ayudarte.

—En un momento dado sentí la necesidad de verte, como si el solo hecho de encontrarte pudiera salvarme del naufragio total.

—Y mira cómo estoy, peor que tú.

El sol le iluminaba el rostro y el cabello desde arriba, como si fuera un reflector puesto sobre una actriz en un pasaje definitivo de la historia. Era obvio

que nos necesitábamos el uno al otro para salir de semejante infierno. No se trataba de jurarnos amor eterno, de prometernos que íbamos a estar juntos hasta que alguno de los dos muriera, no, era una cuestión de solidaridad mutua, de ayudarnos, de apoyarnos, de trabajar hombro a hombro en medio de la tormenta para que el barco no se hundiera.

—Quiero proponerte algo —le dije.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—¿Qué me vas a proponer?

—Que hagamos un equipo de trabajo para salir de este agujero.

—No te entiendo.

—Hagamos un equipo, Fernanda, tú y yo. Nos tenemos afecto, nos estimamos, ¿sí o no?

—Pues sí.

—Construyamos una amistad compartida para recuperarnos y salir a flote.

—Quieres venir a verme más a menudo.

—Este es un lugar propicio para la nostalgia, la melancolía y la autocompasión. ¿Por qué no sales de aquí?

—No quiero volver a trabajar en eso.

—En el apartamento hay espacio para ti. Ven conmigo. No tengo mucho dinero, pero si somos cuidadosos y no hacemos gastos innecesarios, nos alcanzará para ambos sin problemas.

—¿De verdad? —los ojos le brillaron de alegría.

—Sí, no te prometo amor para siempre ni cosas por el estilo. Sólo démonos la mano, Fernanda, ayudémonos para salir de esta ratonera en la que estamos atrapados.

—¿Cuándo lo hacemos?

—Ahora mismo, si quieres. Hablemos con el psiquiatra, expliquemos la situación, y ya está. Esto no es una cárcel, eres una persona libre.

—Me da mucho miedo, pero tienes razón. Aquí me deprimó más.

—Vamos.

La cogí de la mano y nos fuimos en busca del médico. No hubo ningún problema con él. Nos dijo incluso que la clínica estaba necesitando habitaciones libres para pacientes con casos más severos que el de Fernanda. Le recomendó que siguiera tomando los medicamentos con regularidad y que asistiera a dos terapias semanales en las horas de la tarde. Ella eligió los lunes y los jueves de cuatro a cinco, empacó su maleta en veinte minutos, firmó unos documentos de salida y caminamos hacia la avenida en busca de un taxi que nos condujera hasta el apartamento.

—Tengo miedo —dijo ella.

—Yo también. Pero prefiero este miedo y no lo que he venido sintiendo en las últimas semanas.

—Sí, es verdad.

—¿Sabes algo? Ya definí mi primer objetivo.

—¿Cuál es?

—Engordarte un poquito —dije con una ligera sonrisa.

—Tengo que decirte algo con el corazón —se detuvo y me miró de lleno a los ojos.

—Qué es.

—Gracias —y me dio un beso largo y apasionado en la boca.

Es increíble el bien que me causó la convivencia con Fernanda. Me recuperé de ese alcoholismo repetitivo y solitario que me había estrangulado hasta dejarme sin aire, y, al lograr enfrentar la cotidianidad desde una abstinencia permanente, el

primer resultado que percibí fue un estado de ánimo entusiasta y nada depresivo. Recobré la confianza en mí mismo, dejé de sentirme tan inútil y miserable, establecí horarios fijos de lectura, y lo mejor de todo fue que decidí volver a hacer ejercicio y empecé a levantarme en las mañanas a las cinco en punto para salir a correr por las inmediaciones del Parque Nacional. Parece mentira, pero existimos para otros, somos lo que somos porque los demás nos sirven de espejo para definimos, porque es en su mirada que nuestras vidas adquieren sentido y profundidad. Aislados no tenemos una realidad que nos componga, un complemento que nos otorgue legitimidad y legalidad. ¿Qué son una pintura olvidada en la oscuridad de un sótano maloliente o una escultura cubierta por una sábana en un cuarto de chécheres destartados? Nada, objetos intrascendentes, materia sin importancia. Al ser contemplados es que se convierten en arte, son los ojos del observador los que descubren su jerarquía y su valor incalculable. ¿Qué es un libro cerrado en el fondo de una biblioteca? Papel, cartón y tinta. Se vuelve arte cuando un lector lo abre y posa su mirada en sus páginas amarillentas y mohosas. De igual forma la soledad niega nuestras vidas y las reduce a su mínima expresión. Sólo cuando Fernanda se instaló en mi apartamento comprendí la alegría de Robinson al encontrar a Viernes en las playas desocupadas de su isla bienamada.

Ahora que repaso en mi memoria esos primeros días compartidos, creo que a Fernanda le ocurrió algo muy similar: revivió en mí, renació a través de mi cercanía y mi proximidad. Su semblante rejuveneció, engordó unos kilos que la hacían ver más voluminosa y provocativa, se reía continuamente de mis manías y de mis rutinas psicorrígidas, y determinó que era necesario pintar de colores vivos y modernos las paredes del apartamento.

—Si lo pintamos nosotros mismos nos sale barato y además nos divertimos un rato —me dijo una noche mientras preparábamos la comida.

Esa tendencia suya a cambiar y a modificar el espacio de la convivencia me dio la impresión de que me había mudado a vivir a otra ciudad o a otro país. En una semana mi casa era otra casa: había flores por todas partes, los cuadros y los afiches estaban ubicados en sitios que yo jamás hubiera sospechado, el baño despedía olores de cremas y jabones aromatizados, mi armario estaba lleno de prendas de colores diversos, y, lo que más me gustaba era que en las mesas, en las gavetas del baño, en la cocina, sobre los asientos y los cojines, en fin, en cualquier mueble o repisa encontraba yo aretes, anillos, pulseras, collares, pinzas y tiras de telas multicolores para recogerse el cabello. Fernanda me enseñó las sutilezas del mundo femenino, su delicadeza, sus detalles conmovedores.

Nos gustaba hacer mercado los lunes en las horas de la noche, cuando los almacenes estaban casi vacíos y a nuestra disposición. Nos gustaba entrar a cine en las funciones de las tres de la tarde sin tener que soportar las filas interminables para adquirir la boleta. Nos gustaba comprar unas cervezas en lata y sentarnos en los bancos de los parques a conversar y a contarnos anécdotas e historias de nuestras vidas en el pasado. Nos gustaba bañarnos juntos con el agua bien caliente y abrazarnos como si fuéramos dos animales anfibios jugando entre los elementos. Nos gustaba acariciarnos, tocarnos con lentitud el uno al otro y hacer el amor alegremente cambiando de posiciones y de lugar. Nos gustaba leer el periódico el domingo en la mañana y luego sentarnos en la sala a descifrar el crucigrama entre risas y comentarios jocosos sobre la extrañeza de los acertijos. Nos gustaba cocinar juntos y experimentar nuevas salsas y combinaciones sorprendentes. Nos gustaba cogernos de la mano por la calle y hacer alarde de nuestra felicidad. Nos gustaba el humor negro y solíamos hacernos chistes pesados sobre nuestra antigua depresión, sobre nuestra tristeza y nuestra desesperanza pasadas. Nos gustaba vencer todos los días la soledad y la muerte.

Fue tan positivo el cambio que produjo Fernanda en mi vida, que anhelé tener amigos y volver a reunirme con ellos para hacer deporte y para conversar sobre nuestras experiencias e intimidades. Pero al hacer un balance me di cuenta de que en realidad el único amigo que yo había tenido, de la misma generación mía, había sido Bruno.

—Búscalo — me recomendó Fernanda una noche.

A la mañana siguiente me puse en marcha y me dirigí a Santa Ana Occidental, mi antiguo barrio, la zona donde había pasado mi niñez y mi adolescencia, y que tantos recuerdos me trajo apenas me bajé del autobús en el semáforo de la calle Ciento Nueve. Crucé la carrera Séptima hacia el occidente y descendí por el caño de la diagonal Ciento Ocho. El césped bien podado, los eucaliptos gigantes y los sauces llorones acordonando los alrededores del caño me trajeron imágenes remotas y felices de mi infancia: las carreras de bicicletas, los partidos de fútbol, las prácticas de béisbol los sábados en la mañana y las largas y extenuantes caminatas que hacíamos los domingos por las montañas cercanas. Al pasar por el parque me vi corriendo con torpeza para superar las secuelas atroces que me había dejado la peritonitis. En el puente de la transversal Novena vi al Chanco con su sonrisa inconfundible recibiendo con las manos abiertas las bolas de cristal que yo le pagaba con vergüenza y con temor. Cómo había pasado el tiempo y cuánto deterioro había dejado en mí a lo largo de los años.

—Un día tengo que escribir todo esto — me dije en voz baja.

Toqué el timbre en la vieja casa de los padres de Bruno. Les costó trabajo reconocermé, pues la barba y el cabello largo ocultaban los rasgos de mi rostro y me hacían ver más viejo y menos atlético. Pero apenas les dije mi nombre recordaron de inmediato al muchacho que solía visitar su casa todos los días, como si fuera un hijo más de la familia. Me hicieron seguir, tomé con ellos tres tazas de café mientras les relataba a grandes rasgos las peripecias que había vivido desde la muerte de mis padres, y al final, antes de despedirnos, me anotaron en una hoja la dirección y los teléfonos de Bruno.

Lo llamé esa misma tarde a la oficina y me dijo con entusiasmo:

—Estaba esperando tu llamada. Mis padres me dijeron que estuviste hoy en su casa.

Quedamos de vernos en su apartamento a las seis de la tarde, cuando él saliera del trabajo. Sin embargo, imprevistos laborales lo hicieron incumplir la cita que tenía conmigo. Me recibió su esposa, me explicó la situación y me ofreció un trago mientras esperábamos la llegada de Bruno.

—Prefiero un jugo de naranja o una Coca-Cola sin hielo, gracias —le dije a una empleada de servicio doméstico que aguardaba de pie mi pedido.

Mi amigo vivía en Los Rosales, en uno de los mejores sectores residenciales de Bogotá. Desde la terraza se divisaba la ciudad como si fuera un pesebre inofensivo de juguete. Tenía dos hijos varones que estaban en un estudio del fondo haciendo las tareas para la escuela. Su mujer era una alta ejecutiva de una empresa de textiles y hacía esfuerzos por aparentar una actitud despreocupada y simpática. Lo cierto era que mi silencio la intimidaba y que sus maneras teatrales y fingidas no me producían confianza.

—Bruno me ha hablado mucho de ti.

—No nos vemos hace años.

—Me dijo que habías sido un gran estudiante y un gran deportista en el colegio.

—No tanto como él.

—Siempre quiso saber de ti.

—Éramos como hermanos.

—¿Qué estudiaste?

—Empecé a estudiar literatura, pero no terminé.

—¿Te retiraste?

—Sí.

—¿No estudiaste nada más?

—No.

—Trabajas independiente, entonces.

—Es una forma de decirlo, sí.

—¿En qué trabajas?

—Soy escritor.

—¿Tus libros te dan para vivir?

—No.

—¿Y cómo haces?

—Tengo unos ahorros.

La conversación no fluía y era un intercambio acartonado de palabras. La empleada llegó con el vaso de jugo de naranja.

—Gracias —dije al recibirlo.

—¿Has intentado conseguir un trabajo en el Ministerio de Cultura o algo así? —dijo ella volviendo al ataque.

—No.

—Con una buena palanca sería fácil.

Bebí medio vaso de un solo sorbo.

—No tener un diploma es algo grave —aseguró ella—, pero tú sabes cómo es el mundo, pesan más las buenas relaciones.

—Claro.

—Yo, por ejemplo, entré a la empresa en un cargo medio, pero Bruno habló con el ministro de Desarrollo, y fíjate, ya me nombraron gerente general.

—Qué bien.

—Todo funciona así, no hay nada que hacer.

—Sí.

—Intenta hablar con Bruno, él puede ayudarte mucho.

Me quedé callado. Ella comentó:

—Bruno tiene muchos contactos, es un abogado muy reconocido. Los políticos lo llaman todo el tiempo a su oficina. Es amigo personal de varios congresistas y senadores.

—Me alegro.

—Conseguirte un trabajo en el Ministerio de Cultura no será difícil para él.

La entrevista estaba empezando a dejarme sin aire. Miré por la ventana hacia afuera con la esperanza de reanimarme.

—Eso sí, tendrías que hacer algunos cambios —siguió ella.

—¿Cambios?

—Cortarte el cabello y la barba, por ejemplo.

—¿Sí?

—Dan un aspecto de dejadez, con todo respeto, claro.

—No te preocupes.

—Recuerdan los sesenta, paz, amor y libertad, tú sabes —intentó sonreír.

—Sí, claro.

—Y esas camisetas deportivas, sin cuello, no dan la impresión de éxito, de alguien emprendedor y decidido, con confianza en sí mismo.

—Ajá.

—La apariencia es fundamental, transmite tu grado de seguridad. Te vuelves para el otro un símbolo de aplomo y fortaleza.

—Sí.

—Cómprate unos trajes con corbatas a la moda y verás el cambio alrededor tuyo.

—No sé.

—Te puedo recomendar a un amigo mío que es asesor de imagen. Es una maravilla. Bruno lo consulta siempre cuando va a comprar ropa.

—¿Sí?

—Te indica marcas, diseños, colores, todo. Te hace un estudio completo según tu estatura, el color de tu piel y de tus ojos; al tipo no se le escapa nada.

—Qué bien.

—¿Quieres más jugo?

—No, gracias.

—¿Coca-Cola?

—No, de veras, estoy bien.

—Bruno se está demorando demasiado.

—Sí.

—Es que lo llamaron unos amigos del Senado.

—Sí.

—Quieren que Bruno asesore a unos políticos.

—¿Ah, sí?

—Es que este país es el colmo. Si el Estado no se amarra los pantalones, alguien tiene que hacerlo. Hay que eliminar a una serie de personas indeseables que viven agitando a la población en el campo y en las ciudades.

—¿Tú crees?

—Bruno ha defendido con éxito a varios de ellos. Los sindicaron de ser autores intelectuales de varias masacres. Es el colmo.

—¿Masacres?

—Tú sabes, las organizaciones esas de derechos humanos viven pendientes de los indios, de los sindicalistas y de los campesinos. En lugar de eso deberían estar protegiendo a los grandes empresarios y a la gente de bien.

No dije nada. Noté que mis reservas de aire se estaban acabando.

—Lo que pasa es que la gente no quiere trabajar, éste es un país de vagos y de sinvergüenzas —continuó ella.

Miré el reloj como buscando argumentos para marcharme.

—¿Tienes afán?

—Un poco, sí.

—¿No quieres un trago?

—No, gracias.

—Y es que no me atrevo a llamar a Bruno al celular. De pronto está en una reunión importante con ellos.

—No te preocupes, mejor vengo otro día.

—Pero no me has dicho nada de ti. Esperemos unos minutos más.

Me revolví en el sillón haciendo evidente mi incomodidad.

—¿Dónde estás viviendo?

—En Teusaquillo.

—Ah, en el centro.

—Sí, tengo arrendado un apartamento.

—¿No es muy inseguro?

—No me parece.

—¿Estás casado?

—No.

—Vives solo.

—No, vivo con una amiga.

—Así como hacen ahora, una pareja moderna.

—Sí.

—¿Y ella qué hace?

—Nada.

—¿No trabaja?

—No.

—¿Cómo la conociste?

—La saqué de una clínica de reposo.

—Qué chistoso —sonrió de buena gana.

—No es una broma.

—¿Qué?

—Estaba pasando por una depresión aguda.

—¿Por qué estabas tú allí? —se puso seria otra vez.

—Fui a visitarla.

—O sea que la conocías de antes.

—Así es.

—¿Dónde la conociste?

Llegué al límite. Estaba aburrido de ese interrogatorio de comisaría de policía, de esa visita inoportuna, de esa gentuza elegante y corrupta, y ya era hora de salir a respirar y recobrar algo de dignidad. Había leído alguna vez que nadie es ciento por ciento idiota, ni ciento por ciento malo, ni ciento por ciento desprovisto de interés. La gente tiene matices, su carácter es una mezcla de aciertos y desaciertos, un juego de combinaciones. Sin embargo, eso depende también del grado de tolerancia de quien observa, y la esposa de Bruno había hecho ya demasiado alarde de imbecilidad como para que yo pudiera encontrar en ella un ingrediente feliz o deseable. Dije sin dudar:

—En un burdel.

—¿Cómo?

—En una casa de putas.

—¿Ella trabajaba allí? —dijo la esposa de Bruno escandalizada.

—Sí, era prostituta.

Hubo un silencio largo, de dos o tres minutos. Ella dijo:

—Mira, si Bruno llega a ayudarte con lo del trabajo, ni se te ocurra presentar a esa mujer en sociedad. Es un consejo que te doy. Como amigos.

—Yo no vine aquí a pedirle nada a Bruno. No me interesa ningún empleo. Vine a saludar a un amigo de mi infancia, alguien que un día fue mi hermano. Pero no creo que haya sido una buena idea.

—No lo tomes así. Sólo que si quieres triunfar en la vida sería bueno que cambiaras tu escala de valores, y que te separaras de esa mujer.

—Lo que tú llamas triunfo es para mí un gran fracaso. No me interesa tu posición social, ni tus asesores de imagen ni tu dinero. Dile a Bruno, por favor, que yo sólo venía a hablar de los viejos tiempos. Buenas noches.

Me levanté, abrí la puerta del apartamento y bajé al primer piso por las escaleras. Cuando salí a la calle sentí como si acabara de escaparme de una guarida inmunda atiborrada de ratones.

Eran las seis y media de la tarde. Tomé un autobús hasta el centro de la ciudad, hasta la carrera Décima con la calle Diecinueve. Quería caminar, estar entre la gente común y corriente, intentar purificarme por medio de la cercanía de esa gran masa anónima de trabajadores que buscaba transporte para regresar a sus casas y saludar a sus familias. Recuerdo que pensé: «No hay mayor decencia que la de la pobreza».

Me gustaba sentir el roce de esos cuerpos pegados al mío, el ajetreo de la calle entrando violentamente por mis ojos, los colores de los semáforos, los letreros de los buses anunciando sus rutas inverosímiles (Belén, Egipto, Monte Blanco, Lucero Alto, Marruecos), los carteles publicitarios brillando intermitentes, los rostros angustiados y llenos de ansiedad, las chaquetas de cuero, los abrigos de paño, las faldas, los sacos, los zapatos, la mercadería fantástica de los vendedores ambulantes, los pitos de los autos y los buses, el ruido de los motores, las voces de los transeúntes inaugurando la noche, el olor de las empanadas humeantes, el olor de las frituras callejeras viajando a través de la atmósfera enrarecida y contaminada, el olor a sudor acumulado de obreros y albañiles que caminaban apresurados para alcanzar a subirse a sus respectivos autobuses: toda una ciudad penetrando por mis sentidos y viajando a alta velocidad por el sistema nervioso central para estallar con ímpetu en el centro de mi cerebro. Ella, mi ciudad, fundiéndose conmigo en un instante fugaz e imperceptible.

Subí por la calle Diecinueve hasta la carrera Tercera y torcí a mano derecha. Me detuve en el Parque de los Periodistas y me senté en un banco a contemplar las montañas. Los cerros de Monserrate y Guadalupe estaban frente a mí como un par de fortalezas inexpugnables. Un hombre con las ropas raídas, los ojos hundidos y el cabello largo se sentó a mi lado, me extendió abierta su mano derecha y me dijo:

—Colabore con una buena causa.

Me encantó la idea de cruzar unas palabras con un vagabundo desconocido. Necesitaba quitarme de la cabeza el acento almibarado de la esposa de Bruno, su sonrisita fingida, sus comentarios afectados y presumidos. Le dije al hombre:

—Cuál es esa causa.

—Me voy de viaje.

—Cualquiera se va de viaje.

—Mi viaje es diferente.

—Por qué.

—Me voy muy lejos.

—A qué lugar.

—A la selva del Chocó.

—Pensé que me iba a decir a otro país o a otro continente.

—Usted no entiende.

—Qué no entiendo.

—Ése es el sitio convenido para el encuentro.

—Cuál encuentro.

—Allá me van a recoger.

—Y a dónde lo van a llevar.

—A Ganimedes.

—¿Un viaje extraterrestre?

—Sí, todo está listo.

—¿Quiénes lo van a llevar? —pregunté con seriedad.

—Ellos —el hombre señaló el cielo con el dedo—. Tengo que estar en tres días allá o si no se van sin mí.

—¿Cuántos pasajeros van con usted?

—Somos tres: un artista japonés, un científico norteamericano y yo.

—Tiene razón, ésa es una buena causa.

Saqué un billete de cinco mil pesos y se lo entregué. El tipo me dio las gracias y se fue corriendo, como si alguien lo estuviera persiguiendo. Unos minutos más tarde un hombre calvo, gordiflón y mal vestido se plantó a un metro

de distancia del banco donde yo estaba sentado. Lo miré de pies a cabeza.

—Sonría, en este momento está usted en las pantallas de la CIA —me dijo con la voz temblorosa.

—¿Cómo dice?

—Que en estos momentos los detectives de la CIA lo están observando en Estados Unidos.

—No creo que yo les interese.

—Pero lo están vigilando.

—¿Y dónde está la cámara?

—Aquí —dijo el individuo señalando sus dos ojos.

—¿En sus ojos?

—No precisamente. En mi cerebro.

—¿Adentro?

—Sí, tengo un microchip. Ellos me operaron.

—¿Los de la CIA?

—Sí, me pusieron un microchip en el cerebro y me usan como una cámara ambulante para inspeccionar lo que sucede en esta ciudad.

—¿Hace cuánto lo operaron?

—Dos años. Desde entonces estoy desesperado. No puedo dormir bien por culpa de ellos. Perdí mi trabajo, mi mujer se divorció y mis hijos me abandonaron.

—Qué mala suerte.

—He ido varias veces a la embajada norteamericana. Pienso demandar al presidente Clinton por esto.

—Hace bien.

—Sí, necesito que desconecten ese microchip. Quiero regresar a mi antigua vida y recuperar a mi familia.

—Le deseo lo mejor, amigo.

Me puse de pie, saqué otros cinco mil pesos y se los entregué. Le dije:

—Tómese unos aguardientes en mi nombre. Así los de la CIA ven todo distorsionado en sus pantallas.

—Qué brillante. Nunca se me había ocurrido —dijo el tipo estallando en una carcajada.

Me fui dejando al hombre del microchip riéndose en la mitad del parque. Quería ver a Fernanda y conversar con ella un rato. Las historias de los dos vagabundos me habían vuelto a subir los ánimos.

Cuando llegué al apartamento eran las ocho y media. Fernanda estaba en la sala tejiendo un saco para mí. Su rostro resplandeció al verme:

—¿Cómo te fue?

Le di un beso en la boca y me senté cerca de ella.

—Mal.

—¿Hablaste con Bruno?

—No.

—¿Por qué?

—Se le presentaron otros asuntos y no pudo llegar a la cita conmigo.

—Lo siento.

—Eso no fue lo peor.

—¿Entonces?

—Tuve que soportar a su esposa.

—¿No te agradó?

—No te imaginas el tipo de gente del que te estoy hablando.

—De pronto tu amigo es distinto.

—Son iguales ambos. Estoy seguro.

—Bueno, la gente cambia —dijo Fernanda con resignación.

—No hablemos más de ellos. No vale la pena.

La abracé y la besé sintiendo sus labios carnosos y húmedos. Me parecía mentira tenerla así, entre mis brazos, besándome con sus ojos cerrados y su respiración entrecortada. Le dije con el corazón:

—Por ti haría cualquier cosa.

Pronto conocería la gravedad de esa afirmación.

# CAPÍTULO VI

## EL ABISMO FINAL

Me ha costado mucho trabajo terminar el último capítulo. Ha sido doloroso y cruel evocar mis días felices con Fernanda. Su recuerdo aún me lacera y me hace daño. Si lo pienso con sinceridad, ella fue la única mujer que me amó con pasión desbordada, desgarrándose, la única que puso su vida entre mis manos. No es tan fácil echar su recuerdo a la basura y decir: «Ya no me importa». No, sí me importa, y cada imagen que me llega de ella es como si me clavaran una aguja en el centro de un ojo.

Estamos en mayo y un invierno que no da tregua golpea la ciudad con insistencia. Lluvias continuas corren por los tejados de la prisión y enfrían la atmósfera obligándonos a permanecer todo el día enfundados en chaquetas y sacos gruesos que nos protegen de las inclemencias del clima.

Una extraña melancolía me embarga desde la semana pasada. Por un lado me alegra poder concluir esta historia, es como si me desprendiera de una vida cuyo protagonista no me simpatiza ni me agrada. Es grato hacer aseo en el espíritu, sacar y ventilar tantas escenas que hieden y apestan, que contaminan con su fetidez el resto de nuestro ser. Pero por otro lado tengo miedo de terminar, no sé qué va a ser de mí cuando ponga el punto final en el último renglón. Estos cuadernos que he ido llenando página por página con una determinación implacable, no sólo se han convertido en compañeros inseparables, sino que le han dado sentido a mi vida, la han llenado de un significado profundo del que antes carecía por completo. Los hechos en sí son neutros, mudos, sin un contenido claro ni preciso. Son las palabras las que califican esos hechos, las que los hacen propicios o aterradores, las que nos hacen amarlos o aborrecerlos. En la medida en que voy escribiendo siento que mi pasado se abre, se ensancha y adquiere tonos y matices que yo antes desconocía. El mundo es gris y permanentemente estamos coloreándolo con los vocablos que lo nombran. Siento pánico de pensar que pronto acabaré de narrar este libro, y que detrás del final no haya nada, que me tropiece sin querer con el vacío y el silencio. Siento terror de la soledad que me espera más allá de la escritura.

Me gusta el ruido de la lluvia en las horas de la noche. El sonido de las gotas al chocar contra las tejas del techo de la cárcel va produciendo una música que me acompaña y me arrulla en medio de la oscuridad. Es un ritmo, una cadencia que genera el agua al caer desde el cielo, una serie de impactos que, sin violencia ni alevosía, golpea los tejados, esos escudos que construimos los hombres para protegernos de las sorpresas que nos vienen desde arriba. La lluvia nocturna es una batalla que perdemos con satisfacción.

Hoy, en las horas de la mañana, recibí la visita del abogado de oficio que se encarga de mi caso. Es un muchacho joven y despierto que intenta cumplir con su trabajo a cabalidad, responsablemente. Me saludó con la mano derecha abierta a la altura de su hombro, como si estuviera haciendo un juramento, y apenas el guardia me permitió sentarme frente a él, me dijo: —Le tengo buenas noticias.

—Dígame.

—Creo que no será juzgado.

—Por qué.

—Estuve hablando con el psiquiatra.

—¿El gordito?

—No sé qué diablos le dijo usted, pero el tipo está convencido de su trastorno mental.

—Cómo así.

—Él tiene que presentar un informe sobre su caso.

—Sí.

—De ese informe depende todo.

—¿Tanto así?

—Si lo hubiera declarado en sus cabales y dueño de sus actos, tendría que pasar el resto de su vida en una cárcel. —Sí.

—Porque fueron en realidad dos víctimas, no una.

—Ya.

—Pero acabo de leer el informe y el hombre asegura que no hay ninguna duda sobre su trastorno mental.

—Yo no estoy loco.

—Una desviación mental no significa una demencia radical.

—Yo tengo conciencia de lo que hago.

—En la mayoría de los casos, sí.

—No le entiendo.

—En el momento del crimen usted no era consciente de sus actos. Los policías que lo detuvieron afirman que monologaba en un idioma incomprensible.

—Yo recuerdo todo lo que hice.

—Estaba enajenado, fuera de sí, ido.

—Eso no me exime de mi responsabilidad.

—Mire, no le demos más vueltas al asunto. Usted será sometido a tratamiento psiquiátrico en una institución especializada.

—¿Con el imbécil ése que vino a entrevistarme?

—No, con otros médicos.

—Menos mal —dije con un gesto de alivio.

—Déjeme terminar.

—No se sulfure.

—Mire, Tafur, digámonos la verdad. Es mucho mejor estar en tratamiento unos pocos años en una clínica psiquiátrica y no pudrirse treinta o cuarenta años en una prisión de mierda.

—Eso no se lo voy a discutir.

—Usted no es una amenaza para la sociedad ni ninguna de esas cretinadas. No vale la pena que lo encierren, lo torturen y lo destruyan.

—Le agradezco la opinión que tiene de mí.

—Otra cosa.

—¿Sí?

—Es usted un hombre famoso.

—Cómo así.

—Sus libros se están vendiendo de maravilla.

—No me joda.

Sacó un recorte de prensa y dijo: —Mire, se lo traje para que lo lea usted mismo.

—Qué es esto.

—Está de primero en ventas.

—¡No puede ser!

—Es un éxito rotundo. La editorial utilizó el asesinato como estrategia publicitaria.

—Qué hijueputas.

—Les dio resultado. Pronto lo buscarán los medios de comunicación.

—Qué locura es ésta.

Agarré el artículo y lo ojeé. El abogado continuó: —Hablando al respecto, necesito que me haga un favor.

—Cuál.

Sacó mis dos novelas de un maletín que tenía recostado en una de las patas de la mesa.

—Mi esposa es una admiradora suya. Me rogó que le consiguiera unas dedicatorias.

—Esto es increíble —dije cogiéndome la cabeza entre las manos.

—Si no las escribe voy a tener problemas serios en la casa —dijo él con una sonrisa—. Me tacharán de inútil y de incompetente.

—No puede ser. La gente se enloqueció.

—Hace rato.

Me entregó las dos novelas y un bolígrafo de tinta negra. Le pregunté: —  
¿Cómo se llama su esposa?

—Carolina Estévez.

Garabateé las dos dedicatorias, sorprendiéndome de la gratificante emoción que me recorría la espalda mientras estampaba mi nombre en la primera página de esos libros que yo había escrito con tanto esfuerzo y dedicación. Empujé los textos y el bolígrafo hacia él.

—Gracias —dijo el abogado regresando las obras al maletín.

—Dígale a su esposa que son las primeras dedicatorias que firmo en mi vida.

—Se pondrá muy contenta.

Llamó al guardia para avisarle que la entrevista había terminado y nos estrechamos las manos para despedirnos.

—Gracias por todo —le dije.

—Estoy muy satisfecho con la resolución de este caso. Pronto le comunicaré las formalidades que hay que cumplir para su traslado a la clínica.

—Está bien.

Y salió por la puerta que conducía a las oficinas de la administración de la cárcel. Yo me quedé con el guardia detrás de mí y el recorte de prensa en la mano.

Una noticia llegó de repente a colmar mi vida de esperanza: la editorial Voces del Silencio me comunicó su deseo de publicar mis libros. En una conversación telefónica, el editor encargado del área de literatura me explicó que se arriesgarían a publicar primero una de las novelas, y, según los resultados, estudiarían la posibilidad de editar la segunda. Nos pusimos una cita en la sede de la empresa para el día siguiente. Colgué lleno de júbilo. Fernanda me preguntó: — ¿Qué pasa?

— Adivina.

— No sé.

— Quieren publicar mis libros.

Se abalanzó sobre mí y me dio un beso en la boca.

— Te felicito.

— Estoy contento, Fernanda —le dije mientras rodábamos abrazados por la sala—. Los libros por fin van a estar en las librerías.

— Te lo mereces.

— Trabajé cinco años de día y de noche para terminarlos.

— Ahora vas a recibir los resultados. Te llegó el momento de recoger la cosecha.

Esa noche celebramos con una botella de vino y brindamos por el destino extraordinario que seguramente tendrían mis libros. Soñamos con traducciones a otros idiomas, con comentarios elogiosos por parte de críticos y académicos, y llegamos incluso a sospechar que tarde o temprano aparecerían los productores de cine y ofrecerían sumas cuantiosas para comprar los derechos cinematográficos de las dos novelas. Nos dormimos millonarios, famosos y felices.

Doce horas después estaba yo sentado frente a un hombrecillo con cara de insecto, en una oficina polvorienta y ruinososa de las afueras de la ciudad.

—Como le digo, señor Tafur, el noventa por ciento de las ventas es para nosotros y el diez por ciento es para usted.

—Pero si yo fui el que escribió el libro.

—Ésa es la costumbre.

—¿No podemos ir cincuenta y cincuenta?

—No, nosotros ponemos el papel, el diseño de la carátula, la impresión, la distribución, todos los riesgos.

—¿Cuántos ejemplares piensan sacar de la primera novela?

—Mil quinientos a lo sumo. La gente no lee literatura en este país, señor Tafur, prefieren las biografías de actores famosos, los libros de escándalos, el esoterismo, los panfletos de ovnis, cositas ligeras, poco complicadas.

—Trabajé cinco años y recibiré dos centavos.

—Esta profesión es así, señor Tafur, heroica, inclinada al sacrificio. Es mejor que se vaya acostumbrando desde ya.

—¿Y no pueden darme un anticipo?

—Usted es un autor inédito, señor Tafur, nadie lo conoce. Los anticipos son para autores reconocidos, con cierta trayectoria.

—Esto es deprimente.

—Tómelo o déjelo. No puedo hacer más.

Lo peor del asunto era que desamparar los libros, y permitir que siguieran inéditos era aún más triste y desalentador. Había que agachar la cabeza y hacer la dignidad a un lado.

—Bueno, está bien, ¿cuándo firmamos el contrato?

—Me alegra que sea sensato, señor Tafur. En una semana estará listo. Yo le aviso para que pase a firmarlo.

Me levanté del asiento con cincuenta kilos más de peso.

—Hasta pronto —dije, y me acerqué a la puerta buscando la salida.

—Felicitaciones, señor Tafur —dijo el insecto—. Y muchos éxitos.

No pude regresar al apartamento de inmediato. No quería que Fernanda se enterara de lo que había sucedido. Estaba tan entusiasmada, sentía tanto alborozo con el hecho de imaginarme convertido en un escritor reconocido y prestigioso, que no quería dañarle la fiesta llegando con mi cara de funeral y mis ánimos por el piso.

Caminé un buen rato, me tomé una cerveza en una cafetería de la Avenida Jiménez con carrera Quinta, frente al antiguo Teatro Popular de Bogotá, y procuré resucitar diciéndome mentalmente: «Bueno, al menos los libros van a salir, la gente los va a leer, y algún día un puñado de lectores reconocerá la verdad que hay en ellos».

Almorcé solo en un restaurante barato de comida caribeña y regresé a pie por la Avenida Caracas hasta Teusaquillo. Fernanda estaba esperándome ansiosa y había preparado algún plato especial porque el apartamento olía a hierbas y especias.

—¿Cómo te fue? —preguntó apenas entré.

—Bien, bien.

—¿Qué te dijeron?

—Que querían publicar primero una de las novelas, y en unos meses la otra.

—Te felicito —dijo colgándose de mi cuello y besándome en la frente.

—Sí, todo estuvo muy bien.

—¿Te comentaron algo de dinero?

—Quedamos en cincuenta por ciento para ellos y cincuenta para mí.

—Es justo, sí —dijo ella regresando a la estufa.

—Ahora todo depende de las ventas —me senté en un butaco cerca de la puerta de la cocina.

—Te va a ir bien, no te preocupes.

—Yo sí creo.

—¿Ya almorzaste?

—Ellos me invitaron a un restaurante elegante. No alcancé a avisarte.

Fernanda asomó la cabeza y, burlándose, me dijo: —Tan importante el señor marqués.

—¿Y tú?

—Estaba esperándote. Cociné algo delicioso. Lo dejamos en el horno y esta noche celebramos en serio.

—¿Qué es?

—Lasaña con salsa boloñesa.

—Ahora compramos un vino para acompañar —dije intentando sonreír.

—Tengo que aprovechar tus últimas semanas de anonimato, porque después vivirás asediado por tus admiradoras.

Me dio tristeza mentir de esa manera, crear falsas ilusiones, no tener el coraje suficiente de enfrentar la verdad y de confesarle a Fernanda que los mercachifles de libros no veían en mí talento alguno, ni creían en mi futuro literario ni nada por el estilo. Sólo querían enriquecerse con mi trabajo, nada más.

Me puse rojo sin que ella se diera cuenta. Tanta cobardía me avergonzaba.

De algún modo, acaso torpemente, he llegado a esa parte de la historia en la que es preciso hablar con absoluta verdad. Yo soy un asesino, yo maté a sangre fría, despiadadamente. No quiero ocultarme ni ponerme máscaras para esconder la monstruosidad que cometí. Los actos aterradores que me condujeron a la cárcel no tienen defensa ni justificación. Son lo que son: una orgía de sangre y salvajismo. Sin embargo, tampoco me parece bien regodearme en ellos. Contaré este final del relato tal y como sucedió, pero no quiero detenerme a analizar los hechos ni pienso divagar sobre lo acontecido. Me duele demasiado el crimen como para dedicarme en estas páginas a prolongar ese dolor. Bastará con ser breve y sincero.

La primera novela salió a librerías y obtuvo unos comentarios encontrados en las secciones literarias de diarios y revistas. Unos la veían original e innovadora. Otros, más conservadores y moralistas, criticaron su visión del sexo y del placer, y llegaron incluso a tildarla de extravagante y pornográfica. Siete meses después salió la segunda novela, y las reseñas del libro estuvieron esta vez más inclinadas al elogio y la ponderación.

Yo me encontraba muy satisfecho con los resultados. Si bien el balance económico era un completo desastre, y no podía quitarme de encima la certeza de que me habían robado mi trabajo, lo cierto era que contemplar los libros en las librerías era un motivo de orgullo y me estimulaba a seguir adelante.

El otro logro inmenso, que no me pasaba desapercibido, era que Fernanda y yo habíamos superado la depresión, y cada día consolidábamos más una relación en la cual nos sentíamos estables y protegidos. No había sido un error unirnos aquella mañana, cuando salimos de la clínica asustados por una decisión intempestiva cuyas consecuencias desconocíamos.

Fue entonces que Fernanda, lo recuerdo con exactitud, tomó la determinación indiscutible (con unos bríos que yo no le había visto en los meses anteriores) de salir a buscar un trabajo.

—No es justo —me dijo una noche—. Tú has cargado con todo el peso de los gastos económicos. Ya me siento bien. Puedo conseguir un empleo y colaborar con el mercado y los servicios.

—No hace falta, Fernanda.

—Lo necesito. Es importante para mí sentirme útil. No quiero estar en la casa encerrada sin hacer nada.

—¿Estás segura?

—Sí.

En efecto, a la mañana siguiente compró el periódico, hizo unas llamadas telefónicas y salió apresurada a cumplir con unas entrevistas de trabajo. Repitió esta rutina a lo largo de varios días. Dos semanas después consiguió un contrato regular como vendedora de ropa femenina en Almacenes Only. Estaba encantada con la idea de haber dejado atrás y para siempre ese pasado sórdido que a veces la atormentaba con recuerdos horribles y destructivos.

—Espero que no te dé vergüenza vivir con una miserable empleada de tercera —me dijo en voz baja.

—Cómo se te ocurre.

—No sé, de pronto los intelectuales sueñan con una mujer culta, distinguida, que los acompañe a las reuniones y pueda sostener una conversación agradable con los demás.

—No digas burradas.

—¿Estás contento de verdad con mi trabajo?

Me acerqué y le di un beso.

—Tú sabes que sí.

Hasta aquí la relación iba viento en popa. Pero corrientes de aire huracanadas empezaron a azotar las velas y dieron las primeras señales de la poderosa tormenta que pronto se nos vendría encima. Resulta que Fernanda salía del trabajo a las siete de la noche, y su jefe, un cuarentón simpático, amable y afectuoso (estoy usando las palabras de ella), decidió llevarla en su carro hasta la casa todos los días. Según él, la ruta de Fernanda estaba en su camino y no le causaba ninguna molestia acompañarla hasta la puerta del edificio. Y para mí, por supuesto, no era nada agradable llegar del supermercado o de alguna tienda

cercana, y tropezarme con la escena de Fernanda y su jefe muertos de la risa dentro del carro, como si fueran viejos amigos que disfrutaran al máximo su cercanía y su magnífica camaradería. Se lo dije sin exaltarme, y ella me respondió furiosa: —Te estás imaginando cosas que no son.

—No te estoy atacando. Sólo quiero que entiendas mi incomodidad.

—Claro, como tú me conociste en ese trabajo, crees que no sé comportarme como una mujer decente.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo estás insinuando.

—No me puedes pedir que esté feliz con esta situación.

—Yo he estado meses aquí encerrada, aburrida, llena de tedio, pendiente sólo de ti. Es justo que quiera salir y divertirme, ver otra vez lo que está pasando afuera, tener amigos y un trabajo normal, como el resto de la gente. ¿Qué hay de malo en ello?

Así comenzaron nuestras discusiones. Fernanda fue ampliando su número de amigos y conocidos, que la llamaban a cualquier hora para invitarla a fiestas, a cine o a cenas de cumpleaños de compañeros del almacén.

—¿Tú le das el teléfono a todo el mundo? —le decía yo.

—No comencemos otra vez.

—¿Y por qué te llaman sólo hombres? ¿No tienes amigas?

—Tú sabes bien que yo no me entiendo con las mujeres. Son envidiosas, chismosas y competitivas.

Lo peor era que estaba más bella que nunca, con el cabello recogido atrás en una maraña agreste llena de vivacidad, los muslos anchos y bien formados, las caderas voluminosas y la cintura estrecha, delineada, de una sobriedad conmovedora. Además, consciente de los atributos de su cuerpo, Fernanda se vestía con pantalones ajustados que le marcaban las curvas y le quitaban la respiración a los transeúntes desprevenidos que se tropezaban con ella en las avenidas y en los autobuses. También solía vestirse con blusas pequeñas que le

dejaban los hombros al descubierto, y el color caoba de su piel refulgía y brillaba como si fuera una estatua africana recién encerada y lista para la ceremonia de algún culto desconocido.

Poco a poco se fue cogiendo confianza y me llamaba a las ocho o nueve de la noche para avisarme que se iba a una fiesta, o que pensaba entrar a cine a la función nocturna con un compañero de trabajo. Sobra explicar la ira y los celos contenidos que me carcomían las entrañas luego de esos mensajes descarados que no tenían ningún grado de consideración hacia mí.

Pero lo que terminó de hundirme en la desesperación fue que Fernanda no volvió a desearme con la pasión del principio, podía pasarse semanas enteras sin tener relaciones sexuales conmigo y no extrañaba mis caricias ni mis besos. Esa frialdad, esa indiferencia me confirmaban que en efecto ella mantenía un contacto íntimo con uno o varios amantes. La idea me fue aniquilando lentamente, me hizo perder el apetito y me acercó una vez más al alcohol, pues sin que nadie lo supiera, y ocultándolo como si se tratara de una bajeza humillante, regresé a los bares a consumir mis viejas dosis de ron o de ginebra. La imaginaba desnuda en brazos de otro hombre, gimiendo, excitada, sudorosa y a punto de alcanzar el orgasmo entre frases lujuriosas y gritos de placer. Tales visiones me dejaban derrotado, demolido, hecho una miseria. Entonces procuraba buscar el cuerpo de Fernanda para conjurar los fantasmas que me torturaban, y ella me daba la espalda en la cama y me decía: —Ahora no, no tengo ganas.

—Ya no me quieres.

—Estoy cansada, no me molestes.

—¿Tienes a alguien?

—Otra vez con ese cuento.

—Dímelo, no pasa nada.

—Déjame ya, mañana tengo que trabajar —y apagaba la luz para indicar que la conversación había terminado.

Un día me dije: «Basta ya de arrastrarme como un gusano. Tengo que regresar a mi trabajo, es preciso concentrarme y empezar a pensar en el siguiente libro. Soy un escritor, no un maridito atormentado al que se le va la vida en nimiedades domésticas». Estaba equivocado, como siempre. Me senté frente a la

página e intenté esbozar la maqueta de una futura novela, y cinco horas más tarde la hoja de papel seguía en blanco, virgen, sin mácula. No sé qué era lo que me pasaba, pero la atrofia creativa era total, no se me ocurría nada, no podía inventar un solo personaje verosímil y convincente. Traté entonces de llevar un diario para desahogarme y el resultado fue el mismo: no podía escribir, las frases eran torpes, sin gracia, sin ritmo, sosas, insulsas, carentes de musicalidad. Estaba acabado.

Un domingo en las horas de la mañana, Fernanda me dijo mientras desayunábamos: —Tengo que hablar contigo.

—Claro, dime.

—Es algo serio.

—No importa, dime.

—No sé cómo lo vayas a tomar.

—¿Estás pensando en irte?

—No, no es eso.

—Dime lo que quieras. Hace tiempo que necesitábamos hablar de nosotros.

—La relación no está bien, no creas que no me doy cuenta.

—Me alegra que lo reconozcas.

—En algún momento pensé que lo mejor sería separarnos.

—Sí.

—Ambos sabíamos que esto era temporal, así lo planeamos desde el principio. Tú mismo lo dijiste.

—De acuerdo.

—Pero sucedió un imprevisto que le ha dado la vuelta a mis sentimientos.

—Qué es.

Ella se mordió el labio inferior, suspiró y me dijo: —Estoy embarazada.

—¿Qué? —dije como si me fueran a triturar la cabeza con una aplanadora.

—Tengo tres meses. Ya me hice el examen.

—¿Por qué no me dijiste antes?

—Yo misma no lo sabía. Pensé que era sólo un retraso.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Yo quisiera reconstruir la relación, pero no sé lo que tú opines.

—Me coges por sorpresa.

—¿No crees que podemos volver a comenzar?

—¿Y tus amigos, tus fiestas y tus cines?

—Renuncio al almacén y me retiro de todo.

—Hay un agravante, Fernanda, y en esto quiero ser honesto contigo: yo sospecho que tú has tenido relaciones con otros hombres en este tiempo.

—Eso es lo de menos —dijo ella con seriedad—. Apenas nazca el bebé te haces un examen de sangre y compruebas la paternidad. Así sales de la duda. Yo tengo mi conciencia tranquila.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante y formar un hogar y una familia conmigo?

—Te sigo queriendo mucho. Tú has sido el único hombre que yo he amado.

Entramos en un silencio de arena movediza. Pensé: «Como escritor estoy liquidado. Sólo la tengo a ella. La literatura no me ha dado sino infelicidad y desdicha. No estaría mal tener hijos y una familia. Ver crecer a los chiquitos, leerles cuentos antes de ir a la cama, enseñarles el amor a la naturaleza, al arte y a los deportes».

La sola idea me hizo temblar de emoción. Abracé a Fernanda y le dije que sí, que lucháramos, que salváramos nuestro amor. Ella se puso a llorar y me prometió entre sollozos que todo iba a cambiar.

Pero la tormenta era inminente y el naufragio era sólo cuestión de tiempo. De manera inconsciente, y sin saber cómo ni por qué, los ataques cerebrales de mi adolescencia volvieron a presentarse, esos desdoblamientos misteriosos después de los cuales yo terminaba arrojado entre los escombros de callejuelas oscuras y siniestras. Mister Hyde no me había olvidado. Fue atroz tener que experimentar de nuevo aquellos macabros trances que se tomaban mi mente en cuestión de segundos y que me sacaban fuera de mí, que me expulsaban de mi identidad sin que yo pudiera defenderme. En consecuencia, me vi caminando otra vez por zonas marginales y deshabitadas, agazapado entre las basuras, recorriendo alucinado la carrilera del tren a altas horas de la noche o pegado a las paredes buscando cómo ingresar en caserones abandonados y polvorientos para evitar la mirada atónita de espectadores indeseables.

No obstante, me esforcé al máximo para que Fernanda no notara nada extraño en mi comportamiento cotidiano. Compré la cuna y los adornos necesarios para el cuarto del futuro bebé, y procuré disfrutar de los beneficios que me proporcionaban el amor y la amistad de Fernanda. Pero nada que alcanzaba un mínimo de estabilidad interior. Todo lo contrario, cada día me sentía peor, al borde de la locura, coqueteando con la demencia y aceptando gustoso en ese juego macabro la perfecta complicidad de la ciudad.

Al cuarto mes de embarazo, me senté de nuevo en el escritorio una mañana, agarré el lápiz, preparé las hojas y me dije: «No más estupideces. ¿Cómo no voy a poder escribir? Arranquemos con una imagen sencilla, componemos la siguiente y ya está». Fue inútil. Mi esterilidad era completa, perfecta. Entonces sentí un odio inmenso hacia Fernanda, hacia ese bicho repugnante que crecía en su vientre día a día y de cuya paternidad aún no estaba seguro, y hacia mí mismo por mi evidente debilidad, por haber olvidado las palabras de Ismael antes de morir en el hospital, por no recordar y practicar las enseñanzas del monasterio, por no haber tenido el suficiente coraje de luchar por mis convicciones y de sacrificarme por ellas. Yo no había venido a este mundo para sacar a pasear lindos bebés a los parques ni para recibir medallas como el esposo feliz del año. Qué asco. Yo era un artista, un vidente, y no podía descansar ni sería libre hasta no cumplir con mi misión: construir una obra que fuera un testimonio inteligente de mi tiempo.

Y ahí, en el momento menos indicado, cuando yo estaba pasando por la peor crisis, vino la escena que desencadenó el desastre y la catástrofe final. Un mediodía vi a Fernanda maquillada y muy bien vestida para salir a la calle. Era inusual verla en minifalda y así se lo expresé.

—Quiero cambiar —me dijo—. ¿Se me nota el embarazo?

—Para nada. Te ves preciosa.

—No me demoro. Voy a hacer unas compras.

Hubo algo en su actitud (tal vez la sonrisa fingida o el abrir y cerrar nervioso de sus párpados) que me permitió ver la mentira y el engaño. La dejé marcharse sin hacer más preguntas, me puse una chaqueta y decidí seguirla para averiguar adonde se dirigía. Fernanda caminó hacia el norte por la carrera Diecisiete, y a la altura de la calle Cuarenta volteó a mano izquierda, y en una callecita apartada y poco transitada se acercó a un automóvil que la esperaba. Reconocí a su jefe, el mismo que la había llevado hasta la puerta del edificio durante varias semanas. Fernanda se arrojó entre sus brazos y ambos se besaron con pasión desenfrenada. Sentí como si alguien me estuviera abriendo la cabeza con un taladro gigantesco. No quise ver más. Me puse las manos en los ojos y me tendí en el antejardín de una casa cercana.

Cuando escuché que el carro partía me levanté y caminé de regreso hasta el apartamento. Un rencor profundo, visceral, se apoderó de mí y me hizo apretar las mandíbulas con fuerza, como si quisiera romperme la dentadura entera. Abrí una botella de ginebra y me la fui bebiendo así, directamente, disfrutando del ardor que cada trago me iba dejando en la garganta y en el estómago. Encendí el equipo de sonido y puse en la casetera a todo volumen una cinta de Jethro Tull.

Dos horas más tarde llegó Fernanda al apartamento. El estruendo del equipo me impidió escuchar el sonido de la puerta. De pronto la vi parada en el umbral preguntando: —¿Qué diablos pasa aquí?

Pero el tiempo de las palabras había concluido. Era la hora de la acción.

El primer puñetazo la dejó en el piso con la boca rota y sangrante. Una patada en la mejilla izquierda terminó de aturdiría. Luego me lancé a una serie de trompadas que le desfiguraron la cara y le abrieron serias hendiduras desde la frente hasta la barbilla. Fernanda no tuvo tiempo de saber lo que estaba ocurriendo y ello le impidió defenderse o correr para pedir ayuda. En su mirada vi sólo un instante de lucidez, pero la sangre, el miedo y la falta de aire no le permitieron contraatacar para salvar su vida. Mi embestida había sido rápida y efectiva. Dos patadas más en la espalda fueron suficientes para que perdiera el conocimiento.

En el aire sonaban los potentes acordes de la canción *Locomotive Breath*.

Fui hasta la cocina y agarré un cuchillo de acero bien afilado. Le rasgué la blusa con rapidez y hundí el metal en la boca del estómago. Luego descendí hasta la parte baja del vientre y metí las manos entre la sangre y los intestinos en busca del engendro que debía de estar allí dentro, alimentándose y creciendo saludablemente mientras mi escritura se hundía en la agonía y en la muerte. Yo pensaba encontrarme con un feto palpitante y quería abrirle la cabeza contra las paredes. Lo que hallé fue un renacuajo miserable, una lagartija insignificante que reventó contra el piso en medio de una danza frenética y macabra.

Me detuvo el timbre del teléfono. Bajé el volumen del equipo de sonido y levanté al auricular.

—¿Aló? —dije con la voz tranquila y reposada.

—Para un domicilio, por favor.

—¿Cómo?

—Una mediana de salami con champiñones.

—¿Qué?

—Una pizza mediana de salami con champiñones, por favor.

—¿Qué número marcó?

—¿Rapi Pizza?

—Está equivocado —y colgué.

El resto no lo recuerdo con claridad. Sé que después salí del apartamento, que me tropecé con la mirada asustada del portero del edificio (quien debió avisar a las autoridades), que caminé por calles vacías y que una lluvia torrencial limpió la sangre de mis manos y mis brazos. Creo que recité sin cansarme, una y otra vez —aunque no estoy seguro—, los versos de Ebn Zaiat:

*Dicebant mihi sodales,*

*si sepulchrum amicae visitarem,*

*curas meas aliquantulum fore levatas.*

(Dicen mis amigos los soldados, que si yo visito el sepulcro de mi amada, todas mis penas me serán sanadas).

La policía me encontró de rodillas en el altar de la iglesia de Santa Teresita.

## EPÍLOGO

Acaba de estacionarse en el patio la camioneta que debe conducirme a la clínica psiquiátrica. Una llovizna fina acaricia la cárcel en ráfagas intermitentes. Debo empacar mis cuadernos y partir de la celda que me acogió durante tantos meses de escritura febril y alucinada. He trabajado duro en estas páginas, poniendo todo de mí, de día y de noche, con hambre, con frío, y creo que el resultado ha valido la pena: me han confirmado que soy un escritor, no hay nada que hacer, aunque los caminos que me condujeron a esta vocación hayan sido nebulosos, enigmáticos e ininteligibles.

Bogotá, diciembre del año 2000



MARIO MENDOZA (Bogotá, Colombia 1964). Es un escritor, catedrático profesor y periodista. Estudió en el *Colegio Refous* y en la *Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá* donde obtuvo la maestría en *Literatura Latinoamericana*. Posteriormente, es profesor del *Departamento de Literatura* de la misma universidad.

Tras licenciarse en literatura y trabajar como pedagogo, decidió iniciar su carrera literaria, combinando la escritura con la docencia y la colaboración con diversos medios culturales como diarios y revistas, entre otros, la *Revista Bacánika* y *El Tiempo*. Ha impartido clases de literatura durante más de diez años.

Gracias a su novela *Satanás*, obtuvo el Premio Biblioteca Breve.